UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA

MUERTE EN EL MEDITERRÁNEO



Las que serían sus mejores vacaciones en un crucero por el Mediterráneo, terminarán convirtiéndose en una pesadilla. La repentina muerte de un famoso chef en el crucero pondrá a Gabriel Caballero como sospechoso principal de asesinato. Cuando el periodista investiga el suceso por su cuenta, descubre que existen intereses para que la verdad no salga a flote.

¿Logrará Caballero descubrir al asesino y demostrar su inocencia antes de llegar a puerto? Por desgracia, no es el único pasajero dispuesto a alcanzar su propósito, aunque eso implique el sacrificio de otras personas.

Tras una ruptura amorosa, Gabriel Caballero acepta su último encargo para escribir un artículo sobre el Sol Bahía, un famoso crucero de lujo que recorre la costa mediterránea. En el barco, además de conocer a un elenco extravagante de famosos de la sociedad española, se encontrará con el inspector Rojo, en una misión de incógnito.

El crucero, que a simple vista parece la solución a sus problemas, se convertirá en un mal sueño tras una confusa noche de cócteles, la aparición de una misteriosa dama con raras intenciones y la chocante muerte de un excéntrico cocinero con problemas de humildad. De pronto, resolver el asesinato se convertirá en su única tarea y su éxito será la única vía para salvar su carrera y su vida de la cárcel.

Pablo Poveda

Muerte en el Mediterráneo

Gabriel Caballero - 12

ePub r1.1
Titivillus 02-03-2024

Título original: *Muerte en el Mediterráneo*
Pablo Poveda, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Una novela es una cosa emocional.

—Patricia Highsmith.

1

Con el Lorenzo acostándose entre los picos de la sierra, me quedé en silencio, sentado en el interior de mi descapotable rojo, observando cómo las piernas de aquella chica se alejaban con movimientos elegantes hacia la ciudad, como si fueran los de una modelo profesional en un desfile de Victoria Secret. Por desgracia, la postal era demasiado bonita como para tener un final feliz. Meditabundo, vi cómo ella se alejaba para siempre, con su último adiós, mi último sueño, tras haberme roto el corazón en pedazos, en una tarde calurosa del inicio del verano. Una historia bonita, pensé, que había durado poco, como la mayoría de las cosas buenas que suceden en la vida. Sin embargo, sentí que había estado allí antes, en aquella situación, con ese cosquilleo incómodo en el cuerpo, comiéndome las entrañas, como si algo me dijera que estaba a punto de dejar pasar otro de esos trenes a los que merece subirse una vez en la vida.

Pero… ¿cómo saber que es el nuestro?

Lucía se fue y con ella toda esperanza de que ese verano fuera especial en mi vida. Si existía una mala época para que te rompieran el alma, el periodo estival era el peor de todas las estaciones. Nadie quería superar una ruptura, confundido con la felicidad ajena. Nadie quería celebrar su derrota en el momento con el que todo el mundo había soñado vivir.

A pesar de ello, no me sentía muy mal por haberme quedado allí tirado, sin un plan alternativo, sin nadie a quien llamar. Lucía me había dejado por un problema de causa mayor: me había dado un ultimátum para que me fuera a vivir con ella a Ginebra, ciudad en la que había conseguido un puesto de trabajo. Yo, que seguía siendo un cobarde a la hora de enfrentarme a lo desconocido, le dije que no estaba dispuesto a marcharme de Alicante. ¿Qué se me había perdido en Suiza?, le expliqué, sin demasiadas expectativas de

ganar la discusión. Un año y medio de relación que se consumía como una rosa marchita, ahogada en un jarrón de agua sucia.

Esperé lo justo hasta que me aseguré de que Lucía no vacilaría por última vez, mirando hacia atrás, regresando a mí con un «¿Estás seguro de esto?» o con un «Podemos hablarlo, Gabri…», pero no fue así. Por alguna razón, las mujeres que entraban en mi vida sabían lo que querían y yo, que aprendía tanto de ellas, seguía sin estar seguro de mis propios anhelos.

Con la eterna postal de la costa y el atardecer dorado que el cielo alicantino dejaba para mí, puse en marcha el motor del Porsche Boxster. Luego me quité las gafas Wayfarer y abrí la guantera para dejarlas en el interior, cuando un sobre blanco cayó sobre el asiento de piel del copiloto.

Ah, sí, pensé al recordar lo que contenía en su interior. Entre tanta desilusión, lo había olvidado por completo. Y es que no había elegido de casualidad aquella puesta de sol, ni tampoco había conducido hasta allí con Lucía para mantener una lacónica discusión.

La razón por la que estaba allí la explicaba el sobre. Abrí la solapa y comprobé lo que contenía: dos billetes para un crucero por el Mediterráneo durante varios días. Mi último intento por evitar el naufragio sentimental.

Lamenté no haberlo mencionado a tiempo. Nunca sabré si aquel gesto le habría hecho cambiar de idea o, al menos, si habría estirado el momento en el que Lucía me decía adiós.

Podría haber sido un verano perfecto, lleno de cócteles, puestas de sol, restaurantes mediterráneos, bailes al son de la música en vivo, besos electrizados y noches de amor pasional en el interior de un camarote, pero eso quedaría únicamente en mi imaginación. Por desgracia, algo me decía que lo peor estaba aún por llegar.

2

Conduje de vuelta a la ciudad, dejando atrás la bahía de la Albufereta, y me sumergí en el tráfico vespertino de un jueves cualquiera. Era incapaz de disfrutar del pintoresco lienzo que formaban las calles llenas de gente, de la apariencia de las chicas que las transitaban, más bellas de lo habitual. Era cierto que el verano, mi época preferida del año, nos daba a todos otra tez, otro brillo, otro olor. Un aroma intenso a libertad, a aceite de coco y a libertinaje. Pero ese verano parecía dárselo a los demás, excepto a mí. Dicen que se celebra un periodo de luto cuando se sufre una ruptura. En mi caso, no era la ruptura lo que me dolía, pues mi relación no había durado más de un año. Sin embargo, lo que sentía era un vacío tremendo en mi interior, una pesada sombra que se había apoderado de mí en los meses anteriores, arrebatándome la motivación y el interés por hacer algo distinto.

No le eché la culpa a Lucía, pues habría sido injusto hacerlo. Ella era solo una perjudicada más de mi estado de ánimo. Nuestros caminos se habían cruzado en un momento de mi vida en el que la apatía formaba parte del despertar. Reconozco que, gracias a ella se me olvidó todo lo que me rodeaba, pero era consciente de que la pesadumbre no tardaría en aparecer por la esquina.

¿Qué me sucedía? Era sencillo de responder, aunque difícil de hacerlo en voz alta: había alcanzado mis sueños, ganaba dinero fácil y me había aburrido de mi propio personaje. Así de sencillo de ver y duro de aceptar. Gabriel Caballero se había convertido en una de esas estrellas que brillan tanto que acaban como un asteroide: colisionando contra un planeta perdido. Había pasado de las redacciones más austeras a escribir novelas de ficción protagonizadas por un *alter ego* que se parecía a mí; había dejado el trabajo sucio de escritorio, redacción y noticias sobre sucesos locales, para redactar reportajes en las revistas más vanidosas,

codeándome con las caras más famosas del panorama nacional, visitando sus lujosas mansiones para que me hablaran de su última boda, evento, cumpleaños o bautizo. Había pasado de ser un periodista hambriento a un reportero esnob y repelente, representando todo lo que siempre había detestado. Sin darme cuenta, me había convertido en un Truman Capote de imitación, más atractivo, pero con menos talento.

De camino a casa, crucé la avenida de Alfonso X, en dirección al Mercado Central y me detuve en uno de los semáforos que daba a la glorieta de Luceros, cuando noté cómo otro deportivo se paraba a mi altura. Bonito Z3, pensé, al fijarme en la pintura brillante de color oliva del descapotable. En el vehículo iban un hombre al volante y una mujer que lo acompañaba. Él era mayor y yo podía notar las arrugas y la alopecia en la distancia. Ella era joven, mucho más joven que él y, bajo mis sospechas, tenía algunos años más que yo. Era bonita, como todas las chicas de su edad y con un brillo en su piel bronceada que poco tenía que ver con mi tez blanquecina por la ausencia de sol. La miré de reojo mientras el semáforo seguía en rojo y noté cómo él le reprendía algo, con severidad. Silenciosa y sin ganas de discutir, me miró, evitando la disputa con el hombre que conducía el deportivo alemán y nuestros ojos se encontraron por encima del espacio que separaba los dos vehículos.

Incliné la cabeza un poco y bajé las gafas de sol, para verla por encima de las monturas. Ella me regaló una ligera sonrisa, sin que él se diera cuenta y abracé aquellos labios como quien intenta cazar una mariposa.

—En otra vida, habríamos sido muy felices —le susurré al aire, sin importarme si me escuchaba o no. Por su expresión, no parecía entender nada, ni siquiera el hecho de estar allí, y eso era lo más triste de todo.

El semáforo cambió de color, el motor del Z3 rugió, se metió en uno de los carriles de la glorieta y salió disparado hacia la carretera que subía por la montaña. Por su paso dejó una estela de humo y perfume de doncella que se mezcló en el ambiente pegajoso y húmedo que se me adhería a la piel.

Regresé al apartamento, dejé el deportivo en el aparcamiento subterráneo y decidí dar una vuelta, antes de encerrarme en mi vivienda. De alguna manera, pensé que, cuanto más alargara el

retorno a las paredes de mi casa, más tardaría en sentir la presión y el cargo de la conciencia sobre mis hombros. Abandoné el edificio, salí a la calle y puse rumbo a la avenida de Alcoy, que bajaba por el otro lado de la plaza de toros de Alicante hasta fundirse con la plaza de España. La cafetería de la esquina estaba abierta y en la acera había dos mesas que funcionaban como terraza improvisada por el propietario. En aquel local, servir una cerveza se convertía en un ejercicio de malabarismo, debido a los numerosos transeúntes que bajaban hacia el centro de la ciudad. Pero, allí, en Alicante, a las puertas de la mejor temporada del año, a nadie le importaba el tránsito ni el ruido, ni siquiera a mí. Me senté a una mesa de aluminio, dispuesto a reflexionar sobre lo ocurrido, a arrepentirme y a recordar las bonitas piernas, los labios carnosos y la sedosa piel de Lucía, antes de que la mente sepultara todo aquello en el subconsciente. Pedí una caña bien fría y observé a los peatones de la calle, vestidos con la ropa habitual de quien trabaja en una oficina o en un establecimiento de cara al público. A diferencia de las calles colindantes al casco antiguo, no era frecuente encontrar por allí los variopintos atuendos de los turistas extranjeros que llegaban a la costa, creyendo que vivíamos todo el año en la playa.

Mientras saboreaba la cerveza, el rugido de un potente motor me sacó del trance y me di cuenta de que, a escasos metros de mí, una larga cola de turismos se unía como un ciempiés que atravesaba la plaza y se unía con la calle de Calderón de la Barca, hasta llenar el horizonte de capós de chapa. Cuando me giré para ver qué provocaba aquel berrido, descubrí a una pareja de jóvenes con cortes de pelo a la moda del verano, tostados como dos almendras y con las camisas desbotonadas hasta el ombligo. Desde el interior salía el zumbido de una música insoportable con ritmos electrónicos y machacones. Por las ventanillas del bólido italiano, sacaban sus brazos tatuados y musculosos, dejando a la vista los murales de tinta por los que habían pagado. A pesar de lo molesta que era su presencia para el resto de los que estábamos en la calle, no me habría fijado en ellos si no fuese por lo que estaban haciendo. El conductor pisaba el acelerador, provocando que el motor rugiera con más y más furia, como si fuera a salir disparado por la pista. Por desgracia, delante había un pequeño Opel Corsa conducido por un hombre delgado, arrugado y con el pelo totalmente blanco. A su

lado estaba la esposa, que presentaba una apariencia similar a la del hombre, y ambos temblaban de miedo por si el conductor de atrás provocaba un accidente. De ser así, el deportivo destrozaría el coche como quien aplasta con el pie una lata de refresco.

La situación comenzó a generarme un malestar que se volvía más y más incómodo. Los curiosos que pasaban por allí comentaban lo que veían, entre insultos hacia el conductor joven y gestos de decepción.

—¡Para ya, idiota! —gritó el camarero del bar, aumentando la tensión en el exterior. Aunque los jóvenes del vehículo no hacían más que reír, aumentando el ruido del motor.

Lo peor de todo era que aquella estupidez podía acabar mal.

Me fijé en el semáforo que seguía en rojo y miré a la pareja de jubilados que estaban a punto de sufrir un ataque de ansiedad en el interior de su coche.

Agarré la copa de cerveza, le di un trago y me levanté de la silla. Después me acerqué a la ventanilla y llamé la atención de los dos macarras, sujetando la bebida con la mano.

—¡Eh!

—¿Qué? —preguntó el copiloto, altivo y desafiante.

—Estáis molestando a la gente.

El conductor levantó el pie del acelerador, subió la música, que se hizo más atronadora y me miró desde su asiento.

—Ah, ¿sí?

Por el rabillo del ojo vi el cambio del semáforo. Antes de que se marchara, derramé la cerveza en el interior del coche, empapándolos y provocando una reacción que no esperaban.

—Pero… ¿qué coño haces? —preguntó el copiloto, furioso al ver que había manchado su camisa.

La pareja de jubilados salió hacia la plaza y cambió de rumbo.

Cuando el energúmeno intentó abrir la puerta, el cinturón de seguridad se bloqueó y lo detuvo. Estaban enrabiados, aun así, se alteraron todavía más al oír las bocinas de los coches que tenían detrás.

—¡Te voy a destrozar, cabronazo!

—Estáis obstruyendo el tráfico —dije y señalé al semáforo.

Retrocedí unos pasos, con una risa infantil, asegurándome de que tendría ventaja a la hora de correr, aunque no hizo falta. El

conductor pisó con fuerza el acelerador y cruzó la plaza de España. Al otro lado del cruce, una pareja de agentes motorizados de la Policía Municipal los detuvo a causa del exceso de velocidad.

En ocasiones, el karma se manifiesta a través de terceros.

Cuando desaparecieron, sentí las miradas punzantes de los curiosos. Me pregunté si me habría excedido con aquello y si el coste de la limpieza de la tapicería sería suficiente para que, la próxima vez se lo pensaran dos veces. Después, aboné la cerveza y caminé cuesta arriba para regresar a casa.

3

Llegué a casa, arrastrando los pies hasta la puerta del apartamento y sentí el aire caliente que salía del interior. Todo se encontraba tal y como lo había abandonado días atrás, con el desorden habitual de quien se acostumbra a dormir en casas ajenas. Con el tiempo, me había convertido en la persona de la relación que entra y sale de la otra vivienda, nunca quedándose más de lo oportuno en ella. El piso de Lucía era más hogareño que el mío, que mantenía el aspecto de la casa de un soltero incapaz de encontrar el equilibrio en su vida.

Caminé hasta la cocina, abrí la nevera y cogí una lata fría de cerveza Mahou que destapé al momento. Luego me refresqué con un largo trago y me quedé contemplando el gotelé de las paredes.

Todo formaba parte de un plan que se había ido al garete, el plan de pasar unas cortas vacaciones en el primer crucero de corta distancia de la compañía española Cruceros Bahía, la única empresa española dedicada a las travesías marítimas que tenía prestigio en el mercado internacional. La entidad me había regalado dos billetes para que viajara como invitado en el que sería el crucero del año, rodeado de otros invitados de gran fama y sin ninguna limitación para disfrutar de todos los servicios que ofrecía el buque. Por supuesto, no le había contado nada a Lucía sobre el crucero, ni tampoco que formaba parte del artículo que tendría que escribir más tarde. Porque la verdad era otra: la compañía Cruceros Bahía le había encargado un reportaje pagado a LUJO, una de las revistas más conocidas sobre estilo de vida, y esta me lo iba a pagar a mí. Durante unos días, sería un invitado de excepción, atento a cada detalle, para después escribir un texto sobrecargado sobre su nuevo barco de lujo, llamando así la atención de los lectores que —por alguna razón que aún desconocía— confiaban en mi gusto y en mi criterio a la hora de elegir unas vacaciones. La vida me había cambiado tanto en los últimos años, que había pasado de ser un don

Nadie, al esnob que siempre había criticado.

«¿Cómo había llegado hasta ahí?», me preguntaba a menudo.

El reflejo de mi silueta que veía en el cristal de la cocina tenía de todo, menos encanto.

Con la lata de cerveza en la mano, me dirigí al salón y abrí la ventana del balcón para que el aire refrescara el interior de la vivienda. Sobre la mesa de roble que había junto al sofá, encontré un periódico arrugado y doblado por la mitad. Lo había comprado días antes, pero no había tenido tiempo de sentarme a leerlo. En los últimos años, todo lo que había leído eran panfletos de redes sociales, correos electrónicos y mensajes de texto. Eran malos tiempos para la lírica, como cantaban Golpes Bajos y también lo eran para mis letras. Me dejé caer en el sofá, sin más intención que la de descansar el cuerpo y, con suerte, la mente, llegando a desconectar de lo que sucedía a mi alrededor. Al fondo, junto a la televisión, me fijé en la fotografía que había en un portarretrato blanco de IKEA. Llevaba ahí años, los mismos que yo en ese apartamento. Me levanté del asiento para acercarme a la fotografía y me la llevé de vuelta al sofá. En la imagen aparecía yo, unos cuantos años más joven, tecleando en el viejo ordenador de la redacción del diario Las Provincias, vestido con una camisa de color azul claro, sonriente, bravo y astuto, y encorvado en la incómoda silla que me forjó el carácter y la postura cervical. De fondo, se apreciaba la silueta de Ortiz, el viejo jefe de redacción. Di un largo suspiro con la fotografía en la mano y fruncí el ceño.

¿En qué momento me había aburrido de hacer lo que hacía?, quise saber.

Terminé la cerveza de un trago, abrí el diario y pasé las páginas, a modo de entretener la mente y ponerme al día con lo que estaba sucediendo en la ciudad. Por desgracia, el primer llamativo titular sobre el crucero no tardó en llegar.

«El Bahía Sol zarpará el próximo jueves desde
Alicante».

La noticia ocupaba más de media página de texto y otra media con una enorme imagen del crucero. ¿De verdad te quieres perder esto?, me dije después de ver las dimensiones de aquella monstruosidad de barco. Nunca había viajado en crucero y mis experiencias a flote

no habían sido las mejores. Por algún casual que desconozco, cada vez que pisaba la superficie de una embarcación, algo salía mal. ¿Por qué sería diferente esa vez?, me cuestioné. No sería capaz de cargar con la culpa por arruinar las vacaciones a un millar de pasajeros.

Pasé las páginas, intentando olvidarme del barco y del maravilloso viaje, buscando alguna noticia con la que entretenerme. No tenía sentido pensar en ello. Ahora que Lucía me había dejado, había perdido el interés por las vacaciones. Sin embargo, era complicado mantenerse al margen de estas. Durante el verano, las páginas de los periódicos se llenaban de publirreportajes y de noticias de escasa relevancia. Inquieto, cerré el diario y saqué el teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Busqué el número de la jefa de redacción de la publicación que me había hecho el encargo y llamé.

Comprobé la hora y vi que no era del todo tarde. Luego esperé dos tonos hasta que alguien contestó al teléfono.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina.

—Hola, Sofía, soy Gabriel Caballero, el articulista…

—¡Oh, sí! —exclamó, con un ligero interés que me confundió, ya que no sabía si era real o fingido—. El novelista.

—Bueno, yo lo dejaría en escritor, a secas. ¿Llamo en un mal momento?

—Depende de la intención de la llamada.

Esa mujer me sacó una sonrisa, y eso que no podía verme. Nos habíamos conocido un mes atrás, en Madrid, en las oficinas de LUJO, en lo alto de un histórico edificio de la calle de Goya. Sofía Lagarde era una mujer adulta, madura, con gran experiencia a sus espaldas y con un fuerte sentido de la responsabilidad. Nuestro encuentro fue todo un ejercicio de seducción por su parte: comenzado por ella, que vestía de un modo elegante, formal y atractivo —detalle que sospeché que formaría parte de sus hábitos diarios—, pasando por el chófer que me recogió en la estación de Atocha, al encuentro en la sala de reuniones con vistas a las terrazas de los edificios señoriales de la capital. Más tarde, como remate a una suculenta propuesta, llena de fantasía y ambiciones que alcanzar, Lagarde me llevó a comer al restaurante del hotel Wellington, en plena calle de Velázquez, antes de que tomara el

tren de regreso a Alicante y aceptara su oferta para subirme al crucero y escribir un excelso reportaje sobre las maravillas del Bahía Sol.

No se lo dije, pero en el fondo, me habría conseguido con mucho menos.

Tragué saliva y busqué las palabras para excusarme sobre el encargo que había aceptado. Después de todo, sentía una gran responsabilidad por rechazar el trabajo, días antes de subirme en ese crucero. Mi negativa dejaría en muy mal lugar a la revista, sin contar con el enfado que provocaría a esa mujer, dejándola sin margen para encontrar un sustituto. Por mucho que quisiera decir lo contrario, algo en mi interior me decía que debía quedarme en Alicante. Me habían roto el corazón y me hundía lentamente como el Titanic, en un océano de pena del cual desconocía su profundidad.

—¿Sigue ahí, Caballero? —preguntó con su voz aterciopelada.

—Sí, aquí sigo… Verá, no es fácil lo que le voy a decir…

—Nada es fácil en esta vida, pero debe intentarlo.

«No le comentes nada de tu situación sentimental, o harás el ridículo con esa excusa».

Lo cierto era que no lo haría solamente ante ella. El rumor correría por las redacciones, como un chascarrillo más, al fin y al cabo, pero lo suficientemente rápido como para convertirme en el hazmerreír del gremio por unas semanas.

—Es sobre el crucero.

—¿Ha hecho ya el equipaje?

—No, exactamente.

—No se demore. Puedo sentir sus nervios por el teléfono…

Su voz comenzó a confundirme, aunque es que yo tampoco me encontraba en una situación emocional estable.

—Necesito pensarlo —solté, finalmente, dejándolo caer como una roca sobre un lago—. Eso era lo que quería decirle.

De pronto, noté cómo la mujer daba un respingo y su voz se volvía más áspera.

—¿Qué tiene que decidir?

—No sé si soy la persona más adecuada para realizar este reportaje.

—¿Y me lo dice ahora? —preguntó, manifestando su enfado por

el altavoz. Poco a poco, podía notar cómo la furia contenida llegaba a través de las ondas de información.

—Verá…

—Yo sí que lo sé y no hay más que hablar —remarcó, dejándome fuera de combate—. Usted es la persona adecuada para hacer este trabajo. Fin de la historia. Ahora, haga el equipaje, déjese la inseguridad en tierra firme y métase en ese barco.

—Pero…

—Tenemos un acuerdo, no lo olvide.

—Y una cláusula de renuncia —aclaré, recordando el paréntesis que hice cuando la mujer me entregó un contrato para formalizar el encuentro. Aunque siguiera siendo un inmaduro en muchos aspectos de la vida, había aprendido a leer la letra pequeña antes de firmar un documento.

Mi respuesta la desarmó. La señora Lagarde parecía agobiada y comencé a sentirme culpable por su malestar. No era mi intención ponerla en una tesitura como aquella.

—¿Qué quiere, Gabriel? ¿Más dinero, es eso?

—No, de verdad…

—Lo tendrá.

—No es dinero.

—Aclárese.

—Deme unas horas, nada más.

—Unas horas pueden hacerse muy largas.

Me despedí de ella, guardé el teléfono y sentí que las paredes del apartamento me asfixiaban. Cuando me di cuenta, el sol ya se había puesto y la claridad del día empezaba a desaparecer. Sentí un agujero en el estómago, un vacío que nada tenía que ver con mi ruptura emocional y pensé que no estaría tan mal si tenía la necesidad de comer algo. Después caminé hacia la puerta y salí de la vivienda.

4

Salí de casa sin rumbo, aunque con la certeza de que no caminaría muy lejos. Estaba cansado, había sido un día largo. En la calle, la vibra que desprendía la gente, el ambiente que se respiraba en el aire, seguía representado una válvula de escape capaz de reanimar a un elefante aturdido. Si el verano era la mejor época del año, sin duda, la noche era mi parte preferida del día.

Me dirigí hacia el centro de la ciudad, donde la energía de la juventud se concentraba por los alrededores de la rambla y del mercado de abastos. Atrás quedaban los años en los que las noches comenzaban más pronto de lo habitual y terminaban tan tarde que se fundían con el amanecer. Y también lejos quedaban las madrugadas difusas en la barra del bar Hendrix, cuando bailaba canciones de Led Zeppelin o simulaba tocar la guitarra como Keith Richards. Bendita juventud, pensaba al ver los grupos mixtos de veinteañeros que cantaban a la alegría, al desenfreno y, sobre todo, al presente de la incertidumbre. Por mucho que me esforzara por encontrar un reflejo en ellos, lo cierto era que me alejaba más y más de un recuerdo que solo permanecía en mi memoria. Callejeé sorteando los grupos lentos que atravesaban la avenida principal y me metí por el callejón de Velázquez hasta que vi las luces que salían de un lugar familiar. El bar Guillermo permanecía abierto, a pesar de los años que llevaba allí, como un estandarte generacional que se negaba a dar paso a los restaurantes de comida exótica en los que servían las raciones en platos cuadrados. En lo personal, el Guillermo era más que un mesón español al uso. Era lo más cercano a un templo culinario.

En las mesas de madera de aquel pequeño restaurante había comido con políticos, celebridades de la televisión, amigos y también con algún que otro enemigo. Pero, sobre todo, en la barra de aquel recinto había compartido muchos momentos durante los

últimos años, con una persona a la que echaba de menos a mi manera, aunque nunca fuera capaz de decírselo.

—Buenas noches —saludé al entrar y comprobé que el local estaba atiborrado.

Por la numerosa clientela y el aspecto que presentaban —fuera de lo habitual allí dentro—, sospeché que habría un concierto de música rock en alguna de las salas colindantes al restaurante. Era lo común cuando ocurría un evento de gran envergadura. Los bares de los alrededores se llenaban de personajes que no pasarían por allí en una jornada habitual. Me abrí paso entre dos parejas de novios que parecían sacados de la portada de un disco de Mecano y me apoyé en la barra, buscando mi sitio y la ocasión para que me atendieran.

—Dichosos los ojos que te ven… —dijo el camarero, cuando advirtió mi presencia—. ¿Una caña?

—Sí —le contesté y sonreí con timidez, avergonzado por no haber mostrado señales de vida durante el último año.

Dejar de frecuentar uno de tus bares favoritos, para muchas personas es como faltar los domingos a misa. En el fondo, a pesar de la ausencia de sentimiento en sus palabras, era la manera de transmitir que habían notado mi ausencia.

La cerveza vino acompañada de unas rodajas de chorizo picante y unos picos de pan para hacer bola con el embutido. El bullicio era tal que no lograba oír la televisión. Aliviado tras darle un sorbo a la copa de cerveza, eché un vistazo a mi alrededor, observando los rostros, oyendo las conversaciones de refilón y dándome cuenta de que el tiempo no pasaba en algunos lugares y para ciertas personas. De pronto, noté una presencia que se acercaba por la espalda, invadiendo mi espacio y dándome un ligero empujón. Molesto, me giré para aclarar lo que sucedía. Entonces me fijé en su rostro.

—¿Gabri? —preguntó un tipo, algo más alto que yo, con el pelo al cazo y el flequillo hacia un lado—. ¡No me fastidies!

Antes de responder, anclé la mirada en sus facciones, escaneando como una máquina el contorno, con el fin de que ocurriera un milagro y pudiera recordar su nombre.

—¿Centollo?

Los ojos del tipo se pusieron en blanco. Había acertado, pero no debí de hacerlo en voz alta.

—Joder, Gabri…

—Perdona, Jorge…

—Nadie me llama así desde el instituto… Es Centelles, no Centollo…

—Pero la gente decía que… —respondí, soflamado. Existía una leyenda sobre su verdadero apellido—. En fin, disculpa… Me ha costado reconocerte.

—Por lo que veo, tú estás igual… —contestó con cierta aspereza, dándome un vistazo y tensando los labios—. ¿Vienes solo?

Para romper la tensión, me señalé a la cabeza.

—Me han salido canas, por el estrés —comenté, pero no le hizo gracia. Hice lo que pude para evitar hablar de Lucía—. Venga, que te invito a una cerveza…

—No, déjalo. Vengo acompañado.

—Ah, ¿sí? —pregunté y los ojos se me nublaron.

Esa noche, Jorge Centollo llevaba un polo Fred Perry de color negro con dos bandas amarillas que le apretaban el cuello y los brazos como a un salchichón, pero no iba a presentarme a su compañía.

Centollo podía ser un pardillo, pero no cometía el mismo error dos veces.

No lo había visto desde hacía un año y medio, la misma noche en la que habíamos coincidido en una coctelería del centro de Alicante. Él se había quedado con algunos compañeros de trabajo, entre los que estaba también Lucía, y yo llegaba sobrio, entrado en la madrugada, después de un horrible día entrevistando a una pareja de jubilados de la alta alcurnia valenciana. El infortunio —para él— cruzó nuestros caminos esa noche, cuando los ojos de la chica se fijaron en mí y acto seguido, le dio la espalda a mi amigo, quien había invertido parte de su velada y paga extraordinaria en invitarla a beber. Lo que pasó después, es fácil de sospechar.

—Me alegro de verte, de verdad… —insistí, mostrando mi afecto, dándole una palmada en el hombro.

Él asintió con la cabeza, manteniendo la distancia y, finalmente, soltó lo que se había guardado durante todo el encuentro.

—Ya me he enterado de lo tuyo. Debes de estar hecho una piltrafa…

Ladeé la cabeza. La melodía de sus palabras iba cargada de

explosivo y no de compasión.

—No creas… —respondí, preguntándome cómo se habría enterado. Ni siquiera habían transcurrido veinticuatro horas desde la ruptura—. Estaré bien… No es la primera vez que salgo de una ruptura… Además, ha sido de manera mutua, ya sabes… Seguimos siendo amigos.

—Por supuesto…

Arqueé una ceja. El detector de sarcasmo estaba a punto de reventar.

—¿Qué insinúas, Centollo?

Si iba a atacarme con su aguijón venenoso, debía provocarlo para que fuera con todo.

Él sacó el teléfono del bolsillo y desbloqueó la pantalla, que iluminó su rostro. Con una sonrisa diabólica, movió el dedo hasta encontrar una fotografía y después me la puso en la cara.

En ella estaba Lucía, sola, con una sonrisa de lado a lado que ocupaba su rostro. La imagen me destempló el cuerpo y sentí un fuerte latigazo en el estómago que me cortó el apetito. ¿Cómo podía estar tan feliz después de lo que había sucedido unas horas antes?, me pregunté, confundido. Intenté mantener la compostura delante de mi interlocutor para no darle lo que buscaba. Después sospeché que la expresión de mi expareja no sería más que la fachada que todo el mundo intentaba mostrar en los perfiles de las redes sociales.

Respiré hondo y negué con la cabeza.

—Eso no significa nada —comenté, ignorando los detalles—. Son las redes sociales, ya lo sabes. Ahí todo es perfecto.

—Sí, claro…

De una manera ruda, le aparté la mano de mi vista para que entendiera que me había hartado. Centollo contuvo la risa vengativa y guardó el terminal en el bolsillo del pantalón.

—Para ser amigos, no estás al loro de sus planes…

—¿Has terminado? —le pregunté, clavándole la mirada en los ojos. Comenzaba a estar harto de su juego.

Me miró desafiante, pero entendió que, si continuaba con la burla, encontraría los problemas.

—La verdad es que sí —respondió, estirando los labios hasta provocar una arruga en los laterales del rostro, y se despidió—. Nos

vemos, Gabriel.

—Espero que tardemos en hacerlo —comenté cuando me dio la espalda y él regresó a un grupo de amigos, todos con un aspecto similar al suyo, que conversaban en la otra esquina del bar. Lamentablemente, yo ya había mordido el cebo que Centollo me había puesto y no podía dejar de pensar en la intención oculta de aquella foto.

5

Desperté con sueño, dolorido y con una profunda sequedad en la garganta. La noche anterior, no había logrado dormir más de tres horas a causa de la maldita fotografía. Me había prometido no entrar en su perfil virtual para entender de qué se trataba y eso complicó aún más las cosas. La cabeza me daba vueltas, preguntándome por el significado de la acción de Lucía. ¿Realmente era tan feliz como aparentaba?, me cuestioné, una y otra vez, como un poseso. Lo nuestro no había funcionado. Así era la vida. Después de todo, lo habíamos pasado bien durante la época que habíamos estado juntos o, al menos, esa era mi sensación. En cualquier caso, no conozco a nadie que celebre las separaciones de esa manera. O no celebra una ruptura, sino una liberación. Un pensamiento retorcido me llevó a otro aún más oscuro y acabé reflexionando sobre la situación sentimental de Lucía. ¿Me había cambiado por otro?, me hubiese gustado saber, ahondando en una ciénaga de preguntas que no tenían respuesta. Agotado, me quedé dormido durante un breve lapso, hasta que los rayos primerizos de la luz matinal me obligaron a abrir los ojos.

Salí de la cama con una energía atípica, a pesar del cansancio que arrastraba. Sentía la cabeza pesada, como si cargara con una medusa pegada al cráneo, y me metí bajo el grifo de agua fría de la ducha. Había dormido tan poco, que no tenía tiempo ni capacidad para pensar. Cuando salí, me vestí con ropa limpia, una camisa de color salmón y pantalones blancos de tela vaquera. Luego fui a la cocina, preparé una cafetera moka bien fuerte y encendí el tocadiscos para distraer los primeros pensamientos de la mañana. Sonó Davis y su *Kind of Blue*, como antaño, cuando el verano olía a esperanza. Aún recordaba la vez que había comprado aquel disco. El dependiente de la tienda me dijo que ese álbum cambiaría mi vida. Y así fue, tanto para bien como para mal. El jazz me

acompañó desde entonces en los mejores y en los peores momentos de mi vida.

La cafetera borboteó y apagué el fuego para que el líquido no se desbordara del recipiente de aluminio. Vertí el café en una taza honda y me fijé en el diario que había comprado días atrás y que seguía doblado sobre la mesa de la cocina. Primero pensé en tirarlo a la basura, pero recapacité cuando leí de cerca la portada y recordé el artículo sobre el crucero. En cuestión de horas, el Bahía Sol, un crucero compuesto de cinco cubiertas y al servicio de los más pudientes, zarparía por el Mediterráneo, de Alicante a Cerdeña, pasando por Mahón y regresando por Génova y Marsella, celebrando fiestas llenas de elegancia y cócteles bien preparados en su interior. Imaginé que una multitud de gente bella y bien vestida llenaría las salas de baile en las que las orquestas tocarían su mejor repertorio. Un homenaje a los transatlánticos del pasado: la decoración inspirada en los años veinte, la elegancia en cada pequeño detalle, el casino, los restaurantes *gourmet*, las coctelerías, los espectáculos, los conciertos de jazz y la enorme piscina de la cubierta superior.

¿De verdad vas a dejar pasar esta ocasión?, me pregunté con dudas. Por un lado, no tenía sentido hacerlo por puro trabajo. La idea me aburría. Empero, pasar el verano en Alicante no mejoraría mi situación personal. Leer sobre el viaje avivó un pensamiento que había evitado hasta ese momento. Un pálpito se apoderó de mi pecho y antes de darme cuenta y ser consciente de lo que hacía, la pantalla del ordenador portátil me iluminaba el rostro sobre la mesa de la cocina. Delante de mí tenía el perfil social de Lucía, que no había cambiado nada en las últimas horas, a excepción de la fotografía que Centollo me había mostrado la noche anterior. No tuve la menor duda de que la había tomado después de cortar conmigo, así como de que la sonrisa de su rostro no era fingida, sino sincera. Me fijé en los detalles. La imagen había sido tomada con el teléfono, no muy lejos del lugar en el que habíamos roto, y eso me removió el café que había llegado recién al estómago. Simplemente, no podía esperar que fuera capaz de algo así. El titular rezaba el comienzo de las vacaciones y de fondo quedaba el hermoso color azul verdoso del mar. Suspiré profundamente, sin dar crédito a lo que contemplaba y cuestioné su inteligencia. Creemos

conocer a las personas pero, en realidad, por mucho tiempo que pasemos con ellas, solo accedemos a un pedazo de su verdadera identidad. Cerré la tapa del portátil y di un largo sorbo al café, que ya estaba templado, cuando sentí una vibración sobre la mesa.

Comprobé la pantalla del móvil. Era un número desconocido.

—¿Sí? —pregunté al descolgar el terminal.

—Señor Caballero… —musitó la sensual voz de Sofía Lagarde, al otro lado de la línea. Me había olvidado de ella y de la desafortunada llamada del día anterior.

—Señora Lagarde…

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, antes de que iniciara una conversación banal—. Ayer me dejó preocupada con su llamada.

Por suerte, no era el único que había cometido un error. A pesar de su indomable carácter, aquella mujer sabía cuándo recular y suavizar las tensiones. En el fondo, no era yo quien le importaba, sino el cliente del crucero.

—No fue el mejor día del año, pero hoy estoy mejor —comenté y di otro sorbo a la taza de café—. Supongo que me llama por la oferta de trabajo.

—Me ha leído el pensamiento.

—Verá…

—La oferta sigue en pie y estoy dispuesta a ofrecerle un bono extra, como compensación, señor Caballero.

Arqueé una ceja, ya que ella no podía verme. O quizá sí, pensé. Hay personas que nunca dejan de sorprendernos. Aquello sonaba bien. Mi intención era decirle que había cambiado de opinión y que estaba dispuesto a continuar con lo pactado, pero esa mujer se había adelantado y la oferta era aún mejor de lo esperado.

—Suena tentador… ¿Intenta seducirme?

Pude notar cómo le hacía gracia mi comentario. De pronto, su tono se volvió más suave y profundo.

—Le prometo que me acompañará en una cena especial, a la que también asistirá el marqués de Rocanegra y otras personalidades que, seguro que conoce.

—Vaya, suena tentador —comenté, aunque no tenía ningún interés en conocer a la aristocracia del país. De alguna manera, me había empachado de tanta alta sociedad—, sobre todo por la parte que se refiere a acudir como su acompañante.

—¿De verdad, Caballero?

—Por supuesto.

Ella chasqueó la lengua.

—No puede coquetear conmigo por teléfono —comentó con tono maternal, como si le hablara a un niño pequeño. En el fondo, yo sabía que no era así—. Compórtese, por favor. Este es un encargo serio y profesional.

—Descuide, señora Lagarde. Solo bromeaba.

—Está bien. Me alegra haber sido capaz de cambiar su parecer… En ese caso, le veré mañana.

—Hasta entonces —respondí y colgué, con una sensación traviesa en el cuerpo. Me pregunté qué significaba ese comentario y por qué esa mujer conocida por ser un martillo demoledor a la hora trabajar, me trataba de esa manera. La primera respuesta fue la cama, pero la descarté al momento. Lagarde era demasiado inteligente como para perder la partida con un lío de sábanas. Sus intereses debían de ser otros, sospeché, aunque no lo averiguaría hasta que estuviéramos en el mar.

6

En una maleta de piel marrón llevaba el equipaje necesario para los días que estaría a bordo del crucero: ropa, una bolsa de aseo, un libro y un cuaderno de notas. No necesitaba más, sobre todo, sabiendo que pasaría los días y las noches entre camarotes, proas, popas y barras de coctelerías flotantes. El cosquilleo de la novedad me recorría el cuerpo como una culebra atrapada en un laberinto. Era la primera vez que hacía un viaje tan largo en barco. Finalmente, había encontrado la excusa necesaria para pasar página, no mirar atrás y lanzarme a la aventura. Antes de salir de casa, con la maleta en la puerta, comprobé el sobre de papel en el que guardaba los billetes del crucero y me di cuenta de que sobraba uno.

«Nunca sabrás lo que te perdiste», dije en silencio, negando con la cabeza y recordando el rostro de felicidad de Lucía en aquella imagen de Internet. Después guardé el sobre en el bolsillo del pantalón y tomé el ascensor para bajar a la calle.

Un taxi me esperaba en la puerta del edificio. El conductor salió del vehículo cuando me vio aparecer y se hizo cargo de la maleta.

—¿A dónde nos dirigimos, señor? —preguntó, poniendo el contador en marcha y mirando de reojo por el espejo retrovisor.

—Al puerto.

—Ajá —comentó y metió la primera marcha. Después, noté que quería entablar conversación—. Por casualidad, ¿no irá usted a viajar en ese crucero?

—Así es.

—¡Vaya! —exclamó, moviendo los hombros—. Se está hablando mucho de él, recientemente. El dichoso barco nos está dando mucho trabajo.

—¿Y qué se comenta?

—No quiero parecer chismoso, pero dicen que es una

experiencia única… con una gran mancha de alquitrán encima —explicó, ladeando la cabeza, mirando de reojo y conduciendo a la vez—. Muchos viajeros han estado en la ciudad estos días, antes de que el crucero zarpe. La mayoría son muy pudientes, ya me entiende…

—¿A qué se refiere?

—Dicen que es una maniobra para lavar la imagen de la compañía. Parece que llevan varios años de pérdidas e intentan reflotar el negocio… Un cliente mencionó algo sobre un juicio por despido, pero no me haga caso.

—Ya veo… Fuentes fiables, ¿eh?

—Los que suben a ese barco son ricos. Saben de lo que hablan.

—¿Cómo lo sabe?

—Hombre, es obvio, ¿no? Se han hospedado en los mejores hoteles de la ciudad.

—Entiendo —dije y me recosté para mirar por la ventanilla. Fuese cierto o no lo que ese hombre comentaba, la realidad era que me importaba un carajo quien subiera al barco. En ese momento, pensé que no echaría de menos la ciudad por unos días y que sumergirme en el Mediterráneo me ayudaría a superar el fracaso de la ruptura. No podía quedarme de brazos cruzados en casa, desaprovechando una oportunidad única para establecer nuevas relaciones profesionales y… ¡qué demonios!, para darme las vacaciones que merecía. Comprendí que la decisión marcaría un punto y aparte en mi trayectoria, un cierre de capítulos que me ayudaría a cavilar sobre el futuro.

El taxista me dejó en los aledaños del puerto, frente una muchedumbre de periodistas, cámaras y cientos de personas que hacían cola para subir a la enorme embarcación. Aboné la cuenta, recuperé mi maleta y me despedí del conductor, absorto por el bullicio ininteligible que se desplazaba en el aire, como si fuera el zumbido de una nube de insectos voraces. Con un poco de esfuerzo y prestando atención a las palabras que flotaban en mi cabeza, descifré algunas frases en francés, otras en italiano y muchas en inglés. El crucero era internacional y los viajeros procedían de diferentes países del globo. Di un respingo, perdido y sobrepasado por la situación. Odiaba las colas y las esperas, pero sobre todo, me sentía pequeño entre tanta gente.

Caminé hacia una de las colas, siguiendo las señales que había colocado la compañía de viajes, cuando noté una sombra que se me acercó por detrás. Antes de que me girara, aprecié la presencia encima de mi nuca.

—Documentación, por favor —dijo una voz grave que me resultó de lo más familiar.

Me giré y retrocedí a causa de la sorpresa. Sin duda, los reencuentros nunca habían sido su fuerte.

—¡Maldita sea! Casi me provocas un infarto. ¿No te han enseñado a aproximarte a las personas de frente?

—El cara a cara puede resultar violento. ¿Por qué crees que los perros se huelen el trasero?

—Por supuesto. Olvidaba que hablaba contigo…

—Yo también me alegro de verte, Caballero —dijo Rojo, que iba vestido como siempre, con la mirada cubierta por las gafas de aviador y su habitual atuendo de camiseta negra de algodón ceñida al pectoral, vaqueros y botas. Con el mentón, señaló al barco.

—Te ves bien, inspector.

—¿Qué diablos se te ha perdido aquí? —preguntó, curioso. Por supuesto, no íbamos a hablar de lo que habíamos estado haciendo durante nuestra separación. A Rojo no le interesaban las historias, las anécdotas, ni el pasado sentimental de sus amistades. Al menos, eso pretendía mostrar.

—Eso mismo me pregunto yo.

—Pues responde de una vez.

—Me refería a qué haces tú aquí —aclaré—. En mi caso, me voy de vacaciones. Creo que me las he ganado.

—¿Tú solo?

—No me malinterpretes… No digo que los demás no las merezcan…

—Te pregunto si vas a viajar solo, sin compañía.

—¡Ah! Sí… —comenté, tragando saliva—. Es una larga historia, pero supongo que no tienes tiempo para escucharla.

—La verdad es que no —respondió, rotundo y desinteresado. No me lo tomé como algo negativo. Conocía su carácter y podía ver en su mirada que estaba pendiente de otras cosas más importantes para él—. En otro momento, quizá.

—¿Qué estás haciendo en el puerto? ¿Alguna misión de

incógnito?

De pronto, noté un breve estiramiento en su rostro, una ligera sonrisa que mostraba parte de la dentadura. Un gesto poco habitual en él.

—No estoy de servicio en estos momentos, aunque he venido a echar un cable. Al parecer, la alcaldesa quiere que todo esté bajo control.

—Pero la Policía Nacional no trabaja para la alcaldesa —dije y señalé a los agentes municipales.

—Quien dice la alcaldesa, también menciona a la Diputación. Hay mucho dinero en juego y unas elecciones a la vista.

—Comprendo… —respondí e intenté encontrar una explicación más creíble tras los cristales de espejo. No la encontré porque mentía. Aun así, meterse en la mente del inspector era un caso para expertos—. ¿Algo que deba saber antes de embarcarme?

—Tómate una pastilla para los mareos. Los viajes en barco te trastocan la digestión.

—Lo tendré en cuenta —comenté sonriente y saqué el sobre con los billetes. Después extraje uno, lo doblé y se lo metí en el bolsillo del vaquero.

Rojo me miró con desprecio.

—¿Qué haces?

—Por si cambias de opinión.

El inspector comprobó el billete y lo guardó.

—¿Crees que necesito uno para subir ahí?

—Quizá necesites unas vacaciones.

—¿Así que te han roto el corazón, juntaletras?

—La vida no siempre es indulgente —respondí, encogiéndome de hombros—, pero el mar soluciona todos los problemas.

—Y el vino… No los mezcles demasiado.

De pronto, entre el gentío, una presencia femenina atrajo nuestras miradas con la fuerza de un imán.

—¡Gabriel Caballero! —exclamó la señora Lagarde, haciendo un gesto con la mano. La mujer iba ataviada con un veraniego y sedoso vestido de color verde y protegida del sol con una pamela. A su lado tenía una maleta de gran tamaño.

—No pierdes el tiempo, escritor.

—Que la vida no sea justa, no significa que sea miserable —

respondí sonriente y me quedé perplejo ante la mujer que veía en la distancia—. Será mejor que acuda a mi cita. Me paga por ello.

—¿Ahora eres un gigoló?

—Más o menos… Escribo para las revistas de moda.

El comentario desató una risa en el inspector.

Estrechamos la mano y Rojo me dio una palmada en el hombro, a modo de despedida.

—Te veré pronto —comentó, antes de desaparecer—. Desconfía del mar. No querrás acabar como en la película…

—Descuida, esto no es el Titanic.

—Ni tú DiCaprio.

7

El investigador desapareció de mi campo de visión en cuanto me di la vuelta. Era su modo de proceder, apareciendo y esfumándose como un ilusionista. Bajo la atenta mirada escondida en las gafas de sol de aquella mujer, me acerqué como un buque de guerra hacia ella, decidido y sin temblar. Sofía Lagarde se mostraba confiada, con una sonrisa a medio recorrer en su rostro y una postura recta y elegante. Por su apariencia, tuve la impresión de que era una pasajera más y que no se encontraba allí por trabajo.

—Es un gusto verla de nuevo, Sofía —comenté a escasos metros de ella—. Tiene un aspecto estupendo… Cualquiera diría que está haciendo horas de oficina.

—Lo suyo es incontinencia, ¿verdad?

La miré de lado, sin entender su respuesta.

—Perdone, pero…

Entonces ella me tocó el antebrazo y se acercó a mí.

—Relájese, Caballero —dijo y sonrió, finalmente—. Tan solo bromeaba.

Después echó a andar hacia la cola de los equipajes. Cuando me quise dar cuenta, Lagarde nada más cargaba con el bolso y había dejado la maleta ante mis ojos. En otra situación le habría recordado el despiste, pero ambos sabíamos que no había dejado atrás el equipaje por un descuido. Por desgracia, estaba atado a un contrato remunerado y a un bono extra por el que asumí el rol de botones. Con resignación, cogí el asa de la maleta con ruedas y la arrastré conmigo hacia la cola.

Tras cruzar los controles de seguridad, llegamos al interior de la embarcación, siguiendo a un multitudinario grupo de pasajeros que nos acompañaban. Todo el mundo presentaba una actitud festiva y alegre, como si aquel viaje fuera el mejor de sus vidas. Lamenté no

poder acompañarlos en la efusividad del momento, pues yo me encontraba allí por faena, soportando una amargura de la que aún no me había deshecho. A mi lado tenía a una mujer hermosa, mayor que yo, pero no por ello menos atractiva que otras más jóvenes que nos acompañaban. Lagarde poseía unos rasgos muy mediterráneos y un cuerpo natural y protuberante que me recordaba a actrices como Monica Bellucci.

Seguimos la muchedumbre y nos adentramos en aquel parque temático de camarotes, cafeterías, restaurantes, gimnasios y lugares de ocio en los que parecía imposible aburrirse mientras estábamos navegando. Me sentía desorientado, como un niño recién llegado a la escuela. Por su parte, Lagarde se mostraba como si ya lo hubiera hecho antes. Seguí sus pasos, en silencio, guardando la compostura para que no notara mi falta de experiencia, aunque estaba convencido de que ya se habría dado cuenta de ella. La mujer me guio hacia el interior del barco que, por unos momentos, se convertía en un hotel y nos hacía olvidar que estábamos flotando. Al llegar a una recepción, se quitó las gafas de sol, abrió el diminuto bolso y sacó la documentación y el billete. Seguidamente me miró de reojo.

—¿Qué le ha pasado a su acompañante? —preguntó, cerrando la cremallera del bolso—. Creo recordar que le enviaron dos billetes.

Estudié su expresión. No era una pregunta banal para romper el silencio, sino que parecía manifestar interés por la ausencia de Lucía.

—Una indigestión… —dije y vi cómo su labio se estiraba, provocando una tensión ligera en la parte superior de la boca—, sentimental…

Finalmente, la sonrisa apareció, aunque sin mucho lustre. La mujer se giró hacia la recepción para retirar la documentación que había prestado y me fijé en las sortijas que llevaba en los dedos. Bisutería cara, aunque no demasiado ostentosa. No era un especialista en joyas, aunque sabía diferenciar el oro macizo del bañado y también cuando las piedrecitas brillantes eran diamantes y no cuarzo transparente. En el caso de Lagarde, calculé que llevaría varios miles de euros sobre las falanges y también sospeché que ninguno de esos anillos la comprometían con nadie.

—¿Y usted? —pregunté cuando llegó mi turno para registrarme

en el crucero. Saqué la cartera, entregué mi documento de identidad y el billete del barco—. ¿Viene sola?

—Es un viaje de trabajo, Caballero. No lo olvide.

—Lo tengo muy presente, pero ya sabemos lo que sucede en los viajes de trabajo…

—Será en los que usted hace.

Sonreí.

De nuevo, utilizaba conmigo ese tono de voz sedoso y seductor. Me pregunté si ahora era ella quien intentaba coquetear conmigo.

—Su habitación es la 307 —dijo la recepcionista, entregándome una tarjeta de plástico.

—El siete es un número mágico —comenté y miré a la jefa de redacción—. Debo de estar de suerte.

Lamentablemente, el embrujo de seducción desapareció en cuanto una tercera persona entró en escena. Yo estaba distraído con el registro, pero Lagarde pareció ponerse nerviosa con la presencia del desconocido. Una vez que terminé, recogí mis pertenencias, miré de lado y vi a un hombre corpulento, más alto que yo, con el cabello engominado hacia atrás y vestido con un traje azul entallado. Parecía alguien importante allí dentro y mi olfato de sabueso aficionado no me falló. Por el semblante, aparentó alegrarse cuando vio a la mujer que me acompañaba y capté que se conocían de antes.

—¿Señora Lagarde? —preguntó, haciéndose el sorprendido y mostrándole las palmas de las manos. Me coloqué al lado de Sofía para generar más confusión y el hombre me miró desdeñoso—. ¡Bendita casualidad! ¿Cómo puede estar tan deslumbrante?

Sofía Lagarde ejecutó su papel. Ahora se convertía en una señora halagada y sumisa, lejos de la actitud fría y distante que reflejaba con otras personas. Esa señora era toda una caja de sorpresas.

—¡Oh! Es usted encantador, señor Alcázar… —comentó, mirándome por el rabillo del ojo, advirtiéndome de algo que no lograba advertir. Los brazos del hombre se abrieron para darle un escueto abrazo, pero ella se negó y le ofreció la mano.

Buena jugada, juzgué.

—Pensé que no vendría —comentó el hombre—. Daba por hecho de que estaría volando a algún lugar paradisíaco, como suele hacer por estas fechas…

—No sea humilde, por favor… —respondió ella con falsa modestia—. Después de todo lo que ha hecho por nosotros, ¿cómo iba a rechazar su invitación y perderme esta experiencia? No se le puede negar nada al Mediterráneo.

—Me alegra que tomara la decisión —comentó, aún sujetándole la mano, pero se dio cuenta de que pronto resultaría incómodo. Acto seguido, se dirigió a mí con la mirada—. Perdón, señor. Supongo que usted es…

—¡Oh, sí! —exclamó ella, antes de que él terminara la frase y yo tuviera la oportunidad para identificarme—. Él es el señor Caballero. Se encargará de escribir el reportaje que publicaremos. Lo hará a modo de crónicas, todo muy novelado, con su toque particular…

No me gustó la forma en la que me presentó Lagarde, pero todavía menos el modo en el que me miró aquel hombre. Sus ojos se clavaron en mi cara como dos tornillos alargados. El tipo me ofreció la mano y accedí, notando cómo me estrujaba los dedos con fuerza, sin despegar los ojos de mi faz.

—Un placer, señor Caballero —dijo, agitando la mano—. Espero que goce de su estancia y que el viaje le inspire para redactar un buen reportaje…

—Perdone mi ignorancia, señor… —respondí y retiré la mano, antes de que me la devolviera sin movilidad—. ¿Y usted, es?

Las gruesas cejas del apuesto varón se arquearon. La pregunta lo agarró por sorpresa y sus ojos se dirigieron a los de Sofía Lagarde.

—¡Qué agudo! —exclamó y ambos rieron. Luego volvió a mí y me propinó una palmada en el antebrazo. Sonreí, siguiéndole el juego, sin entender de qué hablaba—. Les veré más tarde, en la cena… Ahora, si me disculpan…

Asentí y ella hizo lo mismo. El hombre de traje desapareció por el pasillo que llevaba al interior del hotel y entonces suspiré profundamente.

—Dígame que estaba bromeando… —comentó mi acompañante.

—¿Él o yo? ¿O los dos?

—Ni siquiera se ha molestado en informarse sobre los huéspedes que estarán en el crucero, ¿verdad?

—Sé que viene parte de la aristocracia del país…

—Es usted insólito, Caballero —respondió quejándose y me miró

de frente. A escasos centímetros, no parecía tan alta, a pesar del tacón de las sandalias—. Ese hombre era Manuel Alcázar, el director de este crucero y nuestro cliente. ¿Queda claro?

—Clarísimo.

—Le daré un consejo… Cuando no sepa quién es alguien, finja que lo conoce de siempre. Estas personas nunca recuerdan un nombre, ni una cara, pero están acostumbradas a que las reconozcan. Juegue sus cartas y hágalas sentir cómodas, pero no se esfuerce demasiado… Se olvidarán de usted igualmente.

8

Una vez que conseguimos las llaves de las estancias, nuestros caminos se separaron, ya que las habitaciones se encontraban en plantas diferentes. Antes de despedirse, Sofía Lagarde me recordó la hora y el lugar de la cita y me pidió que me pusiera algo más sofisticado que una simple camisa, aunque no hubiera ningún código para el encuentro.

—Haré lo que pueda —contesté y me despedí de ella, viendo cómo las caderas de la mujer se alejaban de mí por una alfombra roja que llegaba hasta los ascensores.

Parado frente a la recepción, resoplé, haciendo un poco de tiempo para que Lagarde desapareciera de mi vista. No es que su presencia me incomodara, sino que no quería darle una impresión desacertada. No era un pesado, ni tampoco un baboso que necesitaba sus favores. Más bien, prefería estar solo, adaptarme al entorno y reflexionar sobre lo que estaba a punto de acontecer en los siguientes días.

El barco seguía sin moverse, por lo que sospeché que aún estarían entrando los pasajeros. Comprobé la hora, vi que todavía quedaban unas horas para la cena y tenía la sensación de que llevaba una semana ahí dentro, por lo que me puse en marcha para encontrar mi habitación. Pensé que, una vez dejado el equipaje, buscaría en el crucero algún bar cercano al restaurante en el que me citaría más tarde con mi jefa. Tomé el ascensor con un grupo de pasajeros desconocidos y me pregunté qué interés, más allá de lo profesional, tendría Lagarde en ese director estirado.

Las puertas se abrieron en la tercera planta y el pasillo me recibió con un suelo de moqueta y dos largos pasillos con forma circular que separaban las habitaciones. Me fijé en los números y busqué el grupo en el que se encontraba mi cuarto. Recorrí el pasillo de la derecha, revisando cada cifra, hasta que di con la que

era mi habitación. Luché unos segundos con la cerradura automática hasta que logré abrir la puerta y me di cuenta de que no era el único con problemas, al ver en derredor a otros viajeros que se enfrentaban a las cerraduras automáticas con el mismo éxito que yo.

Empujé la puerta y noté que la estancia de al lado se abría. De ella salió un hombre de pelo cano y poca estatura. Tenía un semblante amigable, llevaba una camisa floreada y hablaba por teléfono.

—Sí, sí… no te muevas de ahí, estoy de camino —dijo al aparato y colgó. Sus ojos se encontraron con los míos y me saludó con un gesto de cabeza—. Mi esposa… Se ha perdido con tanta escalera.

Asentí con una sonrisa y el hombre caminó despacio hacia los ascensores. No me sorprendió lo que dijo. Aquel lugar era un auténtico laberinto de puertas, pasillos, ascensores y lugares en los que consumir.

Lo excepcional, pensé, hubiese sido que su mujer encontrara la habitación en el primer intento.

Lo primero que vieron mis ojos fue el mar, al otro lado de la estancia, tras una enorme ventana con forma de círculo. Por suerte, me encontraba en la tercera planta y el pánico de morir ahogado en caso de accidente era menor que si me hubiese tocado a ras de suelo. Cerré la puerta con sigilo, activé la luz de la habitación y dejé la maleta junto a la cama, que seguía siendo doble, tal y como lo había solicitado en un principio. El detalle me llevó a acordarme de Lucía, de su sonrisa de felicidad, y preferí no reflexionarlo demasiado, antes de que los malos juicios intoxicaran mi cabeza.

—Estás aquí para divertirte —me dije en voz alta, frente al espejo. Era un ejercicio que recomendaban los expertos para subir la autoestima. Lo había leído en las revistas de psicología, pero lo cierto era que me funcionaba mejor cuando era otra persona quien me daba los ánimos.

Una vez que me acomodé en la habitación, saqué la ropa de la maleta y la colgué en el armario. Por fortuna, llevaba la americana azul conmigo, una prenda que nunca sobraba y siempre podía sacarme de un apuro. Tomé una ducha rápida para despejarme y me vestí con un conjunto de camisa blanca, pantalones de color crema y mocasines burdeos. Después desdoblé con cuidado la

americana azul y la vestí para contemplarme en el espejo. Me hallé pletórico y rompedor. Por último, desabroché el primer botón de la camisa, para que corriera un poco el aire y me aseguré de no olvidar la tarjeta.

En cuanto salí de la habitación, busqué el restaurante al que acudiría unas horas más tarde. En un lugar tan grande como aquel, tenía la sensación de encontrarme en un centro comercial enorme con forma de laberinto, en el que las plantas eran idénticas unas con otras, como también lo eran sus pasajeros. Gracias a la vida que me había tocado disfrutar, había viajado por diferentes puntos del globo, pero nunca me había visto en el interior de un parque temático como ese. Por supuesto, el crucero tenía muy poco que ver con la idea preconcebida que me había hecho gracias a la televisión. Los avances tecnológicos habían transformado el viaje por el mar en una experiencia única, llena de actividades de ocio y deleite, con diferentes opciones adaptadas a los antojos de cada viajero. Quien lo deseara, podía viajar a través del Mediterráneo, viendo de lejos las ciudades por las que la nave pasaría, sin la necesidad de abandonar el barco. Era tan perfecto que me provocaba repelús.

Me deslicé por las diferentes plantas, cruzándome con gran diversidad de pasajeros a los que, probablemente, no volvería a ver en todo el recorrido. Por mi paso, observé personas mayores que yo, pero también más jóvenes; parejas de enamorados que celebraban un viaje especial y matrimonios consumidos que habían depositado todas sus esperanzas sentimentales en aquella travesía. A medida que me acercaba al restaurante, tuve buenas sensaciones acerca del viaje, sobre todo, por lo variopinta que era la gente que se movía por los pasillos. Finalmente, vi el rótulo dorado e iluminado que había sobre una puerta circular de cristal.

«El Fideo de Oro», leí para mis adentros, frente a la puerta del establecimiento y me pregunté quién podía ser tan hortera para llamar así a un restaurante. Junto a la entrada, atisbé una pecera enorme por la que varias langostas se movían con dificultad. Oteé a ambos lados, con la esperanza de encontrar un lugar en el que pasar la hora que me quedaba de espera y, al otro lado del corredor, junto a una pequeña terraza con jardín improvisado, vislumbré lo que parecía una coctelería. Y allá me fui. Minutos después, el barman

me recibía en una barra acolchada, aunque vacía de clientes.

El Whisky Sour era un refinado bar de cócteles de diseño, con sus paredes pintadas de negro, los muebles de madera oscura y un sofá Chesterfield rojo en el centro, rodeado de varios sillones. Aprecié los primeros movimientos en el suelo y comprendí que estábamos abandonando el puerto y que era obvio que el bar estuviera todavía vacío.

—¡Zarpamos! —exclamó el barman, un tipo de mi edad, de tez morena, atlético, vestido con pajarita, camisa blanca y chaleco negro de tela. Sus brazos eran de tal tamaño, que la camisa quedaba ajustada a los bíceps.

—Supongo que ya no me puedo arrepentir.

—Al menos, hasta que lleguemos a Mallorca —comentó y ladeó el rostro—. ¿Qué va a tomar, señor? ¿Quiere darle un vistazo a la carta?

Alcé la vista y vi la infinita cantidad de botellas alcohólicas que había sobre las baldas de cristal, pegadas a una pared de espejo en la que podía verme reflejado. Las opciones para emborracharme eran tantas, que no sabía por dónde empezar, así que me decidí por algo clásico que no me sentara muy mal y que me permitiera llegar a la cena con el rostro de una sola pieza.

—Haré honor al nombre del bar.

—Como guste —comentó y se marchó a prepararme el combinado.

Apoyado en la barra, saqué el teléfono móvil para comprobar si el mundo había seguido sin mí durante las horas de ausencia. De pronto, antes de que abriera el navegador para leer las noticias, por encima de la pantalla, vi unas piernas brillantes y morenas que se quedaron quietas, a escasos centímetros de mi posición. Desconcertado, bloqueé el terminal y lo guardé en el bolsillo interior de la americana, a la vez que mis ojos subían el camino dictado por el brillo de las espinillas. Lo siguiente fue un vestido oscuro y ajustado y, por último, unos ojos de color azabache que contrastaban con su piel oscura y una larga melena negra y cuidada. Había algo exótico en sus rasgos faciales que me hizo sospechar de su origen. Era atractiva, hermosa y muy dulce, pero también tenía una mirada felina, desgarradora y, peor todavía, peligrosa como la de un depredador. Sorprendido por su presencia,

erguí la espalda y me puse recto sobre el taburete, apoyando las manos sobre la acolchada barra. Nuestros ojos se cruzaron, provocando un chispazo en el aire y ella sonrió por educación, antes de desviar la mirada hacia otro lado.

—Aquí tiene su *whisky sour* —indicó el barman, apoyando el vaso ancho de cristal sobre un posavasos de cartón y acompañando la bebida con un pequeño plato de frutos secos.

Cogí la fría bebida y me quedé atento a la conversación que estaba a punto de suceder.

—¡Hola! —dijo él, pero ella le respondió en inglés y después demandó lo mismo que yo.

A decir verdad, no parecía la clase de turista que viajaba en crucero. Aquel encanto, que tendría mi edad o algún año menos, derrochaba estilo con el mero hecho de existir.

Su petición me sorprendió e iba a sacar provecho de la situación. Ahora tenía la circunstancia perfecta para romper el hielo e iniciar una conversación con la desconocida. Di un sorbo a la bebida, sentí el *bourbon* en los labios y esperé a que le sirvieran el trago. Entonces la miré y alcé el vaso.

—¡Salud! —le dije, animándola a que hiciera lo mismo. Ella me miró azorada, pero interesada, de alguna manera. Podía notarlo en sus ojos, así como en su postura corporal, sentada sobre el taburete y con las piernas apuntando hacia mí—. *Cheers! English?*

Ella asintió y repitió el gesto.

—*And you*? —preguntó y me señaló con la mirada el espacio que había a su lado.

Sonreí sin dudar y me giré hacia ella, a cámara lenta, como el protagonista de un anuncio de vermú.

—Español —dije, levantándome del taburete y recortando distancias entre nosotros, pero sin invadir su espacio—. *My name is* Gabriel Caballero… y presiento que será un crucero de lo más entretenido.

9

Se llamaba Nadine y era de origen libanés. Llevaba muchos años viviendo en el Reino Unido. Tenía una voz dulce, rasgada, y un acento británico pulcro para mis oídos, aunque supuse que con un cierto deje para los nativos. De cerca, pude notar que el moreno de su piel no era natural y que lo había adquirido tras invertir una larga cantidad de horas bajo el sol. La fina marca del bikini la delató. Era una mujer esbelta que impresionaba en las distancias cortas. Por alguna razón, había algo en su rostro que resultaba irresistible, más allá de la belleza habitual que irradia la juventud. Entre sorbo y sorbo, rompí el hielo con algunos comentarios graciosos sobre el barco, con el fin de hacerla reír, me pregunté qué escondía y aproveché para tantear por el motivo de su viaje.

—Acompaño a un amigo —respondió, sin dar más detalles. Rápido y sin que se diera cuenta, fijé la vista en los dedos libres de alianzas y en un brillante que le colgaba del cuello.

—¿Casada?

Ella sonrió.

—*Oh my God! No, please…*

—Solo preguntaba…

—¿Y tú?

—Tampoco… —dije y golpeé mi vaso con el suyo—. Parece que ya tenemos algo en común.

Después di un trago y escruté su reacción. Aparentaba sentirse cómoda a mi lado y eso me hizo sentir mejor, después de la mala racha que arrastraba.

—¿A qué se dedica, señor Caballero?

—Oh, no, por favor… Llámeme Gabriel. Soy escritor.

—*A writer?* —mencionó y los ojos se le iluminaron. Rara vez ocurría cuando mencionaba mi profesión—. *Interesting*…

—Eso dicen en la prensa, aunque, para lo que escribo… En fin, ¿y usted?

Ella vaciló antes de responder y me percaté de que no me contaría toda la verdad.

—Soy modelo.

—No sé por qué no me sorprende…

—¿A qué ha venido eso? —quiso saber, algo molesta.

Firme, la toqué por el hombro para que entendiera que no pretendía ofenderla.

—Por la altura. No se ofenda…

—Ah, comprendo… —contestó, dio un trago a la bebida y sonrió una vez más, sin mostrar los dientes—. La sociedad se forma ideas equivocadas sobre las modelos y eso me irrita… Sobre todo, los hombres.

—No sabe cuánto la entiendo. Ocurre algo similar con los escritores…

—¿Está trabajando en una novela?

—No exactamente…

Ella jugó con el vaso, lo levantó y se lo colocó a la altura de los labios. No entendía muy bien qué sucedía en la conversación, pero era como si Nadine pretendiera obtener algo de mí. De pronto, sin esperarlo, un objeto vibró en el interior de su bolso. La chica abrió la solapa y sacó un teléfono móvil. El rostro se le alumbró con la pantalla y sus dedos comenzaron a moverse a toda velocidad.

—¿Sucede algo, Nadine?

—*Just a second…* —dijo, pidiéndome con la mano que esperara. Por el rabillo del ojo, no pude ver qué escribía, aunque estaba claro que respondía un mensaje de texto. Su semblante cambió de expresión con la llegada de aquel telegrama digital.

Guardó el terminal y le pidió al camarero que abonara la bebida a la habitación 504. Después, cogió su bolso y se dispuso a marcharse.

—Espere, ¿necesita ayuda? —pregunté al verla apurada, pero su mirada me advirtió que regresara a mis asuntos.

—Me tengo que ir —dijo, escurridiza y distante—. Hasta la próxima, Gabriel.

Esas fueron sus últimas palabras, pese a que yo no tuviera convicción alguna de que nos volveríamos a encontrar.

A la salida de la coctelería, un hombre rubio se cruzó en su camino y se apartó al verla caminar con tanta prisa. El desconocido se acercó a la barra, me avistó y pidió ginebra con tónica. Después ocupó el lugar que Nadine había dejado libre.

—Ha debido enfadarla para caminar con ese entusiasmo… —comentó, intentando suavizar la tensión que había quedado en el aire. Por su acento, deduje que era americano, aunque su español sonaba más que decente.

—Descuide, esta vez no he sido yo… —dije y ambos reímos—. Todos tenemos derecho a sufrir un mal día.

—No es el mejor modo de empezar unas vacaciones.

—En realidad, no importa cómo empieces… sino cómo acabes —dije y di otro trago al whisky que empezaba a aguarse con el hielo.

Sin verlo venir, me di cuenta de que tenía al americano al lado, ofreciéndome la mano. Se la estreché por gentileza y sospeché que había hecho un nuevo amigo.

—James.

—Un gusto, James —contesté—. Gabriel.

Comprobé la hora y vi que el encuentro en el restaurante se acercaba. No quería ser grosero con mi nuevo acompañante, pero sentí que era la ocasión para retirarse. Sin embargo, una tercera presencia retrasó mi evasiva. Un hombre vestido de chef entró en el local, agitado como un cóctel y en busca de algo que no parecía encontrar. Cuando nos vio, se dirigió a nosotros, ya que éramos los únicos clientes del bar a esa hora.

—¡Eh! ¿Habéis visto a una mujer por aquí?

Arqueé una ceja, molesto por la manera en la que se había dirigido a nosotros. El americano lo observaba indiferente.

—Buenas tardes, para ti también…

El tipo me observó con desprecio e hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¡Bah! Olvídalo —contestó y se marchó, tras no haber tenido éxito.

—Espero que no todos los pasajeros sean así… —comentó el estadounidense, mientras yo le daba vueltas a la conexión que podía haber entre ese extraño, la mujer libanesa y el mensaje que había recibido.

Terminé la bebida de un trago, para aclararme la garganta y pedí la cuenta, antes de que me quedara en esa barra de bar para siempre.

—Cuando juntas a miles de personas en un barco, existe la posibilidad de que te cruces con un imbécil… o con unos cuantos —respondí, pagué y me levanté del taburete—. Por suerte, solemos ser una minoría…

El americano rio.

—Que disfrute la estancia, Gabriel —dijo y miró hacia la puerta—. Por cierto, creo que su cita ha llegado…

—¿Mi cita? —pregunté sorprendido y me di la vuelta para ver a quién se refería. Sonriente y con un vestido diferente al que había lucido horas antes, Sofía Lagarde me saludó con la mano. Resoplé y llené los pulmones de oxígeno—. Vaya, tiene usted razón… El deber me llama.

Caminé hacia la entrada, preocupado por el tufo a whisky que podía desprender y me acerqué a la mujer, que me embriagó con el perfume que llevaba encima.

—¿Haciendo amigos?

—Más bien, haciendo lo que puedo…

—No me sorprende en absoluto —dijo y le ofrecí mi brazo para que se agarrara, pero ella lo rechazó—. Déjese de tonterías. Esto no es una cita.

—No obstante, podría serlo. Considérelo…

Ella se rio en voz alta y dio un largo suspiro.

—¿Nunca se harta?

—Suelen cansarse antes de mí.

—Ahora entiendo por qué viaja solo.

La contemplé en silencio y negué con la cabeza.

—Usted gana… No tengo respuesta para eso, al menos, en voz alta —contesté y, acto seguido, sentí cómo su mano se me agarraba al bíceps.

—Caballero…

—Está bien, no se preocupe. A veces, alguien debe decirme las cosas a la cara.

Asumí el golpe con dignidad, notando cómo sus palabras me perforaban las entrañas y me quedé en silencio, sin aliento, mientras a ella le pesaba la conciencia y el arrepentimiento.

Frente a la puerta del restaurante, me giró de nuevo para que la mirara a los ojos.

—No pretendía herirlo.

—Descuide, no puede. He sido yo —le expliqué, regalándole una sonrisa melancólica—. Ahora olvídese y disfrutemos de la cena. Recuerde que este era el bono del que me habló…

—Parte de él, me temo… —contestó, dejando entre líneas un galanteo que creía olvidado por parte de los dos.

Avanzamos juntos hacia la puerta del restaurante, ella preguntó por la reserva y el metre nos acompañó hasta un salón privado desde el que procedía un bullicio mezclado de voces.

Cuando llegamos al comedor, no pude figurarme lo que veía.

Entre los invitados reconocí aquellos ojos oscuros y asustadizos, ahora relajados y llenos de luz.

—Le presentaré a los comensales —comentó mi acompañante, antes de cruzar el umbral del salón—. No se forme falsas ideas… Si les encuentra su punto, pueden llegar a ser personas muy amenas.

—No lo pongo en duda…

10

Nada más llegar, mis ojos se desviaron hacia la hermosa libanesa. Estaba sentada al otro lado de la alargada mesa e iba acompañada de un hombre más alto que ella y mucho mayor que yo. Me fijé en él, que poco se parecía al tipo que había entrado en el bar buscándola, minutos antes. Los ojos de Nadine rotaron de dirección cuando me reconoció y sin interés en saludarme, torció el rostro hacia la persona que tenía enfrente para escuchar lo que decía. Antes de ver a quién atendía, una presencia se entremetió en mi campo de visión, excluyéndome a Nadine y al resto de invitados. Cuando miré hacia lo alto, reconocí su rostro.

«¡Oh! Otra vez este tipo», rumié al ver al director del crucero, con quien nos habíamos cruzado antes. Sin embargo, por su expresión, a Sofía Lagarde no parecía incomodarle su presencia.

—Espero que no seamos los últimos —comentó la mujer, haciendo un gesto con el mentón, como si el retraso lo hubiese ocasionado yo—. Estamos muy agradecidos de que nos haya invitado a esta cena.

El director la miró y me apuntó con el índice, haciendo una alusión.

—¿Son pareja?

—¡No! Por Dios… —respondió, antes de que me adelantara—. ¿No lo ve?

La cuestión me azoró y me dirigí a ella.

—¿Qué hay que ver?

—Solo preguntaba —añadió el director—. Ya me queda más claro.

—Siga confiando en sus posibilidades. La fe mueve montañas.

—¿Cómo dice?

Lagarde me dio un pisotón intencionado con el tacón de su zapato.

Aguanté y me tragué el quejido. La mirada de aquel tipo lo decía todo. Después aparté la vista y me eché a un lado para observar la mesa y a los comensales. Al fondo, la silla presidencial estaba vacía, por lo que entendí que era la de Alcázar. A un lateral se sentaba el acompañante de Nadine. Al otro costado, una mujer rubia bebía vino como si fuera agua. Por el aspecto, aposté que su edad estaría en la misma franja de los años de Lagarde. Intuí que sería la mujer del director y que se estaba amuermando como una ostra.

—¿Y, bien? ¿Dónde nos debemos sentar? —quiso averiguar la jefa de redacción, buscando la manera de escabullirse.

Alcázar se giró, no sin antes darme un estoque ocular para marcar su territorio y señaló los dos asientos vacíos, uno frente al otro.

—Bien jugado, director —comenté, al ver que me había colocado junto a un sujeto rechoncho y bajito que bebía vino y parecía sufrir alguna clase de narcolepsia a causa del aburrimiento.

—Si no le gusta, puede cenar en otro restaurante. Tenemos suficientes.

No entendí a santo de qué venía un comentario tan desafortunado y fruncí el ceño mostrando mi decepción.

—Será mejor que me siente. Muero por probar los canapés —dije y me alejé de ellos dos, que parecían tener un interés en hablar a solas.

Al darles la espalda, una mano me sujetó por el antebrazo, obligándome a dar la vuelta.

—¿Qué demonios hace, Caballero? —me bisbiseó la señora Lagarde al oído. El tirón me obligó a retroceder y acerqué mi cuello a su boca. La mujer olía peligrosamente bien—. Es nuestro cliente, ¿está ya borracho?

—Todavía no, pero deme un par de horas… —susurré, aunque no le hizo gracia—. Descuide, sé de sobra quién es y a qué he venido…

—Haga el favor y compórtese como un adulto. Se lo ruego…

—No se altere, mujer… Ese cretino y yo nos llevaremos bien mientras usted le baile el agua y encuentre lo que busca…

—¿Cómo dice?

—No se haga la inocente. Somos adultos, ¿no? —pregunté y la miré a los ojos. En ellos encontré un hilo de fragilidad y comprendí

que la edad, para ciertas cosas, nunca es suficiente—. Desconozco el interés que tiene en él, pero no se preocupe, yo me ocuparé de la esposa si lo considera necesario.

Los ojos de Lagarde se entrecerraron. No supe muy bien si era una reacción celosa o de asombro por la frialdad de mis palabras. Luego observó a la mujer que ocupaba el final de la mesa y sonrió.

—Me bastará si no monta ninguna escena antes de que lleguemos al primer puerto. Este encargo es importante, ¿queda claro?

La agarré de la mano y la besé en los dedos.

—Lo haré por usted, aunque no haya ninguna cláusula en el contrato que lleve su nombre.

—Es usted un caradura —respondió, sonriente, estirando los labios de carmín—. Me pregunto cuántas veces lo habrán despedido del trabajo…

—Habla como si me conociera de toda la vida…

Ella retiró la mano y me fulminó con su mirada de ejecutiva agresiva.

—No se lo repetiré. Está advertido.

—Tiene mi palabra, aunque no espere mucho de mí. Procuro decepcionar en los ambientes íntimos.

Me senté a la mesa y di un vistazo a los extraños que tenía a mi alrededor. Por un momento, me cuestioné qué hacía allí, rodeado de todo lo que detestaba. A lo largo de los años había ganado dinero, pero había perdido casi toda mi integridad. Sin embargo, aún me quedaba la palabra, que era lo que me diferenciaba entre ser alguien o convertirme definitivamente en un don Nadie.

Nunca renunciaba a mi palabra. No lo había hecho antes y tampoco tenía propósitos de cambiar de parecer ante Lagarde.

Por desgracia, poco más tarde me daría cuenta de que no sería así.

Acudir a esa cena sería un error, pero nadie me podía avisar de las adversidades que me traería al personificarme allí.

11

La mesa rectangular y alargada estaba preparada para ocho comensales: tres en cada lateral y uno en cada extremo. Tomé asiento siguiendo las indicaciones de Alcázar, quien me había colocado allí por alguna razón. Al fondo presidía el director, con su mujer a un costado y la hermosa Nadine al otro. Junto a esta se sentaba el marqués de Rocanegra y a su lado iba yo. Frente a mí estaba Lagarde, que observaba a los comensales con atención. Entre nosotros, presidiendo la otra ala de la mesa, nos acompañaba un tipo regordete, vestido con americana azul, camisa blanca y con unas gafas negras de pasta que le daban un aire culto. Tenía el cabello ondulado, castaño como una bellota, y la frente brillante a causa del sudor y del calor que desprendían los focos halógenos del techo. Junto a Sofía Lagarde quedaba una silla vacía que la separaba de la esposa del director. Me alegró saber que, por una vez, no era el último en acudir a la fiesta. Por fin, algunas cosas comenzaban a cambiar en mi vida. Con el fin de romper el incómodo silencio y ganarme a mis acompañantes, busqué las miradas de los hombres que tenía a cada lado. El aristócrata me ignoró como quien oye el zumbido de un insecto y espera que desaparezca. Sin embargo, el hombre que tenía al otro lado fue más amable conmigo.

—Buenas noches —le dije, dirigiéndome a él e ignorando al corpulento idiota con traje y pañuelo de seda que tenía al otro lado. Acto seguido, me presenté pronunciando mi nombre.

—Un gusto —respondió, con la mirada entornada y asintiendo con la cabeza. Parecía un tipo tranquilo y poco extravagante, a diferencia del aristócrata—. Mi nombre es Delfín Bravo.

Entonces comprendí que toda la excentricidad la aglutinaba en el nombre.

Sofía Lagarde no pudo ocultar la sorpresa y aprovechó para

beber, disimulando el ataque de tos.

—¿Les sorprende? —preguntó, sonriente—. Bueno, fue mi madre quien lo eligió. Mi padre tampoco tuvo elección con el apellido…

—Es una injusticia cargar con algo que no nos representa, ¿verdad? —comenté, restándole importancia.

—No le haga caso, señor Bravo —señaló Lagarde, comportándose de forma extraña y mofándose de manera juguetona —. Su apellido es Caballero y…

Sus palabras me ruborizaron, pero al mismo tiempo noté un interés especial de esa dama por meter el dedo en la llaga. Sin embargo, cuando pronunció mi apellido, el señor Bravo pareció sorprenderse.

—¿Es usted Gabriel Caballero? ¿El novelista? —preguntó, intrigado, dando con los dedos un golpecito en la mesa.

Escuchar mi nombre, siempre me hacía sentir bien, así que olvidé pronto el exabrupto que la señora había provocado.

Antes de que confirmara mi identidad, un tintineo desvió la atención de la mesa, atrayéndola hacia el otro extremo. Alcázar había dado la orden para que los camareros sirvieran las copas de espumoso y ahora se disponía a hacer un brindis. Pero todavía faltaba un comensal por aparecer. Agarré mi copa y lancé una ojeada a mis acompañantes, que atendían expectantes a las palabras del director.

—Señoras, señores… —pronunció Alcázar en voz alta, mirándonos a todos con un barrido visual—. Es un gusto tenerles hoy aquí, la noche del estreno del Bahía Sol, el primer crucero de lujo para personas con gusto que saben apreciar un buen viaje…

—Ahora empezará a llenar de elogios al marquesito, ya lo verá… —susurró Bravo, inclinando la cabeza hacia mí y sonriendo como un fariseo.

—No querría terminar este parabién de recepción sin agradecer su presencia a nuestro ilustre invitado, el marqués de Rocanegra, que ha tenido el júbilo y la amabilidad de acompañarnos, junto a la señora Haddad, en esta travesía… Por supuesto, no me quiero olvidar del grato favor que también nos hace el resto de los comensales que hay en esta mesa, como la señora Lagarde, que cubrirá los mejores momentos del viaje y los mostrará en su exitosa

publicación, o el señor Bravo, un hombre que no necesita presentaciones, una eminencia de la sociedad española y europea, que esperemos que disfrute y que transmita su agrado entre sus compañías cercanas…

Antes de acabar sus palabras, la mirada del director se clavó en mí y yo arqueé las cejas, incómodo.

—Por último, lamento que uno de nuestros invitados, el señor Mendoza, no haya logrado llegar a tiempo para la cena… —señaló, haciendo referencia a la silla que quedaba sin ocupar—. Supongo que se incorporará más tarde o que habrá sufrido un imprevisto que le habrá impedido llegar a tiempo… En cualquier caso, disfruten de la comida y buen provecho. ¡Salud!

Las copas se alzaron y todos juntos brindamos, encontrando nuestras miradas flotando en el aire. Después, regresamos al asiento.

—No se lo tenga en cuenta, Caballero —murmuró Bravo, acercándose a mí—. Detesta la prensa.

—No lo entiendo —dije, desconcertado por la falta de educación de aquel cretino—. Hace años que no me dedico a los periódicos.

—Da igual. Alcázar es como los tiburones… —respondió, riéndose de su propio chiste—. Puede oler la sangre a leguas.

—Si usted lo dice…

Entonces desvió los ojos hacia la señora Lagarde, que miraba en derredor en busca de una conversación en la que integrarse.

—Puede que me equivoque y simplemente esté molesto porque acompaña a una dama tan hermosa.

—Eso tiene más sentido, aunque sospecho que mi presencia no les incomoda lo más mínimo… —comenté mientras nos servían los primeros entrantes. La mesa era bonita, tenía un mantel de tela blanco con adornos en los bordes y habían colocado un centro de flores a modo de decoración. Los camareros vestidos de uniforme blanco sirvieron varias botellas de agua y después nos preguntaron por la bebida.

Me cuestioné si era demasiado pronto para comenzar con un vermú seco.

—Dos vermús, por favor —pidió el señor Bravo, adelantándose a mí—. En vasos anchos y cortos, con mucho hielo y aceituna.

—Vaya, esa receta me resulta familiar.

—La escribió en aquella novela sobre Elche… —aclaró. Sus palabras me sorprendieron gratamente—. Desde entonces, no he vuelto a tomarlo de otro modo.

—Interesante. Jamás pensé que llegaría este momento…

—Entonces, ¿es cierto lo que dice? —preguntó con un profundo interés—. Sería una pena.

—¿Decir, el qué? Todavía no he dicho nada.

El hombre dio un respingo al ver que me ponía en modo defensivo.

—Que ya no es periodista, que ha abandonado por completo las páginas de sucesos. A eso me refiero.

Suspiré hondamente. No quería llamar la atención de Lagarde, ahora que iba a pagar por mis servicios, pero la encontré conversando en diagonal con el marqués y entendí que no se percataría de lo que estaba a punto de confesar. Me incliné hacia el hombre de mi lado, como el pecador que se apoya en el confesionario.

—Por suerte o por desgracia, hace mucho de eso, señor Bravo… Hay ciertos capítulos que se queman y se cierran para siempre.

—¿Y prefiere lo que hace ahora? Escribir para esas revistas acartonadas con olor a satén…

—No me siento culpable. Hay que pagar las lentejas de alguna manera.

—Vaya, lo consideraba un hombre con principios… pero estaba equivocado.

No habían servido el primer plato y ya se me estaba atragantando la cena. Me hubiese gustado saber qué pretendía aquel hombre, poniéndome a prueba.

—¿Le conozco de algo?

—No, pero yo a usted sí —afirmó y se frotó las manos. El camarero sirvió las bebidas, aun así, no me ofrecí a brindar con él —. He leído su obra, sus artículos, las novelas baratas que ha escrito, mezclando la ficción con la realidad… Digamos que podría considerarme un seguidor suyo.

—Agradezco su halago —le respondí, cargando las palabras de sarcasmo—, pero nunca he oído hablar de usted.

—No sé por qué debería.

—Si tan conocido es…

El tipo se rio sin malicia, aunque a mí me provocó un calor por todo el cuerpo.

—Eso no significada nada. Los de abajo creen que siempre saben más que los de arriba, mientras que los de arriba ignoran al resto con absoluta indiferencia.

—¿Y no es así?

—En absoluto —dijo y carraspeó—. De todos modos, no me malinterprete… Yo no elegí el lugar donde nací, nadie lo hace, pero hay que ser consecuente con lo que nos toca.

—Y ahora nos toca cenar… —dije, intentando desviar el asunto hacia la comida.

—En cualquier caso, lamento que haya malinterpretado mis palabras. Solamente quería expresar que es una pena que ya no esté en activo…

Dejé los cubiertos sobre el plato y lo miré.

—¿Quién demonios se cree que es para hablarme así?

El semblante de Delfín Bravo se estiró y entendió que había cruzado una línea. Los tipos como aquel, a pesar de no tener intención de ofender a nadie, se comunicaban con una altanería intrínseca que molestaba al resto.

—Disculpe, no quería ofenderle, en absoluto. Me refería a que…

—Siga… —respondí y agarré con fuerza la servilleta de tela.

—Algunos lectores echamos de menos sus crónicas de sucesos.

La contestación me relajó.

Solté la servilleta y relajé el puño.

Conocía el perfil de los tipos como Delfín Bravo. A decir verdad, era como si hubiera hablado con él anteriormente.

No me costó imaginar su forma de ser.

En ocasiones, su afiliada lengua le podía acarrear más de un problema. Sin embargo, en los círculos sociales en los que se movía, la falta de reacción, el miedo a las consecuencias y la falsedad que alimentaba las relaciones interhumanas, jugaba siempre a su favor, permitiéndole decir lo que le viniera en gana. Por desgracia para él, ese día había pinchado en hueso al sentarse conmigo. En lo que a mí se refería, debía mantener la promesa que le había hecho a Lagarde, quien ignoraba la tensa conversación. No era fácil, pero tampoco imposible. De lo contrario, si me dejaba llevar, aquel fanfarrón acabaría con la cabeza en el plato del director.

—Ya se lo he dicho —sentencié y di un trago al vermú para aclararme la garganta—. Esa etapa terminó.

De pronto, el hombre se acercó y me agarró del antebrazo.

—¿Cree que no sé que era usted quien resolvía los casos y no la Policía?

Miré su mano y me soltó el brazo. No comprendía para nada su insistencia con el tema.

—No sé de qué me habla. Tengo fuentes en la comisaría, nada más…

Mi respuesta lo decepcionó y, finalmente, se echó hacia atrás, aceptando la derrota.

—Comprendo. Ha perdido el olfato y la motivación… —respondió y sacudió la cabeza—. Bueno, ahí queda su legado.

Sus palabras me enervaron. No había perdido ningún instinto periodístico. Más bien, aquel tipo estaba hurgando en una herida que no se cerraba del todo, por mucho que yo lo intentara. Lo peor de todo era que me daba la sensación de que ese hombre podía leerme en la frente los problemas que arrastraba conmigo.

Por una vez, no quería hablar del tema.

Dispuesto a zanjar el asunto, alcé el vaso, lo choqué con el suyo y lo miré a los ojos.

—Salud.

—Salud, Caballero… —dijo y ambos bebimos.

El líquido se me atragantó en la garganta cuando un estrépito llamó mi atención y la del resto.

Ocupado con la ardua conversación de aquel tipo, pasé por alto lo que sucedía al otro extremo de la mesa. Alcázar, el director del crucero y anfitrión de la noche, se mostraba enfurecido.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó a viva voz, con un grito capaz de empequeñecer una sombra—. ¡Que venga ese dichoso aficionado, ahora mismo!

—¿Qué me he perdido? —le dije a Lagarde por lo bajo.

Entre mímica y movimientos de labios, comprendí que algo había salido mal en el menú y Alcázar había encolerizado por un plato equivocado. Delante de él había una sopa de tomate, humeante y de aspecto delicioso. Sin embargo, el primer entrante, como aperitivo, debía ser un salmorejo frío y no el plato caliente que estaban a punto de servirnos.

—¡Esto no es lo que acordamos, maldita sea! —abroncó en voz alta, incapaz de contener el carácter. Su esposa, viendo la escena que estaba montando, intentó apaciguarlo tirando de él, pero el malestar de aquel tipo no menguaba—. ¿Qué no logra entender ese idiota? Fui muy claro con el menú, ¡carajo! Al marqués no le gusta la sopa de tomate…

Miré a la pareja que tenía al lado y vi cómo la invitada libanesa se avergonzaba de su pareja. El aristócrata, por su parte, callaba como un espectador, contento de que el director intentara agasajarlo.

En medio de la tensión, apareció un tipo de mediana edad, vestido con camisa blanca y americana roja y con el pecho de la camisa abierto.

—¡Mendoza! —exclamó el director cuando lo vio.

—Disculpen el retraso, pero… —se excusó, escondiendo la mirada y caminando hacia la silla vacía. Sus ojos se cruzaron con los de Lagarde, a quien saludó con una sonrisa pícara y seductora—. Creo que no llego en el momento más oportuno… ¿Qué sucede aquí?

—En realidad —dijo ella, susurrándole de cerca—, no podría haber aparecido en un momento mejor.

El hombre de la americana roja me miró de frente desde su posición y bajó el rostro hacia un lado, como si me conociera de algo. Medio ebrio, dado que seguía con el estómago vacío, lo saludé con el mentón, cuando entró alguien más en el salón.

De un costado del reservado apareció el chef de la cocina. Había visto a ese hombre antes de acudir a la cena. Era el mismo que había irrumpido en la coctelería en busca de Nadine y bajo mis sospechas, también el que le había enviado el mensaje de texto. Con total profesionalidad, eludió la presencia de la mujer y ella hizo lo mismo. No obstante, su puesta en escena no pasó desapercibida a los ojos del marqués, que lo miraba con saña.

—¡Por fin, el protagonista! —exclamó el director, con burla—. ¿Por qué ha tardado tanto en presentarse?

—Señor, la cocina necesita un director de orquesta… ¿Cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? —preguntó, indignado—. ¿Ha visto esto?

Alcázar señaló el plato de sopa.

—¿No le gusta?

—No recuerdo haber elegido sopa, sino salmorejo.

—Debe de haber alguna confusión…

—No, no la hay —intervino el marqués—. Lo dejé bien claro cuando leí el menú.

—Vaya, puede que no llegara el mensaje… Puedo pensar algo, si lo desean.

—No se le paga por pensar, sino para que todo esté excelso.

—Le aseguro que la sopa de tomate lo está.

Alcázar se acercó a él y lo miró por encima.

—Sancho Rodríguez, el cocinero mejor pagado y el primero que pisa este crucero… —comentó con un tono oscuro. No sé, con tanta estrella Michelin… presiento que no tiene los pies en el suelo, ni la capacidad para responder en un restaurante como este…

—Señor Alcázar… Todo tiene solución en la mesa y estamos hablando de una pequeña confusión. No creo que sea para tanto…

La mujer del director intentó calmar al marido, pero él le mandó callar.

—¿Sabe qué, Rodríguez?

—No, señor —respondió el chef, impasible.

Miré a la chica libanesa y vi cómo se mordía el labio. Pero no fui el único. El marqués también estaba atento a la reacción de la acompañante.

—¡Se puede ir a la mierda, Rodríguez! ¡Está fulminantemente despedido! —bramó a escasos centímetros de su rostro, tensando las cuerdas vocales y las arrugas del semblante. El cocinero ni se inmutó, por lo que sospeché que esperaba una respuesta así—. ¡Ahora, desaparezca de mi vista y que alguien sirva la dichosa cena!

Lleno de rabia y de impotencia, el chef se quitó el sombrero y lo lanzó contra el plato de sopa, salpicando de salsa al director y provocando una reacción de asombro en cadena en todos los comensales. Por lo bajo, podía escuchar el sonido de la risa del hombre que había a mi lado.

Giré el rostro lentamente y lo miré por el rabillo del ojo.

—Alguien pagará los platos rotos esta noche, créame…

12

La cena fue un fracaso escandaloso. Tras el incidente, los comensales desaparecieron del restaurante, a excepción de Delfín Bravo, quien se quedó a mi lado hasta que el tipo de la americana roja se marchó con una excusa, siguiendo los pasos de la señora Lagarde.

Primero miré a la mesa, salpicada de salsa de tomate, con el aspecto de la escena de un crimen. Después me dirigí al finolis que tenía al lado y encogí los hombros.

—Me temo que no nos darán de comer —le dije, sin esperanza alguna de cenar allí—. ¿Un trago?

—Nunca digo que no a una copa.

Abandoné el restaurante con aquel peculiar señor y regresé a la coctelería que había visitado horas antes. Era el único lugar conocido en el escaso tiempo que llevaba allí dentro y ya empezaba a resultarme familiar.

Asaltamos la barra como dos caballos de carreras sedientos y le pregunté al barman musculoso por la carta de aperitivos.

—Es una coctelería, señor —aclaró—. No un pub inglés.

—¿Ni siquiera un poco de jamón serrano? —inquirió mi acompañante con desafío. Su respuesta me hizo gracia. No tenía reparos en decir lo que pensaba, incluso si el interlocutor era uno dos veces más fuerte que él—. Seguro que nos puede preparar un pequeño aperitivo.

—¿Un qué? —preguntó confundido el empleado.

—Un emparedado —maticé—. Eso es a lo que se refiere mi compañero.

—¿Siempre es tan correcto, Caballero?

Puse los ojos en blanco y di un trago al segundo *whisky sour* de la noche.

—Únicamente cuando evito que me rompan la crisma, pero veo

que a usted le trae sin cuidado…

—El que es auténtico, lo es para las duras y para las maduras…

Arrogante, el barman nos sirvió un plato de galletas saladas.

—¿Quién era el tipo de la americana roja?

—¿Don Diego Mendoza? Un impresentable.

—Veo que conoce a todo el mundo.

—Por supuesto. Si no, no lo preguntaría.

—¿Qué le une al señor Alcázar?

Delfín dio un trago a su *gin fizz* y consideró la respuesta.

—Es su jefe… Perdón, más bien, su padre era el jefe del señor Alcázar —explicó, aclarando los detalles—. Hace poco, Diego Mendoza heredó su parte de las acciones de la empresa que gestiona los cruceros Bahía y, por ende, es el accionista mayoritario… Eso lo convierte en dueño, ¿verdad?

—La vida es fácil para algunos…

—No crea —apostilló—. No todo el mundo parece contento con esta nueva incorporación. El señor Juan Mendoza, el padre de Diego, decidió el relevo hace unos cinco años… En la junta de accionistas se formó un revuelo, ya que el hijo es un auténtico bastardo.

—¿Por qué? No me parece gran cosa.

—Alcázar ha sido director de varios cruceros, durante años. Tiene carácter, pero sabe domar a las fieras y manejar una embarcación de gran tamaño… No se imagina la de gente que trabaja aquí —explicó, dando pequeños sorbos al combinado—. Hace tiempo, hubo un pequeño escándalo relacionado con la plantilla… Todo quedó en una denuncia que no llegó a los medios y en un soborno que la junta pagaría para que los exempleados guardaran silencio… Ahora, Alcázar se ha hecho cargo de este buque, que es el último escalón que le falta por subir para ganarse el sobresaliente en la compañía… y por desgracia, después de tanto trabajo, su carrera pende de un hilo, ya que la relación con Diego Mendoza no es la mejor…

—Cambio de trono…

—Pobre hombre. Esta noche le ha salido todo mal.

Suspiré y lo acompañé en el lamento. En el fondo, nosotros no éramos más que unos invitados que no pintaban demasiado en aquel cuadro. Al menos, así me sentía en aquel momento.

—¿Y usted?

—Yo, ¿qué?

—¿Qué le une a Alcázar?

El señor Bravo se rio.

—Ya lo ha oído —comentó, melancólico—. Espera que le hable maravillas del barco a mis amistades, para que esto se llene de famosos y de aristócratas cada verano… En el fondo, no soy muy diferente a usted, Caballero…

—Con todo mi respeto, yo diría que somos de mundos opuestos.

Él me miró a los ojos.

—Callamos más de lo que sabemos y aceptamos el rol de ser el altavoz de unos cuantos… Al menos, usted, en el pasado daba voz a quienes no la tenían… Ahora formamos parte de la misma endogamia.

Tragué con fuerza y sentí que la saliva no bajaba por la garganta. Aquellas palabras me hicieron reflexionar. El varón tenía razón y no estaba en posición de discutir lo que había dicho. Lo miré a conciencia y vi un reflejo en él, más cercano de lo que había imaginado en un principio. Él terminó su trago, sin tocar las galletas saladas y se bajó del taburete antes de despedirse. Después abonó un billete de cincuenta euros para pagar la cuenta, a pesar de mi oposición.

—Tómese la última a mi salud… —dijo, ajustándose las mangas de la chaqueta—. No todos los días tengo el gusto de conocer a alguien a quien admiro… Por lo demás, pronto serán las doce y es mi hora de dormir. Seguro que nos volvemos a encontrar, Caballero.

—¡Que descanse! —respondí y el pequeño y misterioso hombre abandonó la coctelería y se perdió por el enorme pasillo que iba hacia los ascensores. Comprobé la hora y vi que tenía razón, además de sentir una embriaguez que se apoderaba de mi cansancio por minutos.

—¿Otro? —preguntó el barman cuando regresó con la cuenta y el resto en billetes.

Mis ojos giraron haciendo circunferencias en el aire. Si me tomaba un trago más, esa noche sufriría las consecuencias. Y era probable que también las padeciera a lo largo del día siguiente. Medité la respuesta durante dos segundos que parecieron una

eternidad. Entonces sentí una fragancia que había olido antes y una silueta apareció por mi lado derecho.

—Dos *whisky sour, please*.

Reconocí su piel tostada, el cabello oscuro y ese deje tan exótico, capaz de inhibir cualquier atisbo de madurez.

El barman se dirigió a mí y yo la miré a ella.

Nadine estaba a mi lado y brillaba como un ángel.

En fin, nunca he sabido decir que no.

Ni siquiera a mí mismo.

—*Please*, ya ha oído a la señorita.

13

El tercer whisky de la noche haría mella en mi estado de salud. Ya no tenía veinte años y, aunque la experiencia premia, el aguante no era el mismo a la hora de beber. No había pegado bocado, sin contar con las galletas saladas que el barman reponía cada vez que vaciaba el plato. Sin embargo, no tenía nada mejor que hacer en el interior de ese barco. La presencia de la mujer me retuvo pegado al taburete. Antes de que llegara ella, sentí que el reportaje se había ido al infierno y yo comenzaba a perder la poca motivación que me quedaba para hacerlo. Ahora, acompañado de esa bella dama, los problemas se ahogaban en el vaso que tenía delante.

Agradeció la bebida y se apoyó en la barra acolchada, buscando un poco de intimidad entre los dos. Era medianoche y el bar tenía más gente que en nuestro primer encuentro, aunque no estaba lleno. Las mesas del salón estaban ocupadas por parejas que habían terminado sus cenas y ahora disfrutaban de un apacible combinado mientras el barco seguía en movimiento. No era un mal modo de acabar la velada, pensé.

La conversación con mi acompañante tardó en llegar. De algún modo, conocía la razón de su silencio. Yo no era quién para juzgarla y tampoco lo iba a hacer. Después de todo, era la última persona del planeta que tenía potestad para sacarle fallos a cualquiera.

La observé y estudié sus facciones, dejando a un lado la belleza y centrándome en la congoja que había tras sus ojos. En un instante de consciencia, me di cuenta de que lo natural hubiese sido que el marqués la acompañara, pero no era así.

—Una noche difícil… —comenté con un inglés marcado por mi tosco acento y accidentado por el bourbon. En un descuido, me vi en el reflejo del cristal que había tras los estantes de las botellas y hallé una mirada cansada, chispeante e inyectada en sangre—. ¿Y su acompañante, ya se ha ido a dormir?

—No… —respondió, sin dar más detalle.

Tragué saliva, miré abajo y di un sorbo al whisky para matar los segundos de silencio.

—Disculpe, no quiero meterme donde no me llaman…

—Estoy preocupada por Sancho Rodríguez.

—¿Sancho? —repetí, buscando un rostro en mi cabeza—. ¿El cocinero?

—No es un cocinero —respondió, tajante y casi molesta. Había pinchado en hueso—. Sancho Rodríguez es un chef reconocido. No es lo mismo.

—*Excuse moi…* —murmuré, burlesco.

—*What?*

—Es igual… —dije y sorbí la nariz—. Por sus palabras, entiendo que conocía de antes al señor Rodríguez…

—¿Usted no?

La miré intimidado.

—No importa. Ya lo conoce… Sancho es un artista culinario. Tiene un restaurante en Madrid con dos estrellas Michelin y acaba de abrir uno en Dubai. Lo que él prepara es arte.

—Pues no entiendo qué hace aquí, dirigiendo la cocina de un crucero…

Ella negó con la cabeza.

—Había trabajado durante muchos años en las cocinas de otros barcos de la compañía…

—Eso no te obliga a nada. Todos tenemos un pasado.

—No es tan fácil.

—Ah, ¿no?

—Usted no lo entendería —contestó, zafándose y comprendí que había un interés superior al del reconocimiento culinario. De pronto, se dio cuenta de que le vibraba el teléfono en el interior del bolso. Lo sacó y lo miró con nerviosismo—. ¿Podría pedirle un favor?

—¿Se refiere a mí? —pregunté y sentí el viaje del alcohol intoxicando mi sangre. Debía detener el influjo si deseaba continuar la noche erguido.

Ella se mostró extrañada.

—Estoy hablando con usted.

—Veo que el humor no es lo suyo. La escucho…

—Necesito que me lleve a su habitación.

Aquello sí que fue una declaración de intenciones.

—¿Cómo dice?

Ella dejó el cóctel, del que apenas había bebido y se acercó a mí, embriagándome con su perfume y rodeándome el cuello con los brazos.

Era un tipo tan fácil que mi expresión lo decía todo. Nadine me clavó la mirada oscura en la cara y yo seguía agarrando el vaso con la mano.

—Por favor, tiene que ayudarme, señor Caballero… —insistió, bajando el tono de voz, llevándolo a una frecuencia grave y mágica que derretía mi resistencia—. Lléveme a su habitación, es importante.

—Señorita, nos meteremos en un buen lío si su esposo descubre que…

Ella me puso el índice en los labios para que callara.

—No es mi esposo —aclaró y me quitó el whisky de las manos. Después dio un pequeño sorbo para humedecerse los labios, dejó el vaso sobre la barra y se acercó a mi rostro, quedándose a escasos centímetros de mí—. Él no tiene por qué enterarse de nada. Será nuestro secreto.

Por último, me besó con una delicadeza única y se apartó con una sonrisa, dejando una nube de perfume alrededor de mí.

—Creo que estoy perdiendo la razón.

—¿Eso significa que me va a ayudar?

Miré a un lado y luego al otro. No encontré ningún semblante familiar cerca de nosotros, ni tampoco a lo lejos. Marcharme con ella suponía un riesgo, aunque era consciente de que sus últimas intenciones eran las de acostarse conmigo. Nadine tramaba algo en su cabeza y pensaba que había dado con el tipo fácil de convencer. Sin embargo, más allá de su estrategia barata, en sus ojos había un atisbo de temor por algo que desconocía.

—Pero será mejor que no nos vean juntos.

—¿Dónde está su habitación?

—En la tercera planta —dije y noté su gesto de disconformidad —. Es por él, ¿verdad? El chef.

Ella negó con la cabeza, pero era tarde para mentirme.

—Es difícil de explicar.

—No necesito que lo haga —dije y me puse en pie, sintiendo cómo el equilibrio me fallaba—. ¿Qué opinará el marqués?

—Yo me ocuparé de eso.

Abandonamos la coctelería y tomamos el ascensor que llevaba a la tercera planta. Cuando las puertas se abrieron, sentí que el pasillo era más largo de lo que recordaba y noté cómo las piernas me pesaban como si fueran de cemento.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ella, sujetándome del brazo y observando mis torpes movimientos—. ¿Le ha sentado algo mal?

—Será la cena… —respondí y me reí.

Finalmente, saqué la tarjeta y conseguí abrir la puerta. En un último esfuerzo por mostrar mi galantería, la invité a pasar, pero ella se negó.

—Espere aquí —dijo, alarmada—. Regresaré en unos minutos. No quiero levantar ninguna sospecha.

—¿Unos minutos? ¿Pretende que la espere despierto?

—Por favor… —contestó y me besó de nuevo. No sé por qué, pero me sentí confundido—. Necesito su ayuda.

—Está bien, está bien… —dije, notando un ligero dolor de cabeza—. Me daré una ducha mientras tanto. Toque tres veces, por si no la oigo.

—Gracias… —agradeció en un pulcro español, antes de salir por la puerta y perderla de vista.

Aturdido, me quité la americana y la dejé sobre la cama. Después, cometí el error de sentarme y echarme hacia atrás, dejándome absorber por la comodidad del colchón y entregándome a las garras de Morfeo. La cabeza me daba vueltas, el aire viciado olía a perfume de mujer y sentía la boca amarga y espesa a causa del bourbon.

Algo me dijo que, cuando despertara, me arrepentiría de todo.

14

Mareado, desperté con unas tremendas náuseas y un dolor de estómago que se comportaba como un volcán a punto de explotar. Alguien debió de advertirme sobre los problemas que podían surgir con la bebida en un crucero. De reojo, miré al mar y el vértigo aumentó. Estaba solo en la habitación, pero encontré a mi lado un monedero que no era mío. Desorientado, caminé hacia el cuarto de baño, me apoyé en la taza del inodoro y arrojé todo el contenido de mi estómago. Comencé a sentirme mejor en cuanto todo el brebaje salió de mi cuerpo. De rodillas y recuperando el aliento, oí un ruido extraño al otro lado de la pared, procedente del pasillo. Me puse en pie y me acerqué al lavabo para mojarme la cara y parte de la nuca, con el fin de recuperar la decencia como persona. Al verme frente al espejo, encontré un rostro demacrado, pálido como el de un vampiro y con los pómulos hundidos. Sentí pena por el tipo que tenía enfrente. No me veía así desde los años de universidad. Luego me enjuagué la boca con un líquido desinfectante y regresé a mi equipaje, en busca de un analgésico que calmara la insufrible jaqueca. A pesar de los esfuerzos, el ruido del exterior no cesaba y no podía poner la atención en otra parte. Busqué el teléfono móvil para comprobar la hora y vi que solo había estado durmiendo por tres horas, por lo que me pareció aún más extraño tanto alboroto en los pasillos. Después me pregunté qué habría pasado con Nadine.

—En fin… —murmuré, me calcé los zapatos y fui hacia la puerta.

Cuando abrí, una silueta pasó por delante de mí y se detuvo al ver mi presencia.

Tardé en reconocerlo.

—¿Tú? —preguntó Sancho Rodríguez, el famoso cocinero—. ¿Has visto a Nadine?

Una fuerte sacudida en la cabeza me comprimió el rostro.

—No, lo siento…

—¿Está ahí dentro, contigo? —preguntó enfadado y negué con la cabeza—. Dime la verdad, ¿por qué no quiere salir?

—Escucha, chef… —dije, sin pensar en lo estúpido que sonaba aquello—. Se suponía que vendría, pero me he quedado dormido.

El cocinero me miró colérico y se abalanzó sobre mí para agarrarme del cuello de la camisa. En un acto inconsciente, lo amarré con fuerza del pecho y sin querer, le arranqué el emblema que llevaba cosido al traje. Un logotipo que representaba su marca.

—¡¿Qué haces, imbécil?! —exclamó, echándose atrás y viendo cómo el logotipo había saltado de su traje de cocinero—. ¡Mierda!

Con el bordado en la mano y desde el umbral de mi puerta, observé cómo Sancho Rodríguez cambiaba de parecer y se alejaba caminando en dirección al ascensor. La realidad iba más rápida que mi cabeza, que era incapaz de procesar la información que llegaba de los ojos. Evité las preguntas y cerré la puerta con el fin de olvidarme de ese memo. Después, confundido, abrí otra vez para devolverle lo que era suyo. De ningún modo quería guardar un recuerdo de nuestro enfrentamiento. Cuando salí al pasillo, Rodríguez estaba lejos como para alcanzarlo en mi estado. De repente, oí unos pasos procedentes del otro lado del pasillo. Retrocedí hasta el interior de la habitación y me oculté tras la puerta, acechando por el hueco que había dejado.

A lo lejos vi la silueta del cocinero esperando al ascensor, cuando una sombra pasó por delante de mi habitación y me contuve de abrir del todo. Reconocí los zapatos y también las largas piernas que se movían hacia los elevadores. Era el marqués de Rocanegra y caminaba decidido hacia el cocinero. ¿Qué hacía ahí, a esas horas? ¿Por qué perseguía al Rodríguez? Sospeché que se habría enterado del escarceo amoroso que mantenía con su pareja. Pero… ¿dónde estaba Nadine? ¿Y qué había pasado con Diego Mendoza? Tuve un escalofrío y supe que no era a causa del alcohol. Esa mujer fue lo primero que me vino a la cabeza. Debía avisarla. Quizá porque la habitación y mi ropa aún olían a ella o porque sabía que estaría a salvo si no se encontraba con ninguno de los dos.

—Piensa, idiota, piensa… —farfullé en voz alta, caminando en círculos por la habitación, intentando recordar el número de habitación que había dado en el bar—. La quinientos… ¡Quinientos

cuatro!

Corrí a la mesilla de noche, descolgué el teléfono y marqué el número.

Nadie contestó y un sudor frío me alertó del peor de los escenarios. Si Nadine regresaba, era muy probable que se cruzara con aquellos dos hombres.

Respiré hondo, colgué y decidí que ese no era mi problema.

Cuando comprobé la hora otra vez, me di cuenta de que habían pasado tres horas desde mi regreso a la estancia. Confundido y cansado, me desabotoné la camisa y me desvestí, quedándome en ropa interior.

Luego cerré la puerta, sin intención de abrirla más, y tiré el logotipo bordado a la papelera del cuarto de baño.

Por algún motivo, me acordé de Lucía y me alegré de que no hubiera viajado conmigo. El viaje en crucero no podía haber comenzado de peor modo. Definitivamente, aquellas no eran las vacaciones que había planeado para los dos.

A la mañana siguiente desperté por los golpes que alguien daba a mi puerta. Abrí un ojo y vi la claridad de los primeros rayos de luz de la mañana sobre el mar. Era una sensación agradable y bella, si no fuera porque aún tenía el cuerpo en pleno proceso de rehabilitación. Respiré profundamente, cogí la camisa de la noche anterior y descubrí que tenía los cuellos manchados de maquillaje y de carmín. Llevaba el pelo alborotado por haber dormido de lado, pero no tenía tiempo para peinarme. Los golpes continuaron. Me levanté, olvidándome de los pantalones, y me dirigí a la puerta para ver qué ocurría.

—¿Qué sucede? —pregunté, cabreado, abriendo la puerta con brusquedad. Por un instante, pensé que seguía soñando—. ¿Qué demonios?

—Servicio de habitaciones… Te traigo el desayuno y la prensa, ¿tú qué crees?

15

Esa mañana, después de lo que había ocurrido la velada anterior, no esperaba encontrarme al inspector Rojo en la puerta de mi habitación. La visita me sorprendió. Me quedé pasmado, sin hablar, preguntándome si su presencia tendría algo que ver con lo presenciado, horas antes, en el pasillo. Rojo me empujó con la mirada. Retrocedí unos pasos, entró en la habitación y cerró la puerta.

—¡Por Dios, qué peste! —exclamó—. ¿Escondes un cadáver bajo la cama?

Aturdido, abrí la ventana unos centímetros.

—No seas tan duro conmigo. No estoy para soportar a nadie…

—Ya veo —dijo, me observó y me tiró del cuello de la camisa—. Una noche revoltosa.

—No es lo que parece…

—Pensaba que tenías pareja, que aún salías con esa chica, ¿cómo se llamaba? Me sonaba haberla visto por el puerto…

—Lucía… y no, ya no estamos juntos —respondí, dándole la espalda y poniendo un poco de orden en el dormitorio—. Debiste confundirla con otra.

—Puede ser. Soy un desastre para las caras —contestó y continuó husmeando por la habitación—. No me extraña que te dejara…

Ignoré el comentario, pero me incomodó su actuación.

—¿Se puede saber qué buscas?

—¿Dónde está?

Me giré y me expresé con las manos.

—¡Carajo! ¿Quién?

—La chica.

Me eché las manos a la cara y solté una fuerte carcajada. Había olvidado que estaba tratando con Rojo. Por desgracia, en los

últimos meses, mi vida se había vuelto demasiado seria, demasiado aburrida, y comenzaba a olvidarme de las situaciones absurdas que había compartido con el hombre que tenía delante. A pesar de su carácter, de su forma de ser y de su modo de observar la vida, con el que no siempre estaba de acuerdo, el inspector era un buen tipo.

—No hay nadie, no busques más. Siento decepcionarte.

—Vaya. Sí que han cambiado las cosas —respondió y se sentó a los pies de la cama—. ¿Qué se te ha perdido aquí?

Como siempre, se había adelantado a mi pregunta.

—Trabajo. ¿Y tú?

—Deberías pegarte una ducha antes de salir por esa puerta.

Di un respingo y puse los ojos en blanco.

—¿Vas a seguir con tu juego de no responder nunca?

—Hazme caso. Esto huele a tigre de Bengala.

Acepté la derrota, entré en el baño y me di una ducha rápida que me alivió el malestar. Cuando salí, él seguía en silencio, en el mismo sitio, sentado en el borde de la cama y contemplando el mar por la ventana. Me acicalé frente al espejo y me sentí mejor al comprobar que había recuperado parte de mi encanto.

Rojo me dio un repaso con la mirada.

—Tienes mejores vistas que las mías.

—Haber dormido conmigo.

—Antes, paso la noche en un ataúd.

—Claro… —murmuré, ignorando el comentario y me senté al otro lado de la cama, para ponerme los zapatos—. Bueno, ¿me lo vas a contar de una vez?

Él resopló.

—Estamos en una misión conjunta con los *Carabinieri*.

—¿La policía italiana?

—Seguimos la pista de una operación de narcotráfico y tráfico de influencias. Creemos que el intermediario que negociará el cargamento es un aristócrata que viaja en el barco.

—¿El marqués de Rocanegra? —pregunté, intrigado.

Rojo me miró por el rabillo del ojo.

—¿Lo conoces?

—Íbamos juntos a clase.

—No sé ni para qué pregunto…

—Digamos que ha habido un cruce de caminos. ¿Qué se trae

entre manos?

—Cocaína.

—Vaya con el marquesito… ¿Lo vais a detener?

—No, de momento —dijo, con sorna y se rio—. Nadie quiere pillarse los dedos… Ni nosotros con él, ni los italianos con Cesare Rossi, un capo de la Cosa Nostra.

—Tenía entendido que la mafia era siciliana…

—Por eso mismo se reúnen en Cerdeña.

—Comprendo…

—Espero no arrepentirme de haberte contado esto.

—Parece mentira, Rojo… Sabes que soy una tumba.

Él se rio y me miró a los ojos.

—Lo serás como enfades a quien no debes.

Al terminar de ponerme los mocasines, alguien tocó a la puerta. Miré al inspector, que no parecía sorprendido y me levanté para ver quién era. Cuando giré el pomo y tiré hacia dentro, me encontré con una mirada que me agitó por dentro.

—¿Sí?

La mujer me hizo un gesto de silencio, echó la camisa vaquera a un lado y me mostró la culata del arma que llevaba en la cintura.

Di un paso atrás y esperé una explicación.

Ella entró en la habitación, me empujó contra la puerta del baño y miró al interior de la estancia. Me quedé paralizado y de repente, todo se volvió lento y confuso.

—¿Quién es usted? —pregunté en voz alta, intrigado. Morena, con el cabello liso y largo, vestía unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca que marcaba su delantera. Tenía los brazos fuertes y los bíceps tersos. Su mirada clara como el mar, me advirtió de que no hiciera ninguna tontería. No comprendía nada y empezaba a agobiarme entre tanta confusión. La presencia de esa mujer no me daba buena espina.

Rojo se puso en pie.

—Sobran las presentaciones —contestó el inspector y le hizo un gesto a la mujer para que me soltara—. La inspectora Silvestri es la persona que han enviado para la operación.

—No puede ser, debo de seguir en esa maldita pesadilla…

—Antonella Silvestri —dijo, ofreciéndome la mano.

—Sí, Silvestri sí que es…

—*Scusi, che dice*?

—*Niente*, nada… Es igual.

Pestañeé dos veces, sobreactuando más de la cuenta y los vi juntos, uno al lado del otro, tan dispares y tan parecidos a la vez.

—Esto sí que dará para un reportaje…

Ella me ignoró y se dirigió al inspector en español. Parecía traer noticias.

—No sabía cómo localizarle y he supuesto que estaría aquí —explicó en voz baja, aunque sin importarle mi presencia—. Ha ocurrido una tragedia en la cuarta planta.

—¿Qué clase de desgracia? —quise saber, teniendo un mal augurio de la noche anterior.

Ella se dirigió a mí, clavándome sus hermosos ojos.

—Un suicidio —lamentó y suspiró—. Sancho Rodríguez, un conocido chef y el jefe de la cocina del restaurante más prestigioso del crucero… ha aparecido ahorcado en su habitación. Un empleado del servicio de habitaciones lo ha encontrado sin vida.

—¿Sin vida?

—*É sordo il tuo amico?* —le preguntó a Rojo.

Mis ojos se fueron directos a la papelera. Los de Rojo se dirigieron a mí.

—¿Estás bien, Caballero? Te noto más pálido de lo habitual.

—La resaca, supongo…

—¿Lo conocías? —quiso saber ella, que no perdía detalle de mi expresión.

Si un agente era más que suficiente, dos resultaban demasiados.

—Anoche lo vi, en el restaurante —comenté y conseguí la atención de la pareja—. Tuvo un pequeño encontronazo con el director del crucero, un tal Alcázar… pero no pensé que llegaría tan lejos.

—¿Qué clase de enfrentamiento? —preguntó Rojo.

Me sentí mal por lo que estaba haciendo, ya que estaba mintiendo a un amigo, pero debía ganar tiempo, echarlos de allí y hacer desaparecer el logotipo que había en el interior de la papelera. Confiaba en Rojo, aunque no conocía de nada a esa mujer. Yo no había matado a aquel cocinero y tampoco me creía que se hubiera suicidado. Así que lo mejor era mantenerme al margen, antes de que esa maldita prueba me acusara de algo que no había

hecho.

—Una sopa.

—¿Una sopa? —preguntó ella—. No entiendo nada… ¿Había testigos?

—No tenemos tiempo para esto —intervino Rojo—. Un suicidio es algo personal. No nos incumbe.

Lamentablemente, los principios estaban por encima de mí, incluso cuando tenía todas las de perder.

—No, esperad… No creo que ese tipo se suicidara.

Rojo miró a la agente y los dos me rodearon. Yo me senté en la cama.

—Supongo que tienes una explicación para decir eso.

—Y nada que ver en este asunto… —añadió Rojo.

Sonreí nervioso y noté el acelerado ritmo de mi corazón. Tragué la saliva espesa y me reí como un púber travieso.

—Por supuesto, ¿con quién creéis que habláis?

16

A pesar de la bruma mental que arrastraba esa mañana, logré explicar lo que había ocurrido la noche anterior. En orden cronológico, les conté lo sucedido durante la cena y el disgusto que el director había tomado por el primer plato, llevándolo a despedir al cocinero, delante de los invitados. Pero la aparente humillación no era motivo para quitarse la vida, al menos, en mi opinión y después de saber que Sancho Rodríguez era un chef conocido internacionalmente.

Las preguntas llegaron. Los dos agentes buscaban detalles que relacionaran lo ocurrido con la operación que llevaban a cabo. Les hablé del marqués, de su acompañante y obvié los besos y los tres tragos que me hicieron perder el control. Los detalles son necesarios para contar una buena historia, pero no siempre son imprescindibles. Por último, les mencioné lo acontecido en el pasillo. El marqués de Rocanegra era la última persona que se había encontrado con el cocinero y, a mi pesar, el primero que tenía motivos para escarmentarlo. Sin embargo, no había razones ni pruebas fidedignas para acusarle de nada.

—Interesante explicación… —abrevió Rojo, al escuchar mi opinión—, aunque sigue siendo un suicidio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la inspectora, confundida.

—Habría que iniciar una investigación y eso detendría el viaje.

—¿Cuál es el problema? —pregunté y me miraron como si hubiera dicho una estupidez. A decir verdad, no me habría importado que el viaje terminara ahí.

—Perderíamos la prueba para detener al sospechoso y meterlo en la cárcel —señaló el policía—. Está protegido. No podemos mover ficha sin una evidencia.

—Si lo hacemos, Cesare Rossi se lavará las manos —agregó la italiana—. Eso nos llevará otros tantos años en cazarlo.

—Por lo que no podemos detener el crucero hasta que los dos se citen.

—Y eso… ¿cuándo se supone que sucederá?

Los dos se miraron, antes de responder.

—Pasado mañana, en Cerdeña. —Se adelantó la mujer con la respuesta—. En la segunda parada del viaje.

—¿Vais a permitir que el asesino escape en Menorca?

Rojo se rascó el mentón.

—Hasta el momento… hablamos de suicidio.

—A no ser que el señor Caballero nos quiera contar algo —añadió la mujer.

—Avisaré a la comisaría de Mahón y los pondré al corriente… Intentaremos que nadie salga del crucero, al menos, en Menorca.

—¿Y cómo logrará eso? —preguntó ella—. No comprendo, en mi país las cosas…

Rojo frunció el ceño y la miró con altivez.

—En su país, los criminales controlan lo que sucede en la calle y en las comisarías… En el mío también, pero solo cuando ven en peligro sus butacas en el Congreso.

—No quiero meterme donde no me llaman… pero no perdería mucho más tiempo —dije y señalé a la ventana—. En breve, llegaremos a tierra firme.

A lo lejos, se podía contemplar la isla de Menorca.

Salimos de la habitación y marchamos juntos hasta los ascensores. Al llegar a la segunda planta, nuestros caminos se separaron y quedamos en que seguiríamos en contacto durante el resto del día. Rojo y Silvestri fingían actuar como una pareja de enamorados que pasaba las vacaciones en el crucero. Cuando los vi en el ascensor, sentí cierta envidia. Pero los tres sabíamos que los ojos únicamente eran capaces de percibir un espejismo. El interior me decía que Rojo había tirado la toalla en el amor y que la agente, más joven que él, no era de la clase de personas que mantenían relaciones largas.

Hambriento y cansado, busqué el restaurante de *buffet* libre en el que desayunar. Moría por una rebanada de pan tostado con tomate natural y jamón serrano. No le pedía más al mundo que eso, además de un café solo y cargado para resucitar un muerto. La variada oferta del restaurante me hizo olvidar el pan tostado y me

serví unos huevos revueltos, un poco de jamón serrano, queso y embutido, y una pieza de fruta para el postre. Servido y con el café recién hecho, caminé por el amplio local en busca de una mesa a la que sentarme. Entonces reconocí a aquel hombre americano con el que había compartido mi primera copa en la coctelería, antes de acudir a la desastrosa cena. El americano estaba de espaldas y desayunaba en una mesa solitaria con dos asientos libres. Pensé que no le importaría que lo saludara.

—*Good morning, pal* —dije, esforzándome por pulir el acento.

El tipo giró la cabeza y me saludó alzando el mentón. Tenía una mirada amable, libre de prejuicios.

—¿Qué hay, amigo? —preguntó, intentando ser cordial—. No pareces español con ese desayuno.

Miré la bandeja y me sonrojé por la cantidad de alimento que había, pero necesitaba reponerme físicamente.

—Una noche dura —respondí y desvié los ojos a uno de los asientos—. Nada que la dieta mediterránea no solucione.

—Por favor, adelante. Toma asiento.

—Te lo agradezco —respondí, sin importarme si estaba siendo cortés o realmente me invitaba a que lo acompañara. Dejé la bandeja sobre la mesa y di un trago al café que me sentó de maravilla—. Me he despertado hambriento.

—Eso parece… —contestó sonriente—. ¿Viajas solo?

—Más o menos… —expliqué y me limpié la boca con una servilleta—. Es una larga historia y no quiero aburrirte. Digamos que estoy por trabajo… Por cierto, soy Gabriel.

—Lo sé.

Él me miró desconcertado y recordé que nos habíamos presentado la noche anterior.

—Perdona, soy muy malo con los nombres…

—No hay problema. Sigo siendo James.

—¿Vacaciones?

—Sí, en efecto… —respondió y asintió con la cabeza. Esa mañana, su español era correcto y su acento resultaba divertido—. Mi chica y yo pensamos que era una buena idea.

—Yo también lo supondría… ¿Has visto todo esto? —pregunté y señalé al entorno—. Es como estar en una fantasía… y en medio del mar. Lo pasaréis bien.

—Eso espero…
—¿A qué te dedicas, James? Si puedo preguntar, claro…
—Por supuesto… —respondió y se rascó la nuca—. Soy el director de una compañía tecnológica norteamericana.
—¿En Alicante?
—No, en Valencia.
—Bonita ciudad.
—Pero es probable que me mude a otro país, pronto…
—¿No te gusta el arroz?
—¡Oh, sí! Me encanta… Es por mi pareja, ya sabes…
—Te entiendo, sé lo que es… —dije y pensé en Lucía, en sus avisos y en la falta de compromiso. James lo tenía más claro que yo y él había priorizado el amor por encima del trabajo. Cada persona era responsable de su destino—. Recientemente, he pasado por algo parecido…
Antes de que siguiera, James vio a alguien que conocía y le hizo un gesto para que se acercara a la mesa. Yo estaba de espaldas a esa persona y no podía ver nada. Aproveché la ocasión para aclararme la garganta y di un sorbo al café. La persona se aproximó a la mesa. En cuanto vi a quién se dirigía el americano, el café se me atragantó, saliendo por la nariz y poniendo la mesa perdida de líquido.
—¡Dios! —exclamé.
Una taza cayó al suelo y la cerámica se desparramó en trozos, manchando la superficie de café y leche.
Lucía sujetaba con esfuerzo la bandeja con su desayuno y las manos le temblaban a causa de los nervios. La situación no podía ser más vergonzosa para mí.
Dejé la taza sobre la mesa, me puse en pie y me separé de ellos.
Luego los señalé.
—¿Lucía?
—¿Qué haces aquí, Gabriel?
Lamentablemente, la vida es más compleja que la literatura y la única vía para cerrar un capítulo es enfrentándose a un final de altura.

17

En realidad, no tenía respuestas para las preguntas de Lucía, ni siquiera para las mías. El diálogo nos habría llevado a saltar por la borda del barco. Una lástima, cavilé cuando abandoné el restaurante, arrastrando la poca dignidad que me quedaba. ¿Cómo era posible que hubiese sido tan retorcida?, me cuestioné, buscando, entre los recuerdos, el momento en el que nuestra relación se había roto. No lo quise ver, pero lo cierto era que Lucía había conocido a ese americano antes, mucho antes de que nuestra relación terminara de manera oficial, tras una puesta de sol. Había sido un estúpido, tal vez, sostuve, aunque eso no la exculpaba de haber traicionado mi lealtad. Por mi parte, en ningún momento había sido infiel a su lado de la cama, pero eso no era lo que más me dolía. Lamenté las mentiras, que Lucía se hubiera escondido de mí, en lugar de decirme que se había enamorado de otro o que, simplemente, prefería pasar sus días con un hombre que le prestara más atención.

En cierto modo, me sentí orgulloso de la madurez con la que estaba digiriendo el episodio, aunque era consciente de que, tarde o temprano, los demonios se manifestarían por alguna parte.

Abandoné el restaurante con la esperanza de encontrar un lugar más tranquilo en el que tomar un café y reflexionar sobre lo sucedido. Ahora que sabía que Lucía y su nuevo novio también viajaban conmigo, me arrepentí más que nunca de haber aceptado aquel trabajo. Era como si el dichoso karma, presente y maldito, me hiciera pagar todas las deudas acumuladas en la última década.

Deambulé por las instalaciones de la planta en la que estaba y encontré una segunda cafetería, menos transitada y con un servicio de comidas más escaso. No me importó, ya que había perdido el apetito, y entré con la esperanza de que la cocina aún estuviera abierta. Observé a los comensales, la mayoría extranjeros, y me

aseguré de que no hubiera nadie conocido a mi alrededor. Necesitaba un poco de concordia, un armisticio psicológico, una taza de café caliente y el silencio de una mañana solitaria. Me serví un café de máquina, agarré dos de los últimos cruasanes que quedaban y me fui a un rincón del establecimiento para ocupar una mesa que había junto a la cristalera con vistas al mar. Una vez sentado, observé la serenidad del agua y noté el movimiento del barco que, poco a poco, se acercaba a la costa. Pero la tranquilidad duró poco. Al menos, la de esa mañana.

—¿Me permite? —preguntó la voz refinada del señor Bravo.

—¿Tengo opción?

El tipo se rio y se sentó a la mesa, con una humeante infusión.

Esa mañana se había puesto una americana de terciopelo azul y unos vaqueros. Iba peinado hacia un lado, con el pelo engominado y cargado de fragancia. Me recordaba a un cantante de música pop de la década de los noventa.

—Tiene mala cara. ¿Le han pasado factura los cócteles de ayer?

—He estado mejor otras veces.

—Suena a frase recurrente. Me pregunto cuándo dejará de usarla.

—Ya descansaré cuando me muera —dije, mostrándome apático y avisté el diario que llevaba encima. Hasta donde yo sabía, allí dentro no se recibía la prensa—. ¿Y eso?

—Me gusta leer las noticias, aunque sean de días anteriores… La realidad es mejor que la ficción, ¿dónde vamos a parar? Los sucesos se cometen a sangre fría, como un primer borrador, sin florituras ni segundas intenciones… mientras que las novelas hay que pensarlas, corregirlas…

—Me confundí con la primera impresión que me generó.

—Ahórrese la disculpa. Todo el mundo se lleva una idea errónea de mí…

—Es usted un tipo muy singular.

—Eso también lo sé. No es la primera vez que me lo dicen —comentó, dobló el diario y lo puso a un lado. Mis ojos observaron sus movimientos. Sospeché que Delfín Bravo me había seguido por los pasillos y que su presencia no era una casualidad. Apoyó los codos sobre la mesa y juntó las yemas de los dedos, formando una pirámide con las manos—. Supongo que se ha enterado de lo

ocurrido…

Incliné el rostro. Di un sorbo a la taza para ganar tiempo y descifré su gesto.

—Han ocurrido muchas cosas en las últimas horas —contesté, haciéndome el despistado—. Algunas de ellas, mejor ni mencionarlas…

—No finja su desconcierto, pues ya sé de qué pie cojea, Caballero.

—Me gusta jugar en igualdad de condiciones.

—Dígame la verdad —prosiguió, ignorando mi comentario—. Usted tampoco cree que haya sido un suicidio, ¿verdad?

Lo que más me sorprendió fue su forma de mencionar el asunto. No me gustaba criticar a los muertos y reconozco que me producía reparo tratar la muerte de una manera tan insulsa. Después de todo, seguía habiendo un cadáver en el barco.

Acaricié el contorno de la taza de cerámica, haciendo una circunferencia con el dedo, y busqué una contestación a su pregunta. Si no le daba algo, ese hombre no me dejaría tranquilo.

—Lo primero, ha sido un infortunio —respondí, dotando mis palabras de la seriedad que merecía el asunto—. No sabría decirle, no conocía de nada a esa persona, pero veo que usted está más seguro que yo de lo que ha ocurrido…

Los ojos de Bravo se volvieron juguetones. Le estaba dando el queso al ratón. El problema es que Bravo era un roedor muy hambriento y un tanto sádico.

—Anoche, en el restaurante, fue testigo de lo que pasó —indicó —. ¿Acaso cree que no tendría consecuencias?

—No tan graves como para ahorcarse en su habitación…

—Por eso mismo. En cualquier caso, tendría que haber sido al revés, ¿no? —cuestionó, mirando al techo—. De estar en los zapatos de ese hombre, no sé cómo habría gestionado tal humillación… Supongo que habría intentado matarlo con alguna clase de veneno, pero, claro… yo no tengo alma de homicida. Soy un mero espectador que confabula.

—Creo que me he perdido… —respondí, confundido. Su explicación despertó una incógnita en mi cabeza—. ¿La disputa venía de antes?

—¡Oh, ya lo creo que sí! —exclamó con entusiasmo—. Sancho

Rodríguez era una celebridad de los fogones, ya me entiende… Nadie le podía llevar la contraria y eso, además de su carácter endemoniado, provocaba fugas de cocineros con mucha frecuencia.

—Algo que el señor Alcázar llevaba muy mal.

—Es complicado encontrar personal competente.

—Pero es Rodríguez quien se ha suicidado.

—Eso es lo que intentan que pensemos.

Hice una pausa, di un bocado al cruasán, antes de que otra inconveniencia me lo impidiera y suspiré.

—¿Por qué me cuenta todo esto a mí?

—¿No le preocupa viajar con un asesino?

—Si le soy honesto, señor Bravo, en estos momentos me inquietan otras cosas…

—Entiendo —dijo y se quedó pensativo. Su postura no me transmitió la menor confianza. Estaba preparando el contraataque —. Es una pena.

—No, no lo es… o puede que sí. Lo que sea por darle la razón y que me deje tranquilo…

—Me refiero a su trabajo.

El corazón me palpitó.

—¿Cómo?

—Se lo diré bien claro, Caballero —contestó, cambiando el tono de voz hacia uno más hostil y severo—. Puede quedarse de brazos cruzados y olvidarse del reportaje que ha venido a hacer, además de cualquier proyecto futuro que albergue en su cabeza… o puede resolver lo que ha ocurrido, encontrar al asesino que deambula por este barco y demostrar que aún es un periodista con facultades.

Las palabras del individuo me sobrepasaron. Ese idiota no sabía con quién hablaba. Me erguí en la silla e inflé el pecho como un pavo real antes de contestarle.

—¿Quién diablos se cree que es usted para molestarme de esa manera? En un entorno menos seguro, sus palabras le habrían costado varios dientes.

Bravo no parecía achantarse.

—Guárdese las amenazas. No pretendo ser desafortunado, sino sincero.

Lo miré con aversión e intenté evitar que la rabia se apoderara de mí.

—Hágame un favor, señor Bravo, y desaparezca de mi vista antes de que pierda los estribos.

—Tiene para encontrarlo hasta que lleguemos a tierra firme —dijo y miró a la cristalera—. *Tic, tac,* Caballero…

Me sorbí la nariz y reí con estupefacción.

—¿Es consciente de lo patético que es? En serio, se ha equivocado conmigo. No soy Sherlock Holmes.

—¿Y usted? ¿Es consciente de lo lastimero que resulta?

—¿Qué va a hacer, transmitirle las amenazas a la señora Lagarde, al señor Alcázar? Por favor… Déjeme en paz, se lo ruego. Su obsesión es un problema enfermizo.

—¿Caballero? Déjeme decirle algo que quizá sea de su interés…

Lo interrumpí para mirarlo fijamente.

—No —respondí contundente—. Háganos un favor a los dos y váyase a joder a otra parte.

—Como quiera… —respondió con sosiego, lo cual lo hacía aún más temible. Echó la silla hacia atrás, dejó la servilleta de tela sobre la mesa y se puso en pie—, pero le gustará saber que soy el mayor accionista del grupo editorial y audiovisual Society…

Su respuesta me dejó sin aliento. No podía ser cierto.

Si no fuera porque había un pasillo tras la cristalera, habría saltado contra ella para lanzarme al mar.

—Espere… —dije, incapaz de terminar la frase.

Las piernas me temblaban, pero intentaba frenar el tembleque bajo la mesa.

—Sí, así es… —continuó, mirándome desde arriba con la imponente presencia de un dios mitológico—. El mismo grupo que posee todas las publicaciones para las que publica sus novelas, escribe los reportajes y trabaja actualmente… Si no fuera un bocazas y me hubiese dejado terminar…

—Verá, señor… Ha sido una metedura de pata por mi parte…

—*Tic, tac,* Caballero… —dijo, señalando la esfera del Rolex de su muñeca—. Encuentre al asesino o será su defunción profesional.

18

El pez grande siempre se come al chico. Los ojos de la piraña me miraban desde el interior de la pecera, con la tranquilidad de quien está dispuesto a dar su vida por la supervivencia. Me quedé atento a sus movimientos hasta que me perdí en mis propios pensamientos. En el fondo, la piraña y yo no éramos tan diferentes. Ambos vivíamos atrapados en una burbuja de cristal, al margen de la realidad que nos rodeaba, ilusos al creer que podríamos escapar de ella cuando lo deseáramos. Yo era un boquerón diminuto y Delfín Bravo, a pesar de las apariencias, era el tiburón preparado para engullirme por mera lujuria. Toqué el cristal con el dedo, pero el pez no se inmutó. Me sentía asediado por la enfermiza obsesión de ese hombre. ¿Cómo podía estar tan seguro de que no había sido un suicidio? De ser así, ¿por qué debía resolverlo yo? Pronostiqué que disfrutaría viéndome por allí, pasando de un lado a otro, como un pollo sin cabeza. Debía andarme con mucho cuidado, pues Bravo no repararía en dejarme señuelos falsos para confundirme, poniéndome a prueba, disfrutando como un niño en una fuente de agua en verano.

—¿Se divierte? —preguntó la voz de una mujer a mis espaldas. El cristal opaco no me permitía apreciarla y a la piraña tampoco parecía importarle su presencia.

Al girarme, la contemplé. Llevaba una camisa blanca, abierta hasta el escote, y unos vaqueros ajustados que le llegaban a los tobillos. En los pies calzaba unas sandalias romanas.

—Sofía… Perdón, señora Lagarde —rectifiqué, aún aturdido por las últimas horas.

Ella hizo un gesto con la mano, rechazando las formalidades.

—Está bien, Gabriel —dijo y se acercó a mí. Olía igual que el día anterior, aunque esa mañana mi olfato estaba atrofiado—. A estas alturas, ya que tenemos cierta confianza…

—Supongo que se ha enterado de lo ocurrido —comenté, oteándola sin marcar demasiado contacto visual—. Una debacle…

Ella asintió dolida y tragó saliva.

—¿Le apetece dar un paseo? La noticia me ha afectado más de lo que esperaba.

—Nadie lo espera, ni la propia víctima.

Ella me miró desconcertada, como si hubiese dicho una barbaridad.

—Se me han quitado las ganas de seguir con este encargo…

—Y a mí… No sabe cuánto la entiendo.

Caminamos hacia las escaleras mecánicas, que nos llevaron a la sexta planta y después tomamos la puerta que daba al exterior. Entre jardines, fuentes y terrazas de cafeterías, seguimos una senda improvisada que nos llevó a lo más alto del crucero, una gran cubierta con piscina, restaurante y con una enorme superficie para los espectáculos de animación. A primera hora de la mañana y tras lo sucedido, el área se mantenía tranquila. Algunas parejas paseaban por los alrededores, disfrutando de las vistas que se podían obtener desde allí, e inmortalizaban el momento con las cámaras de sus teléfonos móviles. El rumor había corrido como la pólvora por los viajeros. Al ser un caso singular, la tristeza fue pasajera y apenas se sintió el pánico que podría haber provocado otro tipo de desastre. El aire que corría por el exterior del barco me ayudó a despejar las ideas y a sentirme mejor. Andar acompañado de una mujer, aunque nuestra relación fuera profesional, me hacía sentir menos solitario. Lagarde se detuvo en una esquina y se quedó pensativa, observando el hermoso paisaje que tenía delante de ella: la isla de Menorca. Como en la conocida escena de Titanic, me aproximé a ella por detrás, a diferencia de que yo no era DiCaprio y tampoco la iba a abrazar. No era el mejor momento para acribillarla con mis preguntas, pero si el único que tendría a mi alcance en las siguientes horas.

—¿Por qué no me lo contó? —quise averiguar, con tono estricto, esperando una respuesta honesta—. Lo del señor Bravo…

A ella no la cogió de improvisto mi pregunta.

—¿Por qué cree que estaba sentado al otro lado de la mesa?

A decir verdad, ni siquiera me lo cuestioné.

—Podría haberme avisado de que era él. ¿Cómo diablos iba a

saberlo?

—Es quien le paga. Debería conocer a sus jefes.

—No.

—¿Acaso se molesta en leer los nombres que aparecen en la primera página de las revistas para las que escribe? Se llama editorial.

—Es usted la persona para la que trabajo, Sofía. No necesito más.

Ella sonrió con falsedad, se acercó a mí y me tocó el antebrazo. Me di cuenta de que era un gesto muy recurrente entre las personas como ella, como si aquello bastara para transmitirlo todo.

—En cualquier caso, ¿qué importa? —preguntó al viento, desesperanzada—. Dudo mucho que sigamos con esto… Alcázar debe de tener un cabreo notable… Hoy es su gran noche.

—No estoy al corriente de ese evento…

—Habrá un baile en la cubierta superior del crucero —explicó —. Después dará su discurso ante los presentes y cortará la enorme tarta, que después repartirá a los invitados. Es una especie de ritual para mantener la suerte.

—¿Por qué nadie me ha avisado al respecto?

—No se lo tome como algo personal, pero Alcázar tiene otros intereses… —dijo y sintió pena por el director—. Lo peor de todo es que se sentirá culpable por lo sucedido.

—Ahora se refiere a la muerte del cocinero.

—Sí.

—¿Y si lo hizo él?

Lagarde abrió los ojos, me miró, burlona, y se echó la oscura melena hacia atrás.

—Por Dios, Gabriel, ¿y esa faceta tan morbosa?

—Anoche, el cocinero y el director tuvieron un enfrentamiento.

La mujer entornó los ojos.

—¿Insinúa que…?

—No, no insinúo nada.

—No pudo ser él —afirmó, segura de su respuesta—. Estuvimos juntos durante la cena.

—Vaya… Pensé que…

—Lo siento, quise avisarle, pero le vi tan ocupado con el señor Bravo…

—Por supuesto —contesté y tensé la mandíbula—. ¿Había alguien más con ustedes?

—Sí… Su esposa, el señor Mendoza, el marqués de Rocanegra, y…

Algo la interrumpió y sus ojos se alzaron por encima de mis hombros.

—¿Y…?

—Esas dos personas… —dijo, señalando con la barbilla a mis espaldas—. Creo que vienen a por usted, ¿las conoce?

Cuando me giré, las tenía delante. Sus expresiones no eran las más amistosas.

Rojo se plantó delante de mí y colocó los brazos en jarra. La inspectora Silvestri me lanzó una mirada desafiante y fría. Los ojos de esa mujer no se derretían ni en el infierno.

—*Buongiorno*…

—Por fin te encuentro —comentó el inspector, obviando el saludo—. He intentado localizarte por teléfono, pero no respondías.

Lagarde se quedó boquiabierta, observó a la pareja y después se dirigió a mí.

—¿Se conocen?

—Sofía…

—Perdone por la intromisión, señora —expresó Rojo, ofreciéndole la mano—. Soy el inspector Rojo y ella es mi compañera, la inspectora Silvestri, de los *Carabinieri*.

Me tapé la cara con la mano. La presencia de ellos dos complicaba mi tarea. Mi último trabajo estaba a punto de irse al fondo del mar. La próxima parada sería en la cola del paro.

—¿Qué hace la policía aquí, si puedo preguntar?

—No, no puede —contestó Rojo, tajante—, pero le puedo garantizar que este no es un viaje de ocio.

—Son pareja —añadí, poniéndolos en un aprieto.

La expresión de mi jefa cambió y se relajó. Sin embargo, las caras de los agentes se tensaron.

—¿Y por qué se conocen?

—Hemos tenido nuestros encuentros en el pasado —contestó la policía, dando un paso al frente y colocándose junto al inspector—, ¿verdad, Gabriel?

La situación se complicaba todavía más. Ambas mujeres estaban

jugando a pasarse una pelota cada vez más caliente, mientras que Rojo aguantaba el tipo para no llamar la atención. De haber estado en otro lugar, el inspector me habría propinado un puñetazo en la boca del estómago.

—¿Les gustaría comer con nosotros en Menorca? —preguntó la jefa de la revista, sonriente, y me agarró por el brazo, esta vez con firmeza—. Si no tienen planes, claro…

—No queremos ser maleducados, señora —se adelantó Rojo—, pero me temo que eso no podrá ser…

Lagarde frunció el ceño, intrigada. Silvestri intervino con rapidez.

—El deber nos llama —agregó, sarcástica y guiñándole un ojo a la mujer—. Seguro que podremos reunirnos en otro momento…

El inspector carraspeó y dio un respingo. Un fastidioso silencio se prolongó más de lo necesario. Mi acompañante me soltó el brazo.

—Ahora que hemos terminado con las presentaciones —espetó, impaciente—, ¿nos deja a solas un minuto?

La tensión no cabía en la cubierta.

Ruborizado, miré a Lagarde y ella pareció captar el mensaje.

—Le veré más tarde, Gabriel —dijo y se separó de mí, con una mueca pícara—. Será mejor que prepare el bikini, antes de llegar a puerto… Ha sido un placer conocerles.

La mujer desapareció por la puerta que llevaba al interior del crucero. Miré a la agente y ella clavó sus indescifrables ojos en mí. Después me dirigí a mi amigo, quien manifestaba el enojo sin reparo.

—Espero no haberte arruinado la cita… —comentó, tenso—. Que sepas que lo hemos hecho por ti.

—¿Por mí?

Rojo se aproximó, me agarró del cuello y me empujó hacia el vacío.

—¿A qué viene este enfado? —pregunté, con media cabeza fuera de la barandilla—. Te ruego que me sueltes…

El inspector accedió y apretó los puños para reprimir la rabia.

—¿No puedes estarte quieto?

—¡No sé de qué diablos hablas ahora!

—Maldito borracho…

—Anoche, una llamada anónima a la recepción avisó de la

presencia de un hombre saliendo de la habitación de Sancho Rodríguez —explicó la italiana—. El sospechoso tenía la misma apariencia que tú. *Capisci?*

—*Non capisco*…

—Pues es muy sencillo, pedazo de imbécil… —intervino Rojo, recortando peligrosamente la distancia—. Si no nos cuentas lo que te guardas, me encargaré de que tu viaje termine en un calabozo de la isla. ¿Te queda más claro?

Sus ojos desprendían verdad. No era un farol. Rojo estaba encendido y no era momento de vacilar con él. La muerte del chef ponía en peligro la operación que tanto parecía importarles.

—Tranquilos… os lo contaré todo… No es mi intención arruinaros la velada.

19

Apartados en aquel rincón de la cubierta, Rojo y Silvestri me pusieron al corriente de lo que habían hallado. Tras el hallazgo del cadáver, se habían identificado ante el capitán del barco y le habían pedido total discreción de su presencia hasta que fuera necesario. Ambas partes preferían mantener la calma, en lugar de generar un malestar innecesario por la trágica pérdida de una persona. Por su parte, el capitán les había ofrecido la colaboración de los dos oficiales de seguridad que iban a bordo, así como la de los siete guardias que trabajaban para mantener la serenidad dentro del barco. Al ser un crucero de vacaciones, tanto los centinelas como los oficiales, no portaban armas para protegerse. Sus funciones se limitaban a obedecer las ordenanzas del capitán del barco y en el peor de los casos, retener a una persona en un cuarto, hasta que la Policía Nacional o la Guardia Civil se hiciera cargo cuando llegaran a puerto.

Todo parecía haber quedado en una anécdota, hasta que los dos inspectores visitaron la estancia en la que Sancho Rodríguez se había quitado la vida. Rojo aprovechó la ventaja para asegurarse de que no existía ninguna conexión entre el chef y la misión que llevaban a cabo. Estaba al tanto de que la comisaría de Mahón había sido informada de lo ocurrido y varios miembros de la Unidad Científica esperaban la llegada del barco para analizar el escenario. Para sorpresa de los policías, cuando entraron, el cuarto de Sancho Rodríguez era un completo desastre. Tanto el español como su compañera italiana, ambos con muchos años de experiencia a las espaldas, pronto supieron que algo no encajaba allí dentro. El inspector dio un vistazo rápido por la habitación y sospechó de un forcejeo previo a la muerte del cocinero. ¿Con quién? Era difícil de suponer, pero estaba convencido de que se había ahorcado contra su voluntad.

Cuando mencionó aquello, tragué saliva y sentí cómo el corazón se me aceleraba de manera descontrolada. Achaqué los sudores a la resaca, que ya casi había desaparecido de mi cuerpo con tanta sorpresa. Según el inspector, la persona que se había enfrentado al chef, además de golpearle la cara, le había arrancado el logotipo del uniforme de cocina que llevaba puesto, conclusión a la que les llevó la marca reciente del hilo roto de la costura. Rojo y Silvestri evitaron moverse por la estancia, con el fin de no dejar rastro y se limitaron a comprobar las pertenencias que el cadáver aún llevaba encima. En el registro del teléfono móvil encontraron varios mensajes en inglés, enviados la noche anterior, horas previas a su muerte.

—Antes has dicho que estuviste en la cena —comentó, tras la explicación—. ¿Sabes si esperaba a alguien?

Recordé el encuentro en la coctelería y acto seguido, la visita que hizo a mi habitación y la discusión en el umbral de la puerta.

—No, realmente… Se supone que estaba trabajando en el restaurante. Era el jefe de cocina.

—Haz memoria y dime algo que no sepa.

Chasqueé la lengua.

—Estaba esa chica, Nadine, libanesa y con aspecto de modelo… Es todo lo que sé de ella.

—Para no conocer a nadie, tienes muchos datos —comentó la agente—. ¿Sabes en qué habitación se hospeda?

—No.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Y por qué la mencionas? —preguntó Rojo.

—No me miréis así… Reconozco ese tono… —dije y di un soplido—. Me crucé con ella en la coctelería que hay cerca del restaurante. Tomamos una copa, tuvimos una breve conversación y no me dijo mucho más. Era simpática y agradable, aunque algo misteriosa y distante… Intenté seguir con la charla, conocerla un poco, pero recibió un mensaje en el móvil, se alteró y se largó… No sabía quién era ella… hasta que la encontré en la cena y descubrí que era la acompañante del marqués de Rocanegra.

—¿Su esposa?

—No leo la prensa del corazón.

—Pero trabajas para ella.

—Vete al infierno.

—¿Qué conexión tiene esa mujer con la muerte del cocinero? —inquirió la inspectora.

—No lo sé… Al poco de marcharse, él apareció por la coctelería, preguntando si habíamos visto a una mujer. Era obvio que se refería a ella.

—Obvio… —repitió y se encogió de hombros—. ¿Hay testigos de lo que dice?

Miré al inspector con enfado.

—¿En serio?

—Sí —contestó él.

—Preguntadle al barman, él lo vio todo…

—¿Alguien más?

En ese momento pensé en el americano. No quería meterlo en esto, más que nada por ella, porque no deseaba volver a encontrarme con Lucía, pero… ¿quién era yo para mentir a un policía?

—James, un tipo con el pelo castaño, mirada afable y americano.

—No pierdes el tiempo haciendo amigos —dijo ella.

—La verdad es que no, aunque no acierte con ninguno.

—En eso eres un especialista —comentó Rojo, mientras tomaba nota del nombre en su teléfono.

—¿En hacer amigos?

—No, en el desacierto.

—Estupendo —contesté y me crucé de brazos. Oí el alboroto que se formaba a la salida de la puerta que llevaba al interior y vi un montón de gente preparada para desembarcar—. ¿Qué nos pasará ahora?

Rojo y Silvestri se miraron con complicidad. No me gustó aquel gesto. No estaba celoso, pero detestaba quedarme fuera de los planes importantes.

—*Niente*.

—Nadie saldrá del barco —continuó Rojo—. Llegaremos a puerto, entrará la unidad y esperaremos hasta que encontremos una solución. Tenemos la sospecha de que podría haber sido un asesinato. Sin embargo, si solicitamos abrir una investigación, el viaje se detendrá, el barco quedará encallado y tendremos que

abortar la operación del intercambio en Italia.

—Rodríguez ya ha fallecido. No podemos salvar su vida, pero sí las de otras personas si evitamos que el cargamento de coca llegue al Mediterráneo.

—Un momento… ¿Pensáis seguir adelante?

Los dos parecían confiados en su decisión y yo no tenía ninguna clase de argumento o poder para impedirlo.

—¿Lo sabe el capitán?

—Sí, pero nadie más —intervino ella—. Por la seguridad de las personas, tanto de los que están aquí, como los que residen en la isla, no podemos permitir que desembarquen los pasajeros. De ese modo, el asesino no podrá aprovechar la ocasión para huir.

—Ya veo… Os importa un carajo que alguien haya matado a otra persona…

—Tranquilo, escritor —comentó Rojo, calmando la tensión—. Es una avería. Se solucionará a tiempo y seguiremos rumbo a Italia. Los pasajeros lo entenderán, nadie sospechará nada, encontraremos al asesino y regresaremos a casa con el trabajo hecho.

Observé al inspector. No conocía al hombre que tenía delante y me hubiese gustado preguntarle si hablaba en serio o si estaba tirándose otro de sus múltiples faroles.

No lo supe entonces, ni tampoco lo sabría nunca.

Me aterró la idea de que un homicida campara a sus anchas por el barco. ¿Y si había una segunda víctima? El escenario era espantoso.

Guardé silencio y me volteé para observar la costa, que estaba cada vez más cerca.

Que los pasajeros comprendieran o no lo que estaba sucediendo, era lo menos importante. Debía regresar a mi habitación, recuperar el trozo de tela que le había arrancado a ese hombre y deshacerme de él antes de que la situación se complicara.

Con el sol abofeteándome en la cara, me di la vuelta y noté un punto al otro lado de la cubierta, acomodado en una silla de playa. Saqué las gafas de sol negras y miré hacia allí. A lo lejos, acostado junto a la terraza, Delfín Bravo, sonriente, confiado, embutido en su americana de terciopelo azul, escudriñaba cada uno de mis movimientos, como un espectador televisivo expectante a que comenzara la función.

Ese tirano me había llevado a su terreno, sin explicarme todavía cómo.

¿Ocultaba información sobre el crimen? ¿Estaba detrás de él?, me pregunté y experimenté un escalofrío en la espina dorsal.

La gente con dinero y poder a partes iguales no tiene límites.

Tic, tac, Caballero, lo recordé en mi mente como me advertía señalando su reloj.

Estaba atrapado. La policía estaba metida en sus asuntos, había un asesino suelto en el interior del barco y el tiempo se me echaba encima.

20

En cuanto tuve ocasión, me libré de la pareja de agentes y salí disparado hacia mi estancia. El sudor me recorría la frente a causa del calor, del malestar físico y de la culpa que anidaba en mi cuerpo. Con tanta charla, me había despistado, olvidándome de mi verdadero propósito: hacer desaparecer la prueba que me manchaba como el sospechoso principal por la muerte de ese hombre. Rojo tenía claro que no había sido un suicidio. Lo mismo pensaba Delfín Bravo. La Unidad Científica no tardaría en dar una razón para que todos reforzaran sus creencias. Era una cuestión de tiempo que la opinión colectiva cambiara de parecer. Para entonces, estaríamos encerrados en ese barco y los dedos acusadores buscarían un culpable.

Atravesé uno de los salones principales, en busca de la manera más rápida de llegar a mi habitación sin que me viera ninguna persona conocida. Tomé las escaleras, dada la cola que se formaba alrededor de los ascensores, a causa del próximo desembarco. Noté cómo el corazón me latía con fuerza, agotado por la noche anterior. Tenía la garganta seca, necesitaba un buen trago de agua y el aire acondicionado que salía por cada rincón del techo me agudizaba la jaqueca. A la altura de la cuarta planta vi venir a Mendoza, que se mostraba un poco alterado mientras hablaba por el teléfono móvil. Me aparté a un lado del pasillo y me escondí tras una enorme planta que había a la entrada de un café. Mendoza pasó por delante de mí, sin que notara mi presencia.

«Ya me he encargado de ello… No, no lo sabe nadie y es mejor así. Hazme caso y confía en mí. No soy mi padre, sé cómo solucionar un problema», dijo por el terminal y caminó hacia los ascensores. Antes de recelar de sus palabras, entendí que las declaraciones estaban sacadas de contexto. ¿A qué se referiría con el problema?, me pregunté, intentando no caer en la trampa de mis

juicios. Acababa de morir un hombre en extrañas condiciones. ¿Tenía él algo que ver con la muerte de Sancho Rodríguez?, apunté mentalmente en mi cuaderno de pesquisas. Debía averiguar dónde se había metido la noche anterior. Aquel asunto comenzaba a ser una pesadilla.

—¿Le ocurre algo? —preguntó una mujer con aspecto de azafata. Era una de las empleadas del crucero. Hasta ese momento, no había sido consciente del ridículo que hacía tras la maceta.

Di un vistazo en derredor y observé que algunos curiosos me miraban. Erguí la espalda, me sacudí las mangas de la camisa y actué como si nada hubiera sucedido.

—¡Oh, sí! Había perdido… la llave de la habitación…

—¿En el macetero?

—Se me había caído.

—¿Y la ha encontrado, señor?

Asentí con la cabeza, metí la mano en el bolsillo del pantalón, con tal de acabar con aquel numerito y se la mostré. Ella me sonrió con brevedad, interesada en que me alejara de allí y dejara de llamar la atención de los clientes.

Tan solo me quedaba un piso más, antes de llegar a mi habitación. Sorteé a los viajeros que me encontraba de frente, zigzagueando entre ellos como un esquiador profesional y deslizándome por el brillante suelo de mármol a toda velocidad, hasta que alcancé las escaleras que me llevaban a mi habitáculo. Para mi ruina, lo primero que vi fue el carro de la limpieza de los servicios de habitaciones del crucero. Esa mañana no era la mía y por alguna razón que desconocía, los empleados habían comenzado a sanear las estancias por mi pasillo.

—¡No! —grité de manera baldía y corrí, dejándome la vida en ello, atrayendo la atención de aquellas personas con las que me cruzaba, hasta que llegué a mi puerta.

Nervioso, saqué la cartera y busqué la tarjeta, la misma que había fingido perder minutos antes y que ahora era incapaz de encontrar.

—Vamos, vamos… —dije al ver cómo el empleado empujaba su carro de desinfección desde el otro extremo. Finalmente, logré encontrar la llave de plástico que abría la puerta—. Aquí estás…

La introduje, pero el pitido rojo me impidió entrar.

—¿Qué? —pronuncié en voz alta.

En ese momento, la puerta de la habitación contigua se abrió. Era aquel hombre de pelo canoso y barba blanca que viajaba con su esposa. Llevaba puesta una gorra, una camisa de lino blanca y pantalones beige. Parecía preparado para disfrutar de un día costero en Mahón, pero desconocía que los planes habían cambiado para todos. Por desgracia, no iba a ser yo quien le diera las malas noticias.

—¿Problemas?

—La maldita tecnología.

Me miró con asombro, ante el apuro de mi rostro y se acercó para ayudarme.

—Veamos… Estos sistemas fallan más de lo que deberían.

El tufo a colonia varonil me apartó a un lado y él cogió mi tarjeta y la introdujo con fuerza en la ranura. La luz verde se activó y yo le agradecí el detalle.

—Me ha salvado la vida.

El hombre sonrió.

—No sea exagerado. ¿Se está divirtiendo?

—Menos de lo que me gustaría, ¿y ustedes?

Respondió con una mueca.

—Mi esposa pasó una mala noche y no pude dormir —explicó, suspirando—. A partir de cierta edad, hay que vigilar lo que uno come…

—Vaya, lo lamento.

—A veces, las vacaciones no salen como uno espera.

—Por eso es mejor no esperar nunca nada.

Con una sonrisa, se alejó por el pasillo.

Suspiré aliviado al abrir la puerta y cerré de un golpe, pegándome a la pared y respirando hondo para recuperar el temple. Cuando lo abrí los ojos, caí en la cuenta de lo tarde que había llegado. Todo estaba ordenado, por lo que supuse que ya habían pasado por allí.

—Demonios… —murmuré.

Fui directo al dormitorio y observé que habían hecho la cama y me habían dejado las toallas y la ropa encima de las sábanas. Me giré hacia el baño, entré y comprobé la papelera de aluminio que había bajo el lavabo: estaba vacía.

Apreté los puños con fuerza, impotente, aunque con la esperanza de que ese retal descosido no volviera a aparecer. Entonces me acordé del carro de la limpieza que había en el pasillo y salí disparado hacia allí. Caminé por el corredor y vi la figura del empleado de limpieza. Sus ojos me encontraron y una expresión asustadiza apareció en su rostro.

—Buenos días —dije, con el semblante de un perro hambriento en busca de carne—, soy el huésped de esa habitación y… por casualidad…

El tipo, unos años más joven que yo, vestido con un mono azul y con la cabeza brillante como una bola de billar, se quedó callado mientras sujetaba el palo de una escoba con las dos manos, expectante a mi explicación. Dado que no parecía dispuesto a negociar, fue directo al grano:

—¿Podría mirar en la basura?

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido—. Ni hablar, señor.

—Creo que he perdido algo.

—En ese caso, tendrá que poner una reclamación al departamento de atención al cliente. Hay una sección para los objetos perdidos.

—No tengo tiempo para eso —respondí y señalé a la bolsa de basura que había en el carro—. ¿Están ahí las cosas de mi habitación? Déjeme ver. Será un momento…

—¡No! —exclamó y se opuso, colocándose delante del carro. Su postura hostil, pronunciada por el palo de la escoba, me dio a entender que no cedería—. No puedo hacer eso. Se me caerá el pelo.

—No le pasará nada, se lo juro… Ya no hay mucho que perder.

El tipo arrugó el entrecejo con desagradado. Mi comentario sobre su alopecia no le había resultado gracioso.

—Será mejor que se marche.

—Disculpe, estoy un poco nervioso, pero es importante que me ayude. Ahí dentro hay un objeto…

—Lo siento, pero no hay nada que pueda hacer por usted.

—¡Déjeme ver la maldita bolsa! Es lo único que le pido.

El hombre estiró los brazos para expresarse.

—¿No lo entiende? Esta no es la bolsa de su habitación.

Me quedé enmudecido.

—¿Qué significa eso?

El empleado, harto de mí, señaló al ascensor, que estaba a la otra punta del pasillo.

—Vaciamos las bolsas en unos conductos internos, para evitar cargar con ellas y pasearlas por todo el recinto —explicó, impaciente porque estaba retrasando su jornada laboral—. A veces, no se imagina lo que uno encuentra en las habitaciones… Así que la basura va por un sitio y las sábanas de las camas y las toallas por otro. ¿Le queda claro?

—Una última pregunta…

—Si me promete que me dejará en paz.

—Le doy mi palabra.

—Es usted un auténtico incordio…

Mis ojos se encendieron y dibujé una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Dónde puedo encontrar el almacén en el que terminan las basuras?

21

Me figuré cómo sería la sala de los desperdicios del crucero. En mi cabeza, no era muy diferente al de un hotel, pero calculé que debía de ser mucho más grande. Tenía experiencia metiendo las narices en los cubos de basura ajenos y lo había hecho en condiciones insalubres. En este caso podía ser aún más duro, ya que la mayoría de deshechos que se acumulan en las habitaciones suelen ser plásticos, pañuelos, restos de comida, envoltorios de caramelos, pero también tampones, compresas, preservativos usados… A medida que lo pensaba en profundidad, comencé a sentir una fuerte arcada por lo que encontraría allí. Tenía una imaginación muy vívida y era capaz de desmayarme con mis propias concepciones. Meterme en los contenedores no iba a ser mejor que hurgar en los desechos de las cocinas del restaurante de un hotel, pero no tenía otra opción.

Seguí las indicaciones recibidas hasta la planta más baja, con la esperanza de encontrar la oportunidad para acceder a ella sin impedimentos. Para mi sorpresa y lejos de lo imaginado, el primer nivel del barco era un pasillo enorme de unos trescientos metros, que cubría toda la eslora del crucero y en el que, dentro del aparente caos que regía la nave, cada departamento tenía su espacio. Por allí circulaban los empleados del servicio de recepción, los que trabajaban en las cocinas, los animadores que preparaban la función de la noche, los técnicos que revisaban la sala de máquinas y cualquier persona que trabajara en esas instalaciones, en lugar de disfrutar de unas apacibles vacaciones. Ese era el corazón de la embarcación y el lugar en el que encontraría lo que buscaba.

Nada más llegar, me fijé en el pase de autorización que todos llevaban encima. Algunos portaban un adhesivo pegado al mono de trabajo, para evitar cargar en todo momento con un documento plastificado. Otros, sin embargo, llevaban una ficha de plástico, ya

fuera sujeta a la ropa con una pinza a la cintura o colgando del cuello con una cinta. Entre tanto rostro desconocido y una confusión desmesurada de personas que entraban y salían de las instalaciones, no tuve problema para acceder al interior, en cuanto vi la oportunidad de colarme. Alguien había dejado una chaqueta de chándal sobre un banco y, junto a una máquina expendedora de bebidas. Con la naturalidad y el descaro que me caracterizaba, la cogí y me la puse encima de la camisa, subiéndome la cremallera hasta el cuello para que no se viera lo que llevaba debajo.

«Francisco Linares, reparaciones mecánicas», leí, comprobé que no tenía ningún parecido con el hombre de la fotografía y giré la cara del documento para que no se viera.

Luego me vi en el reflejo del cristal de la máquina y comprendí por qué nunca llevaba ropa deportiva. Mi atuendo llamaba la atención, pero los trabajadores estaban tan concentrados en sus tareas, que eran incapaces de ver un iceberg de cerca.

Me aparté del pasillo, dejando que el ritmo frenético del tránsito humano siguiera su curso y eché un vistazo por cada una de las salas que había a cada lado. El barco se aproximaba a tierra y eso aumentaba el estrés allí dentro. Todo debía estar preparado y listo para el desembarque y el regreso de los pasajeros. Nunca llegamos a valorar el verdadero trabajo que hay detrás de cada servicio, aunque sea el de una taza de café en un bar cualquiera. Tras un largo recorrido, al fin di con una sala profunda que conectaba con un segundo almacén. A bote pronto, calculé que habría una decena de hombres trabajando a destajo para separar la ropa sucia y meterla en lavadoras industriales. Al otro lado vislumbré un enorme carro que arrastraba las bolsas de color gris oscuro, de las que sospeché que serían los residuos. Dos hombres empujaban el carruaje hacia una puerta de plástico transparente, que llevaba a una ranura por la que desaparecían los desperdicios.

—¡No, parad! —exclamé, abriéndome paso entre los peones de la lavandería, para detener a los que empujaban el carro—. ¡Un momento!

Los tipos se detuvieron. Todos me miraron con mala cara. Aquel no era mi sitio y no entendían qué hacía allí.

—¿Qué pasa? —me preguntó uno de ellos, oteando con recelo mi atuendo.

—¿Son esas las basuras que acaban de bajar de las habitaciones?

—Sí, claro —respondió, agobiado, como si fuera una pregunta trampa.

—Hay que inspeccionarlas —señalé y cambié el tono, dándome más importancia de la que tenía—. Es de vital importancia.

Una fuerte carcajada me rodeó. Los hombres que tenía enfrente se rieron de mí.

—Adelante, todo suyo —dijo, señalando al carro—, pero no espere encontrar nada de valor…

—Cuando termine, échelo por la ranura —respondió el otro y se sacudió las manos.

—Pero… ¿a dónde va toda esa broza?

El tipo se encogió de hombros.

—Se lo puede imaginar…

—¡Oiga! —exclamó una voz, a lo lejos, interrumpiendo la conversación.

No podía ver su rostro, aunque sí reconocer aquel tono estridente e irritante.

—Demonios… —murmuré, sospechando que alguien habría dado el aviso.

Las pisadas se abrieron paso entre el gentío, acercándose a mí con rapidez. De pronto, una mano me agarró por el hombro y me giró de golpe. Alcé la vista y lo vi delante de mí, cabreado y con el semblante agarrotado.

—¡Usted! —vociferó a pleno pulmón, con el puño apretado y en alto, reprimiendo las ganas de hundirlo en mi rostro—. ¡¿Qué diablos hace aquí?!

—Es él, señor Alcázar —largó un hombre, acusándome con el dedo—. Ha sido él.

Giré el rostro y lo reconocí. Su enfado tenía excusa. Le había robado la prenda de trabajo y la tarjeta de acceso.

Después tragué saliva con dificultad, agarré la identificación y se la mostré.

—Lo siento, era para el reportaje… Quería pasar desapercibido.

—Pues lo ha logrado… —comentó uno de los tipos de la lavandería y todos se rieron.

—¿No tienen trabajo? —preguntó Alcázar en voz alta y chasqueó los dedos. Luego se dirigió a mí—. Es usted un patán. No

entiendo cómo le ha contratado la señora Lagarde.

—Yo tampoco, si le soy sincero.

—Devuelva lo que no es suyo y ni se le ocurra aparecer de nuevo por esta planta, ¿lo entiende? Esta zona es exclusiva para los empleados.

—¿Cuál es el problema? Yo también trabajo para usted.

—¡Cállese, joder! —exclamó, sorprendiendo al personal, y aprecié la reacción de los hombres. Todos temían a Alcázar y supuse que su relación con el personal laboral no era la mejor. Algo me decía que ese error daría sus frutos—. ¡Y lárguese de mi vista, por Dios!

—¿Señor? —preguntó un hombre trajeado que apareció por detrás.

Enseguida, Alcázar cambió el semblante y relajó el tono de voz.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó y el otro le susurró al oído—. ¿Una avería? ¿Qué coj…? En fin, será mejor que vaya… Ese capitán es un auténtico diletante…

Alcázar se alejó hasta desaparecer por la enorme puerta. Cuando quise reaccionar, el ingeniero estaba delante de mí, mirándome con cara de pocos amigos.

—Ha estado cerca, ¿eh? Lo lamento mucho, no quería incomodarle —dije, entregándole la tarjeta y la chaqueta de chándal—. No se lo tome como algo personal…

Sin esperarlo, me propinó un merecido puñetazo en el estómago que me dejó sin habla.

—Usted tampoco —respondió en voz baja, provocando unas risas a mi alrededor. El ruido de máquinas regresó a su normalidad.

22

Dolorido por la sacudida recibida en la sala de máquinas, abandoné la planta, acompañado de dos gorilas de seguridad que se despidieron con una severa advertencia para que no volviera por allí. La velocidad de la nave aminoró, hasta que se detuvo por completo en el puerto insular. Parecía que los planes de Rojo se habían puesto en marcha. Decenas de pasajeros se dirigían hacia las salidas del crucero, confundidos por el desconcierto y la falta de información. El personal laboral de la compañía se encargaba de informar a los viajeros de la avería. Nadie sabía lo que sucedía y el malestar general comenzó a transmitirse como un virus letal. Alcázar se lo tenía merecido, me dije, después del trato humillante que había recibido delante de sus empleados. No era la primera vez que alguien se dirigía a mí de esa manera y lo cierto era que tenía todos los argumentos para hacerlo, pero no me llamó la atención su comportamiento conmigo, sino la reacción de los hombres que tenía alrededor. A lo largo de mi carrera me había cruzado con mucha clase de trastornados. La mayoría de ellos ladraba, pero no poseía ese brillo perverso en los ojos. Sin embargo, Alcázar sí lo guardaba en su mirada y eso activó mis alarmas. No obstante, era demasiado pronto para guiarme por el instinto. Ni siquiera sentía la corazonada de que hubiera sido él quien asesinara a Sancho Rodríguez.

Había demasiado en juego para cometer una insensatez tan grave.

Sumido en un mar de pensamientos, caminé con paso tranquilo hacia la cubierta del barco. Era consciente de que no iríamos a ninguna parte y que tardaríamos un par de horas en recuperar la normalidad allí dentro, así que me lo tomé con calma. Después de todo, lo único que me preocupaba, más allá del reportaje, ahora formaría parte de un montón de residuos o flotaría como la basura

en el mar. La prueba que, de alguna manera, me podía poner bajo el foco policial había desaparecido para mi fortuna.

El paseo se vio interrumpido cuando identifiqué una silueta a lo lejos, sentada en el interior de una bonita cafetería, junto a una cristalera por la que se veía la isla. Allí estaba la señora Lagarde, relajada, tomando una taza de café y leyendo una revista. Me adentré en el establecimiento, con el fin de abordarla a solas, ahora que nadie nos veía, y proceder a interrogarla con minuciosidad. Si no aprovechaba la circunstancia, era probable que no tuviera otro momento como ese.

Ella notó mi presencia y esperó unos segundos hasta levantar la mirada. Parecía tranquila y escondía en sus ojos un secreto que desconfiaba de que me contaría. Cuando establecimos contacto visual sonrió, cerró la revista y la dejó encima de la mesa. Era el último ejemplar de CALMA, la publicación de la competencia, por llamarlo de alguna manera, ya que también formaba parte del mismo grupo editorial.

—¿Se ha enterado de las malas noticias? —preguntó, cruzando las piernas y apoyándose sobre la rodilla—. Es increíble… Parece que haya una maldición sobre este barco…

—Mi vida es un melodrama… Estoy acostumbrado a que las cosas salgan mal.

—Le estoy hablando en serio.

—No se preocupe, no es más que una avería.

Ella negó con la cabeza.

—Me refiero al reportaje. El departamento de Relaciones Públicas de la compañía Bahía, ha cancelado el contrato.

—Qué raro… ¿Alcázar no se lo ha comunicado en persona?

Pero ella ignoraba mis palabras.

—Se supone que este encargo nos iba a relanzar como publicación —respondió, preocupada—. Ahora, lo único que podremos cubrir será la crónica de un suceso…

La camarera se acercó y le pedí una botella de agua con gas, a pesar de que pronto sería el mediodía. El cuerpo aún se recuperaba de la noche anterior y de la mañana padecida.

—Crónica de una muerte anunciada, diría yo.

Ella entornó los ojos con frialdad.

—Eso no ha tenido ninguna gracia.

—Me refería a mi carrera —aclaré, quitándole hierro al comentario y desviando la conversación—. Observe el lado positivo del asunto. ¿Cuánto tiempo hace, que no disfruta de unas vacaciones?

Su mirada esquiva habló por ella.

—Probablemente más que usted.

—¿Por qué ocultó que el señor Bravo estaría en la cena?

Ella puso los ojos en blanco. Le irritaba que regresara al mismo tema.

—Le dije que le presentaría a gente muy importante. ¿Acaso él no lo es? Temía que hiciera el ridículo, pero ya he comprobado que se llevaron bien… Podría hablar con él. Seguro que logra cambiar la situación.

—Tiene demasiada fe en la voluntad de otros.

—¿Se refiere a la suya?

—Todos tenemos defectos, incluso usted.

—¿Cómo osa?

La camarera me sirvió el agua y le di un trago al vaso. Las burbujas me aliviaron el malestar.

—El señor Bravo es un sádico y un pobre hombre cansado de la vida, que no sabe qué hacer con su dinero, así que dudo que le importe lo que ocurra con el reportaje… —expliqué tranquilo, porque yo ya no tenía nada que perder. Incluso, pensaba que me estaba haciendo un favor al apartarme de los círculos periodísticos de los ricachones—. Usted cree que le caí en gracia, pero lo cierto es que me está utilizando como su marioneta.

—¿Ha bebido, Gabriel?

—No, Sofía. Estoy muy sobrio.

—Entonces no diga más estupideces —respondió, tajante—. Es el dueño del trabajo que nos da de comer, le guste o no.

—¿Lo conoce bien?

Ella suspiró. No estaba acostumbrada a que le hicieran preguntas que no fueran sobre los temas que le interesaban.

—Son quince años ya, trabajando para él… Es decir, como directora y jefa de redacción de la revista. Podría decir que lo conozco mejor que usted.

—Nunca llegamos a conocer de verdad a otra persona.

—Por favor, no siga con tanta frase obvia.

—¿Piensa que sería capaz de matar a alguien?

Lagarde irguió la espalda y se frotó la nariz.

—Vaya, se toma los comentarios al pie de la letra… ¿De verdad que no sigue achispado?

Decepcionado, chasqueé la lengua.

¿Era esa la fama que tenía?, me pregunté para mis adentros.

—No, no creo —dijo, finalmente, ante mi silencio—. Es un tipo peculiar, pero nunca ha intentado usar su influencia más allá de los negocios, ya sabe… al menos, conmigo y con la gente que conozco.

—Agradezco su sinceridad.

—¿Por qué me pregunta eso? Se supone que…

—Intento averiguar quién querría acabar con la vida de Sancho Rodríguez —dije y la luz de sus ojos cambió—. Es de vital importancia.

En ese instante, fui consciente de que había cometido un grave error, yéndome de la lengua, hablando más de lo necesario, destapando la caja de los truenos.

Sentado a un costado de ella, me incliné para calmarla, alargando mi mano hasta su rodilla, y mirándola con la complicidad del ladrón que esconde el botín, pero ella se me adelantó.

—¿Por qué insinúa que…?

—Ha sido un pensamiento en voz alta. No quiero confundirla…

Mis excusas no hacían más que alimentar la llama del interés.

—No, no, espere, Gabriel… —intervino, cogiéndome de los dedos. Parecía estar a punto de decir algo importante—. ¿Sabe? Yo también he pensado en ello…

Una pequeña sonrisa apareció en mi rostro.

—¿Y en alguien en concreto, como autor del crimen?

Los ojos de Lagarde giraron en círculos. Sentí cierta excitación procedente de su cabeza. Le gustaban los misterios.

—Resultaría muy inoportuno por mi parte, acusar a alguien en voz alta… —respondió, acariciándose el rostro con el índice—, pero Sancho Rodríguez no tenía motivos para quitarse la vida, y menos por una estúpida sopa fría… ¿Verdad que está de acuerdo conmigo?

—No seré yo quien le lleve la contraria… ¿Un problema de envidia?

—No lo creo.

—¿Celos?

—¿Quién sabe?
—¿Qué hay del señor Mendoza?
Ella me miró extrañada.
—¿Por qué lo menciona?
—Únicamente pregunto —contesté, esta vez guardándome la información. No conocía en profundidad a esa mujer y eso me llevaba a desconfiar de ella.
—No sería un movimiento inteligente por su parte —opinó, convencida de sus palabras y dio un sorbo a la taza ya fría, de café con leche—. Hasta donde sé, se llevaban bien. Fue él quien ordenó que el chef estuviera en este barco.
—A disgusto del señor Alcázar, su director…
—Reconozco que Alcázar y Mendoza no son uña y carne, pero debo decir que siempre ha sido un gerente muy profesional.
—He oído que su relación no es la mejor.
Ella dio un respingo y me miró desairada.
—Debería preguntárselo a ellos.
—¿Qué hay de usted? —pregunté, haciendo que se sonrojara, e intuí que encubría algo—. ¿Dónde estuvo anoche?
Hizo una pausa y tras un cruce de piernas, decidió hablar:
—Ya veo… —dijo acercándose a mí—. Hace rato que esto ha dejado de ser un tema trivial, ¿verdad? Su cabeza no puede parar hasta que encuentre respuestas…
—¿Qué le sorprende? Usted me contrató para este trabajo, conoce mi historial.
La mujer sonrió y sus labios soltaron un aliento de malicia.
—En efecto, yo lo hice, pero no fue decisión mía.
Fruncí el ceño, extrañado.
—¿Entonces, de quién?
La mujer se inclinó unos centímetros y me ajustó el cuello de la camisa. Después se apartó, dejando una nube de perfume en el aire.
—Caballero… Usted es un hombre atractivo y con gracia, aunque ambos sabemos que hay redactores más talentosos en el mercado…
—¿No piensa responder a la pregunta?
Sofía Lagarde se puso en pie sacando unas gafas de sol del bolso, que luego se los puso, a pesar de encontrarse en el interior del barco. Se acercó a mí, que seguía sentado y me tocó el hombro,

acariciándome el cuello con las yemas de los dedos.

—Ya conoce la respuesta… —susurró, divirtiéndose con la interacción y se alejó unos centímetros—. Será un viaje largo, Gabriel, pero estoy segura de que encontraremos la manera de hacerlo más ameno… Búsqueme cuando se aburra, pero no para hablar de trabajo, ya me entiende… Estaré encantada de tomar una copa con usted.

—Espere, no se vaya… —dije, volteando la mirada, boquiabierto, viendo cómo se marchaba.

—¡Ah! —exclamó, recordando algo y girándose—. Dígales a sus amigos policías que empiecen por Nadine, la amante del marqués.

—Lo siento, pero…

—No me tome por una ingenua —respondió, soberbia—, usted también estuvo en la cena y vio lo mismo que yo… Respecto a esos agentes, solo hay que verlos para saber que no serían pareja nunca… Sea lo que sea que estén investigando, hágame caso, Caballero… Dígales que empiecen por ahí… Tal vez yo no sepa mucho de crímenes, pero sí de cuernos y celos.

—Jaque mate…

—Ya sabe dónde encontrarme —se despidió e hizo un gesto con la mano, dándome la espalda descubierta por el vestido.

—Adiós, Sofía —murmuré y reflexioné sobre sus palabras.

Lo único cierto era que no tenía la menor idea de cómo encontrarla en aquel enorme barco.

23

Las palabras de aquella mujer me dejaron paralizado, no por la opinión que tenía acerca de Rojo y esa agente italiana, pues era algo evidente para todos. Más bien, me inquietaban las píldoras que había soltado sobre Bravo, Nadine y Rodríguez. Mis ojos siguieron el contoneo de las caderas de Lagarde hasta que desapareció por el pasillo y su silueta se convirtió en una más entre los cientos de pasajeros que iban y venían por las instalaciones del crucero. Me sentí descorazonado, con la cabeza llena de preguntas y no sabía por dónde comenzar. Orienté la mirada a la portada de la revista que había dejado sobre la mesa, junto a la taza de café y reconocí el rostro de una famosa modelo española. En un rincón de la imagen, un rótulo en letras doradas captó mi atención:

EL AMBICIOSO Y RENOVADOR PLAN DEL LEGADO DE LOS MENDOZA

Un negocio familiar que mantiene la excelencia y la modernidad. El hijo del dueño de los cruceros vacacionales Bahía pretende renovar el concepto de los viajes de placer por el Mediterráneo. En esta entrevista desvelamos cuáles son sus planes para el futuro de la compañía.

La curiosidad me atrapó al leer el subtítulo. Cogí la publicación para encontrar la página del reportaje, cuando la goma de un bastón me alcanzó por detrás, tirándome la gaceta de las manos.

—¿Qué? —pregunté, al ver al dueño del bastón de madera—. ¿Me está siguiendo?

Delfín Bravo se reía como un niño travieso. Se acercó a la mesa

y ocupó el asiento que mi todavía jefa había dejado libre.

—¿Descansando la mente o aireando las ideas, Caballero?

Recogí la revista y la dejé sobre la mesa.

—¿No puede saludar como la gente normal?

—¿Qué ha averiguado?

Las preguntas de ese hombre me incomodaban, sobre todo ahora que conocía su carácter.

—Como comprenderá, no he tenido tiempo para analizar nada.

El hombre señaló la isla.

—La avería. ¿Es cosa de sus aliados para ganar tiempo?

Arrugué la frente y tanteé hasta dónde llegarían los tentáculos de aquel hombre. Debía advertir a Rojo sobre la ambigua franqueza del capitán.

—¿Le puedo preguntar algo?

—Claro, pero… —dijo y señaló la esfera del reloj—. *Tic, tac*…

—¿Cómo sé que esto no forma parte de un retorcido juego suyo? ¿Y si… ya sabe… hubiese sido cosa de su perturbada cabeza?

Por primera vez, el rostro se le estiró, las facciones se le quedaron estáticas y la mirada adoptó un cariz serio. Pensé que debí de meter el dedo en una herida del pasado, oculta bajo la máscara de la despreocupación, ya que el risueño y juguetón hombre se había transformado en un tipo ceniciento y meditabundo.

—Jamás haría algo así —respondió y clavó el bastón en el suelo, pero el porrazo quedó amortiguado por la goma del extremo—. Que sea la última vez que me acusa de algo tan grave, si no quiere asumir las consecuencias, ¿le queda claro?

—Sí —contesté, palpando la tensión de la conversación—. Eso quiere decir que, ¿se acabó?

De pronto, su lenguaje corporal cambió y regresó al de antes. Apoyó el peso del cuerpo en el bastón y se puso en pie.

—¡Oh, no! La cuenta atrás continúa… Ha tenido suerte esta vez, pero el barco seguirá hasta Italia y allí no habrá quien nos detenga. Si no hace lo que le pido, no solo no volverá a encontrar trabajo, sino que la señora Lagarde pagará el daño de su ineficacia.

—¿Qué? ¡No, no puede hacer eso! —exclamé, sobresaltado—. Ella no tiene nada que ver…

El tipo sonrió y me miró.

—Por supuesto que sí. ¿Qué le diría al resto de la directiva? Ella le contrató y por tanto, es su compromiso pagar con el fracaso.

—Fue usted quien se lo ordenó.

—¿Y si le hubiese dicho que saltara desde un puente? Por favor, no sea infantil… La señora Lagarde y yo tenemos una relación profesional desde hace muchos años. Si somos maduros para pedir, también lo somos para proceder. Cada acto tiene una consecuencia.

—Me parece repugnante por su parte, que se divierta a costa de los demás. Debería saber que tanto poder conlleva una responsabilidad y, sin embargo…

—Precisamente por eso mismo lo hago. Usted necesita una motivación, y ahora que sé que le preocupa el futuro de la señora Lagarde, esto agregará un poco de emoción al tema… ¿Acaso no disfruta de un gran desafío? No decepcione a sus seguidores y encuentre al homicida, Caballero… *Tic, tac, tic, tac*…

24

Podía ser un bobo, un inconsciente y un gamberro, pero no toleraba las injusticias y no iba a permitir que Sofía Lagarde pagara los platos rotos por haberme contratado. El sentido de la urgencia por resolver el caso, callar a ese sádico y salvar mi cuello y el de esa mujer aumentó tras la conversación con aquel tipo. Realmente, sus palabras habían despertado algo en mí que creía dormido, pero no tenía tiempo para reflexionar sobre ello. Por el contrario, pensándolo bien, cada vez estaba más seguro de que la muerte del cocinero no había sido un suicidio, sino que alguien lo había callado para siempre. En tal caso, teníamos a un asesino entre nosotros, que aprovecharía la mínima oportunidad para escaparse del barco.

A medida que me acercaba al exterior, noté cómo el malestar general se hacía más presente. La confusión reinaba entre los pasajeros, que habían pagado un dineral por aquel viaje. Busqué a Rojo y a Silvestri entre la multitud, sin demasiado éxito, con el fin de ponerlos al día de mis indagaciones. Aunque no lo iba a reconocer delante de ellos, la verdad era que precisaba ayuda. La situación me sobrepasaba y el crucero era tan grande que, dar con un asesino era como encontrar una aguja en un pajar.

De pronto noté una ligera vibración en el bolsillo del pantalón. Saqué el teléfono y comprobé la pantalla.

Número oculto.

No me sorprendió, pues sabía a quién pertenecía.

—¿Sí?

—Arriba, levanta la vista —dijo el inspector y yo obedecí, pero no veía nada más que el puerto marítimo—. Ahí no, mendrugo. Gírate, anda…

Di media vuelta y entonces los vi. Rojo estaba en lo alto del barco, apoyado en una barandilla, junto a la agente Silvestri.

—¿Qué hacéis ahí?

—Disfrutando de las vistas, ¿tú qué crees?

Él, siempre tan cordial conmigo.

—¿Cuánto va a durar esta farsa? La gente no es estúpida.

—Lo necesario —respondió con brevedad. Los viajeros pasaban por su lado—. En ocasiones, aceptas las cosas como vienen. ¿Qué ocurre ahora?

—Me gustaría hablar con el capitán del barco —dije, haciéndole entender que necesitaba su apoyo—. Es importante. ¿Podríamos reunirnos en privado?

Rojo no respondió, pero vi cómo se giraba para vigilar el entorno.

—Te esperaré aquí. No tardes.

La llamada se cortó. Me quedé viendo a la pareja, que observaba el movimiento de la plataforma de acceso al barco. Desde mi posición, solo podía ver los cientos de cuerpos de la gente que había delante de mí. Intuí que entre tanto desorden, la Policía se abriría paso para subir al barco y llegar a la estancia de Sancho Rodríguez. El tiempo seguía corriendo y no a mi favor.

Me apresuré en llegar a lo alto del barco, a pesar de los atascos que había para tomar los ascensores y del intenso tránsito de las escaleras. Durante el trayecto, solamente podía pensar en las declaraciones de Lagarde, en su acusación sobre Nadine y en el paradero de esta última. ¿Por qué la habría mencionado con tanto descaro?, reflexioné, sin saber muy bien a dónde me llevaría aquel cabo suelto. Era cierto que la libanesa resultaba misteriosa y tampoco me sorprendía la idea de que tuviera un escarceo con otro hombre. Sin embargo, ¿acaso era la infidelidad un crimen? Podía significar muchas cosas negativas, pero nada que no solucionaran un par de cócteles bien servidos y unos cuantos meses de digestión. No me hubiese detenido a pensar en ella, si no fuera porque me había pedido asilo en la habitación, horas antes de que el chef apareciera beodo como una cuba, buscándola sin éxito. ¿Dónde se habría metido, si él tampoco lo sabía?, quise entender y mis pensamientos fueron directos a ese aristócrata estirado con cara de trucha muerta. Todo era enredoso y necesitaba un poco de luz que iluminara el caso. Una vez que hubiera hablado con el capitán, debía encontrarla antes de que empeorara la situación, al menos

para salir de dudas y asegurarme de que no estaba envuelta en la muerte de aquel hombre.

Después de un largo paseo, bordeando los pasillos de las alturas, los vi al fondo del exterior de la novena planta. Rojo fumaba un cigarrillo, apoyado en la barandilla, a pesar de que no era una de las zonas habilitadas que tenía el buque para los fumadores. A su lado, Silvestri esperaba con los brazos cruzados. Llevaba puestas unas gafas de sol con los cristales verdes, redondos y pequeños, que le daban un toque juvenil y desenfadado. En su defensa, debo decir que la agente sabía pasar desapercibida. Ya lo había hecho antes, en nuestro primer encuentro, llegando a confundirme por completo, pero no volvería a tomarme el pelo en el futuro. Advirtieron mi llegada debido al sonido de mis pasos sobre la tarima de madera. Ahí arriba, el sol pegaba con fuerza y calentaba más de la cuenta. La vista era hermosa y se podía contemplar el puerto de Mahón desde la altura, como también parte de la ciudad, que quedaba atrás. Rojo apagó el cigarrillo en el suelo y aplastó la colilla con el pie. Después me hizo un gesto para que lo acompañara, dejando una estela de nicotina y colonia varonil tras sus movimientos.

Regresamos al interior de la nave por otra entrada principal de acceso. El inspector nos guio hasta un vestíbulo vacío y se dirigió a una de las mesas que había junto a la cristalera. El aire acondicionado estaba encendido refrescando la sala y de fondo, a un volumen casi inapreciable sonaba música jazz de cafetería. Cuando pensé que nos sentaríamos, el inspector se quedó quieto frente a las vistas que daban al mar y me miró de reojo.

—Se está armando un buen pollo y espero que nos salga bien la jugada… —comentó, preocupado—, porque tenemos las cartas a nuestro favor.

—Hay mucho dinero en juego —respondí, incrédulo—. Estoy seguro de que Alcázar está moviendo tierra y mar para desembarcar.

—No lo permitirán… más que nada, porque las órdenes del capitán son las únicas que tienen validez aquí dentro. Los de la Científica han de ser rápidos, o no regresarán a tierra.

—Su presencia no pasará desapercibida.

Rojo me aplacó con la mirada.

—Lo importante es que los pasajeros mantengan la calma —

opinó la agente italiana, con un tono de voz tranquilo, como si no le afectara lo que sucedía—. Nuestro objetivo es llegar a Italia.

—Pensad en una manera de conseguirlo… He podido apreciar la crispación en el ambiente. Los pasajeros están quemados, no han pagado para esto y les están arruinando las vacaciones desde el primer día.

—Habérselo dicho al cocinero, antes de colgarse del armario con un cinturón…

—¿Todavía crees que fue intencionado?

—Lo que crea y lo que es, son dos cosas muy diferentes —espetó, desganado—. No interesa alimentar la psicosis. Nadie debe conocer los motivos de su final…

«Lamentablemente, es un poco tarde para eso».

Después me arrepentí de habérselo contado a Lagarde y me pregunté angustiado, hasta dónde llegaría el chisme.

—¿Qué quieres del capitán? —quiso averiguar Silvestri, pegándose a mí. Su manera de invadir el espacio de otros demostraba su ausencia de miedo.

Me aparté unos centímetros, expresando mi incomodidad.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre su relación con el señor Alcázar, el director del barco, y Mendoza, el futuro dueño de la compañía —les expliqué—. Es una larga historia… Digamos que he notado un extraño comportamiento en ese hombre. Algo me dice que lo ocurrido anoche en el restaurante no fue algo puntual.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rojo, intrigado.

Al fin me había ganado su atención.

—Maltrata a la tripulación como si fueran cucarachas. Lo del chef fue humillante y a pesar de conocer la noticia de su muerte, no parecía tener ningún cargo de conciencia por lo que había hecho.

—Conozco a alguien así —comentó Silvestri. Por su mirada, intuí que se refería a alguien del trabajo—. ¿Estás seguro de que estaba al corriente de lo sucedido?

—Por favor… Es el director del crucero.

—Por una vez, tiene razón —señaló Rojo—. Entonces, ¿apuestas que tuvo algo que ver con la muerte del chef?

—No lo sé, pero me gustaría analizar cuál es su situación. Hasta donde sé, su relación con el futuro dueño no es muy buena y este planea una renovación total en el modelo de gestión del negocio…

Alcázar ha luchado mucho para llegar a ser director del Bahía Sol, el sueño del padre de Mendoza y también el suyo. Y ahora se lo van a arrebatar de un batacazo…

—En ese caso, habría actuado contra Mendoza y no se habría ensañado con el cocinero. No es congruente tu hipótesis.

—En ningún momento he dicho que Alcázar lo haya matado —repliqué, sembrando la inquietud en la pareja—, pero eso no quita que esta sea su oportunidad para perjudicar a Mendoza.

La agente se cruzó de brazos. Rojo estaba acostumbrado a mis rodeos.

—Si lo pensáis, cobra sentido —proseguí, a pesar de las reticencias—. Vosotros vais detrás de un encuentro entre narcos, que incumbe al marqués de Rocanegra. Los tres sabemos que para los tipos como él, no es un apuro comprar a los policías portuarios… La pregunta es, ¿qué gana Alcázar con ello? ¿Hacer negocio o hundir el futuro del heredero?

—Frena, Fernando Alonso —respondió Rojo, enfatizando con la mano—. Si el director se arriesga, acabará imputado por haberlo permitido. Es muy poco inteligente para alguien de su escala.

—Por esa razón no lo tenéis en el radar, ¿me equivoco?

Los dos se miraron.

Unos pasos se acercaron a ellos y se giraron para comprobar quién era.

—Será mejor que hables con el capitán.

—Ya me daréis las gracias más tarde.

—No te pases de listo. —El inspector se adelantó para presentarme a un hombre arrugado, pero en forma, con el pelo débil y canoso y un bigote blanco que se juntaba con una barba plateada—. Este es el señor Caballero, la persona que quiere hacerle unas preguntas.

Me fijé en aquel hombre vestido con el traje oficial y las condecoraciones al pecho. Le estreché la mano con firmeza y sentí sus dos ojos azules clavándose en mí, como un par de arpones afilados. No las tenía todas conmigo y sospeché que era reticente a intercambiar unas palabras. De alguna manera, podía notar la presión que el inspector ejercía en él. Me pregunté cuál sería el precio de aquel hombre experimentado. Todos tenemos uno y es cuestión de averiguarlo. Rojo era bueno minando la moral de otras

personas.

—Un placer conocerle, capitán —comenté, sin éxito.

Silencioso, el tipo aguardó unos segundos hasta que accedió a hablar conmigo.

25

El capitán se mostraba preocupado por la situación a la que nos enfrentábamos. Iba acompañado de dos de sus hombres y medía cada paso que daba, para no equivocarse. Antes de inclinarse a conversar conmigo, contempló la pareja de agentes una vez más, como si mi porte no fuera el de una persona fiable.

—Agradezco que me haya dado unos minutos de su tiempo… —dije, iniciando la entrevista.

—Deles las gracias a ellos. No tenía otra alternativa —respondió, sin dejar que terminara—. Espero que esté afrontando la muerte de ese hombre con la seriedad que merece. El señor Rodríguez era un profesional en su oficio y un digno trabajador de este barco, pero no solo eso… Lo más importante y lo más grave, es que una persona se ha quitado la vida en mi buque.

—De eso quería hablar con usted. No estamos del todo seguros de que haya ocurrido así…

El tipo entornó la mirada.

—¿Estamos? —preguntó, desairado—. A las pruebas me remito. ¿Qué es todo esto, una broma?

—Sancho Rodríguez no tenía motivos para cometer un suicidio. Digamos que alguien intenta hacernos suponer que sí…

—Eso es descabellado.

—¿Me podría hablar de su relación con el señor Alcázar?

La mirada se le ensombreció y el semblante se le puso aún más tenso.

—¿Qué es lo que busca, morbo?

—Atar cabos.

—¡Ja! Claro… Ahora me dirá que es periodista.

Estuve a punto de responderle, de contarle que lo había sido y que ahora me encontraba sin recursos, bajo el yugo de Delfín Bravo y arriesgando mi carrera profesional y la de otra persona, pero

preferí ahorrarlo. Por la entereza de su bigote gris, dudé que le importara algo más que ese barco.

Mi presencia no era bien recibida y, dada su veteranía en la empresa, quise averiguar la razón por la que no había asistido a la cena. Puede que aquello me ofreciera un camino por el que continuar la investigación, ya que me sentía en un callejón cerrado.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero me sorprende que el señor Alcázar no le invitara a la cena de anoche. Usted es el capitán del barco y allí reunió a sus invitados más célebres…

El hombre me miró de reojo.

—Recibí mi invitación, no obstante, me excusé —remarcó, dándome a entender sobre sus roces con el director—. Son muchos años trabajando con Alcázar y puede que alberguemos algunas diferencias, pero no me iba a sentar en la misma mesa que… En fin, no tengo que darle explicaciones. No fui y no hay más que decir.

—Parece que no es el único que ha tenido algún encontronazo con el director. Lo increíble es que el director siga al mando del barco.

—¡Al mando estoy yo! Que le quede claro —enfatizó, molesto—. El trabajo de regente es otro. Yo soy capitán de barco y me pagan por llevar este buque a puerto. Lo suyo es algo parecido a manejar un circo. Ahí no tengo nada que ver.

—¿Qué me puede contar de la relación del director con el señor Mendoza? —indagué, incapaz de tirar la toalla, aunque hablar con ese hombre fuera como hacerlo con un muro—. Tengo entendido que Alcázar y él no se llevan muy bien…

—No sé quién le habrá informado, pero no es ningún secreto… De hecho, el señor Mendoza no se corta en predicar sus planes a los cuatro vientos.

—Planes en los que Alcázar no está incluido.

—Eso parece, aunque no tengo acceso a su razón.

—¿Y usted?

—¿Yo, en sus planes? No lo sé, aunque mi relación con él es cercana. Supongo que eso ayuda… De todos modos, me quedan pocos años a los mandos. El mar me lo ha dado todo y llega el momento de jubilarme…

—¿Se conocen desde hace mucho tiempo?

El hombre me miró extrañado. Le pareció que había dicho una

obviedad.

—He visto crecer a ese chico —afirmó—. Mientras que otros veraneaban en un apartamento, la familia Mendoza siempre lo hizo a flote. El mocoso entraba y salía y correteaba por los pasillos de las salas de máquinas. Sabe muy bien lo que hace.

—Por lo que también conoce a Alcázar desde hace muchos años…

El capitán respiró hondo, chasqueó la lengua y metió la mano en el bolsillo del pantalón de tela oscura. De él sacó la billetera y me mostró una fotografía pequeña, descolorida, en la que aparecía la tripulación de un barco. La sujeté y le di un vistazo rápido, reconociendo al capitán en la primera fila, más joven, aunque ya canoso por entonces. Después vi a un párvulo, el único que había entre los adultos y vi que era Diego Mendoza, acompañado de sus padres.

El dedo del marino señaló al tipo que había junto al padre de Mendoza.

—Ahí está Alcázar, mucho más joven, claro, aunque ya apuntaba maneras… —comentó, deseando recuperar la imagen—. De esa fotografía hará unos veinte años, si no me equivoco…

—¿Todos estos empleados también continúan trabajando para la compañía?

—Ni hablar —respondió—. Éramos una familia. A pesar de la jerarquía y de los puestos que ocupáramos, existía el respeto, cosa que hoy…

—¿Qué pasó con ellos? —pregunté, intuyendo el final—. ¿Se retiraron?

—Lo de siempre… Alcázar despidió a la mayoría, en cuanto el señor Mendoza puso toda su confianza en él… —explicó, nostálgico —. Esa fotografía pertenece al último viaje que hicimos todos juntos. Poco más tarde, ocurrió una tragedia…

—Siempre hay una en toda buena historia.

Se mostró incómodo y noté cómo desviaba el tema para no hablarme de ello.

—Ahora que lo recuerdo —comentó, rascándose el bigote y quitándome la fotografía con la otra mano—, si quiere carnaza, pregúntele al señor Mendoza por lo que Alcázar le hizo aquel verano… Hay que tener mala leche para hacerle eso a una

criatura… pero seguro que consigue la historia que busca para su artículo.

Desconcertado, tragué saliva y lo miré entornando los ojos.

—No quería ofenderlo con mi comentario.

—Necesitaría utilizar algo más que estúpidas preguntas para enconarme —respondió y me dio la espalda—. Ahora, si me disculpa, tengo un barco que fletar hasta Italia… Estoy en paz con esos policías, así que hágame un favor y no me moleste si no es para algo importante.

El capitán se retiró, dejándome a solas y la pareja de agentes regresó a mí. Tuve la impresión de que sus últimas palabras habían sido intencionadas, esperando que provocaran un efecto en mí para que fuera a por Alcázar.

¿Qué era aquello tan malo que había sucedido veinte años atrás?

Mis pensamientos fueron hacia Diego Mendoza.

Era consciente de los traumas infantiles pueden marcar a una persona de por vida, por lo que me pregunté si, veinte años después, Mendoza estaría preparando su venganza, pero… ¿de qué manera? Había demasiado en juego como para atentar contra el director en su propia casa. Algo se me escapaba entre las pesquisas, la muerte de Sancho Rodríguez seguía sin resolverse y la posibilidad de que se hubiera quitado la vida no me convencía.

—¿Contento? —preguntó Rojo acercándose a mí, pero mi rostro no decía lo mismo—. ¿Qué deseabas del capitán?

—Hay algo raro en él… —contesté, observando a la agente italiana, que no se escondía de mirarme con intensidad—. Parece que tiene una rencilla sin resolver con el director del barco.

—¿También sospechas de él? No empieces, que ya te conozco.

—Sospecho de todos hasta que demuestren lo contrario —respondí, tajante—. Ha admitido que ocurrió algo en el barco, hace dos décadas… Desde entonces, las relaciones se han ido tensando entre ellos… Por supuesto, aunque no lo ha dicho, me ha dejado entrever que toda la culpa es de Alcázar.

—Nunca llueve a gusto de todos —comentó la agente.

—Lo que más me sorprende es que no es el único que tiene una mala opinión del administrador. El capitán fue invitado a la cena, pero decidió no asistir. No ha querido explicarme la razón, aunque dijo que se negaba a sentarse con alguno de los presentes. Si su

relación con el hijo de Mendoza es buena, solo me queda señalar al marqués de Rocanegra…

—¿Crees que está al corriente de lo que trama el aristócrata?

—Me temo que nos esconden más de un secreto. ¿Qué hay de vuestros compañeros?

—Están tomando muestras de la habitación de la víctima —explicó Rojo—. Han recibido la autorización del juez para levantar el cadáver, sacarlo del barco y transportarlo a Menorca. También hemos solicitado una orden para registrar cada uno de los camarotes de los principales sospechosos.

—¿Ya tenéis a alguien?

—Tú lo has dicho, no parece un suicidio —respondió Rojo, tranquilo—, así que han abierto una investigación policial… Por supuesto, la llevaremos con la mayor discreción posible.

—¿Qué hay de vuestra operación?

—Una llamada ha sido suficiente para que continuemos el viaje —explicó Silvestri, llevándose todo el mérito—. El comisario de Mahón ha cogido un buen cabreo porque sus hombres no podrán operar en condiciones normales, pero la operación debe continuar, aunque esto nos perjudique a la larga… Si el marqués de Rocanegra descubre nuestra presencia, es probable que cancele el encuentro en Italia y ponga en peligro el éxito de la misión.

La confesión me provocó un nudo en el estómago.

—Esperad… ¿Estáis diciendo que hay abierta una investigación legal?

—Sí —asintieron los dos.

—¿Con policías dentro del barco?

—Así es —respondió Rojo—. ¿Cuál es el problema? Facilitará nuestro trabajo, el suyo… y resolveremos de una vez lo que pasó con Rodríguez.

Pero eso no era cierto. La presencia policial más allá de la de Rojo lo complicaba todo.

—¿Estás bien? —preguntó la inspectora al verme la cara.

—Creo que me han vuelto a subir los calores.

26

Necesitaba una ducha helada y dormir unas horas. Después pediría comida al servicio de habitaciones y lo cargaría a la cuenta de Sofía Lagarde. Al fin y al cabo, el cretino de su jefe no merecía menos. El calor del mediodía comenzaba a asfixiarme y el entuerto se complicaba cada vez más de lo esperado. Si ya me incomodaba el hecho de que un par de policías estuvieran merodeando todo el tiempo, aún más lo hacía que más agentes metieran las narices en aquel barco. El chantaje de Bravo me ponía contra las cuerdas. Una cosa era saltarse ciertos límites ante Rojo y otra muy diferente, hacerlo delante de unos gendarmes que no conocía de nada. Carecía de la energía necesaria y la concentración suficiente para jugar al gato y al ratón con esos tipos. ¿Por qué el inspector Rojo no se había hecho cargo de la muerte del cocinero? Pero quejarme al respecto, no iba a mejorar la situación.

Regresé a mi planta, atravesé el pasillo, vacío a esa hora a causa del alboroto y la confusión que había en el exterior y observé a la muchedumbre agriada buscando una justificación por no bajar a tierra.

Cuando abrí la puerta, sentí un ligero olor a limpio y a perfume. Me alegré de que los servicios de limpieza hubiesen ordenado aquel caos, a pesar de todo lo ocurrido con el pedazo de tela del traje del cocinero. Me descalcé, sintiendo un profundo cansancio por todo el cuerpo, caminé hacia el dormitorio y dejé la billetera sobre la mesilla de noche, notando que el jarrón había desaparecido. No lo echaría de menos, pensé. Con el mar tranquilo frente a mis ojos, suspiré y comencé a desabotonarme la camisa, cuando noté una ráfaga de aire provocada por un aspaviento procedente de la entrada.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, sentí el impacto seco y frío de la porcelana contra mi cabeza. Perdí el equilibrio e intenté

buscar un punto de apoyo en la cama, pero estaba mareado y calculé la caída mal. Los restos del jarrón blanco quedaban sobre la moqueta y noté un ligero sudor frío descendiéndome por la nuca, acompañado de un fuerte escozor. Rara vez el sudor emanaba de ese lado de la cabeza. Sin fuerzas, caí sobre la moqueta y me apoyé con las manos en el colchón, para evitar que los trozos afilados de porcelana me hirieran la cara. En un último esfuerzo, me eché hacia atrás para atrapar a mi atacante por las piernas y, para mi sorpresa, el ataque se detuvo. Cuando agarré la sedosa y brillante espinilla de una mujer, mis ojos se dirigieron a la parte superior de su cuerpo y encontré un rostro asustado y arrepentido.

—¿Nadine?

—¡Gabriel! —exclamó con acento inglés, haciendo énfasis en la primera sílaba de mi nombre. Aturdido, cerré los ojos a causa del dolor de sienes y la solté.

Ni siquiera podía preguntarle qué diablos hacía en mi habitación.

Las fuerzas se desvanecieron y perdí el equilibrio una vez más. Me eché atrás, golpeándome la cabeza contra la cama.

Por fortuna, el colchón amortiguó el impacto y quedé sentado en el suelo.

Segundos después, un telón oscuro me cubrió los ojos.

Cuando abrí los ojos, creí estar muerto, en el cielo, o al menos en un lugar más agradable que ese barco. Por desgracia, el movimiento del camarote me devolvió enseguida a la realidad. Tenía el rostro de aquella hermosa dama a escasos centímetros del mío. Sonreí, junté los labios y pensé que todo había sido un mal sueño, pero no hubo beso, ni disculpa. Nadine me ofreció un vaso de agua y me tocó el cabello a modo de caricia.

—Bebe, te sentará bien —dijo, arrepentida por el ataque—. Perdóname, no pensaba que…

Miré de reojo a mi lado y encontré los restos del jarrón esparcidos por el suelo.

—¿Cómo sé que no me vas a envenenar?

Ella negó con la cabeza y bebió un poco de agua para aclarar las dudas.

—¿Suficiente?

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —le pregunté y me

bebí el agua de un trago. Estaba sediento y el dolor de cabeza seguía presente—. Necesito una aspirina…

—Te has dormido unos segundos… Espera, creo que tengo algo en el bolso.

—Vaya… —respondí y sentí que recuperaba parte de mi condición física. Así y todo, aún tenía dificultades para respirar. Intenté ponerme en pie, pero el golpe había sido más fuerte de lo que yo creía y un profundo mareo me desestabilizó—. Diablos…

—Lo siento. —Me acarició y se disculpó otra vez.

—Yo sí que lo he sentido —respondí y tragué la espesa y amarga saliva—. ¿Cómo has entrado aquí?

—Necesitaba esconderme. Me ha abierto el personal de limpieza.

—Maldita sea… ¿De quién?

—Es una larga historia, Gabriel.

La miré enfadado.

—Merezco una explicación. —La miré y me señalé la cabeza.

—Pensaba que serías…

Antes de acabar la frase, llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté y ella negó con la cabeza. Me costaba pensar con lucidez, pero mi instinto de supervivencia aún funcionaba—. Corre, ve al baño y enciérrate en él.

Ella obedeció sin rechistar. Me debía una larga aclaración y no estaba en posición de rebatirme. Ninguno de los dos quería que nos encontraran juntos. Por mi bien y por el suyo, uno de los dos debía desaparecer.

La visita golpeó de nuevo la madera hasta que una vez se pronunció:

—¿Caballero, está ahí? —preguntó una voz masculina que tardé en reconocer—. He oído movimiento. Abra, por favor…

«¿Qué diablos hace el marqués aquí?».

No me sorprendió que me hubiera encontrado, pero sí que estuviera esperando al otro lado de la estancia. Ni siquiera había cruzado más de dos palabras con él en todo el viaje.

—Ya va, ya va… —dije, ganando tiempo, observando los desperfectos. Era evidente que debía hacer algo, así que me puse los zapatos y barrí los restos del jarrón hacia los bajos de la cama—. Un minuto, por favor…

—No tengo todo el maldito día.

Al acabar, percibí que tenía una pequeña mancha de sangre sobre el hombro de la camisa, pero no tenía tiempo para cambiarme de ropa.

Antes de abrir, giré el rostro hacia la puerta del baño, que ahora estaba cerrada y esperé que Nadine no se saltara el guion.

«Haz que se largue lo antes posible».

Carraspeé para aclararme la garganta y giré la manivela.

Mi apariencia no le sorprendió o, simplemente, le importó un bledo.

El marqués de Rocanegra esperaba al otro lado, con el rostro angustiado, los ojos hundidos y un ligero nerviosismo en su lenguaje corporal.

Suspiró y en la distancia corta aprecié un olor fuerte a colonia mezclado con otra clase de compuesto.

No parecía estar de humor esa tarde. Lo advertí en esa mirada.

Me pregunté si lo sabría, si me habría descubierto y si habría seguido los pasos de su pareja hasta mi habitación.

De un modo u otro, no podía negarme a hablar con él. Si nos encontraba juntos, no imaginaba qué sucedería.

En ese momento deseé que el fondo del mar me tragara.

27

Aguardé unos segundos hasta que recuperé el aliento. El marqués debió de pensar que mi cabeza no funcionaba correctamente.

Por otro lado, me inquietó su falta de atención a los detalles. Parecía distraído y sospeché que su visita escondía un porqué. Iba en busca de respuestas y no tenía tiempo para observar su alrededor.

—Señor Caballero, siento interrumpirle… —comentó con indecisión y dio un paso al frente, intentando cruzar el umbral de mi estancia, pero le corté el paso. Su altura me sobrepasaba y podía apartarme de un soplido si así lo deseaba, pero el golpe recibido anteriormente me impedía reaccionar con reflejos.

—No es problema…

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

—Me gustaría hablar con usted —respondió e invadió mi espacio vital—, en privado, si no le importa.

—Podemos ir a otro lugar.

—No. Aquí está bien.

Suspiré y eché la vista atrás, señalando con los ojos la habitación, en busca de una excusa que lo ahuyentara, pero no podía articular nada inteligente y el marqués no estaba dispuesto a aplazar nuestro encuentro.

—Por supuesto, pase… —dije, apartándome del camino, colocando la espalda contra la puerta del baño e invitándolo a ir al dormitorio. El hombre entró y dio un vistazo. Recé para que los nervios no me delataran. Cerré la puerta y me fijé en el vaso de agua con la marca de barra de labios. Debía hacerlo desaparecer de su vista, si no quería llamar su atención.

—¿En qué le puedo ayudar? —pregunté, desconcertado—. Reconozco que me ha sorprendido su visita…

—¿La ha visto? A Nadine, mi acompañante —dijo, cortante—. No sé dónde coño se ha metido…

Ni siquiera era capaz de llamarla su pareja. El marqués, fuera de los focos se comportaba como un tipo vulgar y cualquiera. Sentado, miró al armario con desconfianza. Luego se puso en pie y lo abrió. El interior estaba vacío.

—¿Se le ha perdido algo?

—Cállese… Necesito un trago —respondió, abrió la pequeña nevera del mueble bar y sacó una pequeña botella de whisky y un vaso de cristal. Vertió el contenido en el recipiente y le dio un trago —. Esto me ayudará a calmar los nervios…

—Todavía no me ha dicho cómo puedo ayudarle…

—No necesito su ayuda —contestó y dio un sorbo al vaso redondo—. Usted la conoce, ¿verdad?

—¿A quién?

—Se le da muy bien hacer el imbécil. Habría valido para actor… o para político.

Entorné los ojos y lo miré con desaprobación. Por muy aristócrata que fuera, no iba a permitir esa provocación en el interior de mi estancia.

—Si no tiene nada mejor que decir…

—Perdone, perdone… —se disculpó, antes de que lo echara e hizo un gesto de mano para calmar las aguas—. Gabriel, ¿verdad? No me lo tenga en cuenta. Estoy atacado, de los nervios, nada más… Desesperado, diría yo…

—¿Por qué no habla con ella?

—Si supiera dónde está esa ramera… —comentó y tensé la mandíbula, preocupado por si ella nos oiría. Después recordé que no hablaba español—. Creo que me la está pegando.

—¿Con otro?

—Trama algo y me va a meter en un lío.

—Si no me da más detalles…

Sus ojos se clavaron como cuchillas en mi rostro.

—Eso es todo lo que debe saber.

Tragué saliva y noté cómo el pulso se me aceleraba.

—¿Tiene pruebas de lo que sospecha?

—Anoche estuvo con usted, ¿verdad?

Me quedé sin respuesta y recé para que Nadine no saliera del

baño.

—¿Se lo dijo ella?

—Sí.

Su mirada estaba cansada y la verdad no parecía incomodarle, así que intuí que la libanesa me habría utilizado como coartada.

—Coincidí con ella, antes de la cena. Fue de casualidad.

—¿Lo vio a él?

Arqueé una ceja.

—¿A quién?

—Ese maldito cocinero de los cojones…

El marqués apretó el puño que tenía libre y miró al suelo. Sentí lástima por aquel tipo de gran altura, largo como un espárrago y con andares tiesos. Ahora estaba sentado en la silla del dormitorio de un vulgar escritor, bebiendo escocés de hoteles y con un aspecto derrotado. En el fondo, todos sufrimos del mismo modo.

—Lo siento, pero no lo vi.

—Quedó con él —respondió, furioso—. Vi sus mensajes de texto.

—¿No es ilegal?

La mirada amenazante se clavó en mi cara. Podíamos sufrir de igual manera, no obstante, estaba claro que para él, no tenía derecho a contradecirlo o, mejor dicho, a decirle lo que podía o no hacer.

—Sé que tienen un lío. No hace falta ser una lumbrera… —continuó, ahogando la pena en los últimos sorbos de whisky—. Además, ese cerdo intentó envenenarme para separarme de ella… y ahora estoy metido en un lío.

—¿Por qué lo piensa? —pregunté, me asomé al minibar y busqué una segunda botella de escocés. No existía nada mejor como el alcohol para que un alma triste largara.

—Gracias. —Terminó la copa de un trago y se sirvió el segundo whisky—. Anoche, esa sopa iba cargada de algo tóxico. No sé el qué, pero estoy convencido de que era para mí. Ese cocinero quería que me sentara mal la cena para poder reunirse con ella.

—¿Está seguro?

Sus ojos se despegaron del suelo y el rostro dibujó una sonrisa malvada.

—¿Por quién me toma? No sabe lo que es tener enemigos. Ese idiota era un aficionado —explicó, mojando las palabras con

alcohol—. Cuando lo vi pasar y leí sus intenciones, en el último momento, cambié de opinión. Yo había exigido esa sopa en el menú. Después obligué a que un empleado la tomara… Puede imaginar el desenlace.

Era obvio que aquel hombre sufría alguna clase de enajenación. Sin embargo, si era cierto lo del veneno, me pregunté por qué el primer plato había ido para Alcázar y no para el marqués.

—Ahora tengo un problema y usted me va a ayudar.

—¿Yo? Lo siento mucho, pero no es el único que sufre un momento complicado…

Despreció mis palabras como quien ignora el aleteo de una paloma.

El alcohol empezaba a hacer estragos en su discurso. Quizá, demasiado rápido, me dije, por lo que auguré que habría estado bebiendo antes de la visita.

—Anoche, después de la cena, Nadine me mintió, diciéndome que se sentía indispuesta y que necesitaba acostarse pronto…

—¿Por qué desconfía de todo el mundo?

—¡Cállese! Intento contarle algo… No ose interrumpirme otra vez…

—Está borracho. Su historia comienza a ser difusa.

—Maldito estúpido… ¿Sufre sordera? ¡Intento explicarle que esa arpía me estaba utilizando para verse con él!

—Me sigue sorprendiendo la confianza que derrocha en sus parejas…

—Así que fui a hablar con el dichoso cocinero —prosiguió y noté cómo las palabras se le enredaban en la lengua—, y lo seguí hasta que me enfrenté a él… en el ascensor de este pasillo… El muy cobarde me mintió como un rastrero… y esta mañana ha aparecido muerto, colgado como un chorizo… Y, ¿sabe qué?

—No, sorpréndame.

El marqués hizo un círculo en el aire con los dedos.

—Los dos pasaron por aquí, por la puerta de su habitación… Hay cámaras por los pasillos que lo grabaron todo —respondió, terminó el segundo trago y apoyó el vaso en la mesa—, y ahora sé que hay policía investigando su muerte…

—El pasillo es muy amplio, señor marqués…

Entonces se puso en pie y se dirigió hacia mí. Retrocedí un paso

y me vi atrapado en la entrada. Sus largos brazos se extendieron y sus manos me agarraron del cuello de la camisa. Noté el aliento amargo del whisky en mi rostro y vi de cerca aquellos ojos encendidos y lubricados por el alcohol.

—¡Yo no maté a ese cabronazo, aunque no me habría costado nada hacerlo! —me gritó a la cara, echándome el amargo aliento a destilado—. ¡No me obligue a hacerle a usted lo que no tuve oportunidad con él!

Harto de tanta insolencia, lo agarré por las muñecas para quitármelo de encima, pero el tipo era más fuerte de lo que sospechaba y sus dedos parecían estar engarzados a mi ropa. Lo desplacé contra la puerta de la habitación, provocando un estrépito. Él me sujetó y me empujó contra la puerta del baño, clavándome la manivela en la espalda.

—¡Está chiflado!

—¡Es esa maldita bruja… que quiere hundirme la vida!

Aproveché el alarido para ganar terreno y lo empujé. Desplazar a aquel tipo, era como mover una estatua renacentista de mármol. Estaba siendo demasiado paciente con él y no quería llegar a las manos. Reflexioné sobre propinarle un porrazo para aventajarme, pero debía asegurarme de que el impacto fuera certero. De lo contrario, su respuesta podía ser aplastante y dejarme inconsciente.

—¡Por Dios, relájese! —exclamé, forzando sus muñecas—. La está pagando con quien no debe…

Los dientes apretados rechinaban en mis oídos.

—Esa perra del infierno me ha mentido… Trama algo… Lo sé…

La discusión estaba subiendo el tono y el ruido comenzaba a ser alarmante. Si no lograba amansarlo, Nadine saldría del baño y el espectáculo habría terminado.

Lo moví unos centímetros para alejarlo de mi cuerpo. Por un instante, noté el silencio y supuse que todo había llegado a su fin. Existe el momento en el que una pelea flota en el aire y los dos contrincantes se preguntan si existe alguna razón para continuar. Lo sentí en mi organismo y también en su mirada. La tensión se quedó suspendida. Debía ser cauto con mis palabras. Cualquier movimiento errático sería suficiente para avivar la chispa y prender la llama.

—Relájese, marqués… Está perdiendo los estribos…

—¡Esos dos han intentado asesinarme!

—¿Cómo puede estar tan seguro de tal disparate?

El hombre chasqueó la lengua, negó con la cabeza y me dio a entender que perdía el tiempo hablando conmigo. Después se acercó a mí, me apartó del estrecho pasillo que separaba el dormitorio del baño y abrió la puerta. Antes de marcharse, me lanzó una última amenaza:

—Caballero, le dirá a la policía que anoche estuvimos juntos.

Me froté la cabeza. Tanto vaivén había provocado el regreso de la jaqueca.

—Si usted es inocente… no tiene por qué temer.

—Ya me ha oído —respondió y apretó el puño—. Si no lo hace, espero que sepa nadar… porque me encargaré personalmente de tirarlo por la borda.

El marqués desapareció beodo, aunque capaz de andar con la poca clase que aún distinguía. Miré al techo, apoyé la espalda en la puerta del baño y me deslicé lentamente hacia abajo. Entonces Nadine abrió y caí de espaldas en el suelo. Desde ahí, las vistas eran hermosas.

—¿Se ha marchado? —preguntó, apurada.

—Sí… Casi lo consigo —respondí, poniéndome en pie. Me vi en el reflejo del espejo y encontré una versión mía muy deteriorada. Abrí la puerta de la estancia y la miré—. Será mejor que te vayas, por favor.

Ella cerró de un golpe y, a pesar de la flojera, me coloqué en una posición defensiva, pero la mujer me desarmó al instante, cayendo sobre mis brazos y dándome un apasionado beso que me llevó a otra dimensión. No entendí nada y me dejé llevar. Un beso no arregla los problemas, aunque ayuda a olvidarlos por unos instantes. Era lo menos que merecía después de haberla salvado y entendí que la tensión del momento había despertado sus motivaciones internas. Hay gente que se excita con un cortejo y otra que lo hace con las situaciones de peligro. Nunca entenderé a este segundo grupo, pero yo no soy quién para juzgar y menos para desaprovechar oportunidades como esa. Nadine me empujó contra la cama, me desabrochó el cinturón y se sentó encima de mí, levantándose el vestido. Sentí la sangre corriendo por todo mi cuerpo para encontrarse en el mismo punto. El corazón me latía con

fuerza y el cansancio me impedía pensar con nitidez. Ella me besó por segunda vez, ahogándome con sus manos, y se alejó unos centímetros. ¡Por Dios, cuánta pasión!, pensé y presentí que me quería transmitir algo:

—Gracias por protegerme, Gabriel —dijo con fluidez en un español marcado por su acento. A esas alturas, obvié que estaba al corriente de todo lo que había hablado con el marqués—. Eres todo un *gentleman*… El marqués es un hombre muy peligroso…

—Oye, espera…

Antes de que pudiera continuar, la mujer me propinó un puñetazo en la cara que no vi llegar. El impacto me dejó sin aliento y todo se volvió tan oscuro que perdí la consciencia.

28

Lo primero que vi, fue el mar y el balanceo de las olas, por lo que entendí que estábamos en movimiento. Desperté de un extraño sueño causado por la conmoción. Segundos después, recordé de forma difusa cómo había llegado a la cama: primero, ella. Después su amante y como colofón, un puñetazo en la cara me había dejado fuera de combate. Levanté unos centímetros la cabeza. No habíamos tenido sexo. Nadine ni siquiera me había desabrochado los botones de la bragueta. Me sentí aliviado y a la vez utilizado por esa mujer. Todo había sido parte de un plan retorcido con una finalidad sospechosa. Di un largo suspiro y me noté agotado físicamente, aunque la larga siesta me había ayudado a recuperar la compostura. Me puse en pie y las preguntas aparecieron en mi cabeza como un montón de burbujas en un refresco agitado. Debía encontrar a Alcázar. Algo en mi interior me indicaba que la muerte del cocinero seguía relacionada con él. La razón era evidente: había confundido el intento de envenenamiento del marqués con el suyo. Puede que ese aristócrata fuera un neurótico, pero si su explicación era cierta, lo más probable era que Alcázar hubiese tomado la justicia por su mano. El gerente ya había demostrado poseer un carácter áspero, violento y en ocasiones, incontrolable. ¿De qué era capaz un hombre que lo había conseguido todo y estaba a punto de perder lo que más deseaba? La desesperación nos lleva a hacer cualquier cosa. Después recordé la conversación con el capitán y su mención al fatídico episodio. ¿Sería la primera vez que Alcázar provocaba «un accidente»?, me cuestioné, poniendo en duda todo lo que había averiguado hasta el momento.

No disponía de tiempo para encontrar a Diego Mendoza y que me hablara sobre su trauma infantil, ni tampoco para saldar las cuentas pendientes con la mujer libanesa que, después de todo, se había marchado dejando un amargo sabor de boca.

¿Por qué, Nadine?, le pregunté al mar que veía por la ventana, como si este pudiera responderme. Durante muchos años, el Mediterráneo me había entregado las respuestas que necesitaba. Sin embargo, ahora parecía haber enmudecido para siempre. Reflexioné sobre ello, llegando a la conclusión de que, tal vez, la mujer estuviera con el marqués por otro interés y se hubiera dado cuenta de que vivía en una jaula de oro de la que no podía escapar.

«Lo siento, mujer, pero yo no soy tu héroe».

Tras unos minutos arreglando mi aspecto en el baño, abandoné la habitación en busca del director. En el corredor reinaba el sosiego y los ascensores funcionaban al ritmo habitual de las horas muertas. Deduje que habrían solucionado el agobio de la «avería» y que el teatro organizado por los agentes había sido un éxito. Me planteé dónde estaría Rojo y saqué el teléfono para llamarlo, pensando en que no me vendría mal tener refuerzos, en caso de que Alcázar respondiera de forma inesperada. Crucé el pasillo, busqué el número desde el que el inspector me había llamado y pulsé el botón verde. Lamentablemente, por culpa de mi despiste y de las últimas horas, el teléfono apenas tenía carga y se apagó en cuanto sonó el primer tono de llamada.

«Estupendo», lamenté, guardando el terminal sin enfadarme demasiado. La tecnología y yo nunca nos hemos llevado bien.

Bajé hasta la primera planta y llegué al exterior, preguntándome dónde se había metido todo el mundo. El barco estaba más tranquilo que en las horas previas a mi forzada siesta, pero era demasiado grande como para revisar cada rincón. Me asomé a la cubierta y la isla de Menorca quedaba tan lejos que parecía un punto negro en el horizonte.

De repente, sentí las palabras del señor Bravo en la nunca.

«*Tic, tac*, Caballero», me repetí con su voz.

Cerdeña sería el siguiente destino y no solo debía resolver lo ocurrido, sino evitar que el marqués me lanzara al mar. La situación se volvía incontrolable y comenzaba a dudar de cada uno de los comensales.

Regresé al interior, desorientado y sin ideas y me dirigí al casino del crucero, que se encontraba al otro lado del barco. La intuición me señaló que encontraría a más de un rostro conocido, ya que

aquel era el lugar idóneo al que acudir para matar el tiempo con dinero. Por fortuna, el olfato seguía agudo y no me falló. Una vez dentro, reconocí la americana roja del futuro dueño de la compañía, que estaba apoyado en una mesa donde jugaban al *blackjack*. Me acerqué y me coloqué a su lado. Diego Mendoza estaba acompañado de una mujer rubia, más alta y joven que él, que apoyaba sus largos dedos sobre el hombro del galán. Mendoza me saludó sin demasiado interés, pero aproveché la ocasión para abordarlo con educación y preguntarle por el director.

—Ni idea —espetó, mostrándome las palmas de las manos, atento a la partida que jugaban los demás—. Puede estar en cualquier lado. La planta del personal es su sitio, es el maestro de orquesta… Por cierto, ¿qué le ha pasado en la cara? Eso tiene mala pinta.

Lo había olvidado.

Seguía vistiendo la misma camisa manchada de sangre.

—Nada grave, un pequeño accidente.

—Debería verlo un médico —señaló con falsa preocupación. Después se rascó la cabeza, inquieto—. Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Inténtelo —respondí y me miró confundido—. Sí, adelante…

Mendoza le susurró algo a la mujer y esta desapareció, tomando dirección a la barra del bar. Después, se acercó a mí:

—Usted conoce bien a la señora Lagarde, ¿verdad?

Percibí un interés en sus ojos. No lo vi llegar, pero el morbo es una cuestión personal.

—Eso pienso —respondí y me fijé en su acompañante, que coqueteaba con el barman—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Mendoza entornó la mirada y sacó una sonrisa pícara.

—¿Podría conseguir que ella fuera mi pareja del baile de esta noche?

Diablos. Se me había pasado por completo.

—Le puedo dar su número de teléfono, si lo desea…

—No, ya tengo el número. No es eso…

—No lo entiendo. ¿Quiere que yo sea su alcahueta?

El tipo suspiró excusándose y se acercó para hablarme en un tono más privado.

—No me gusta ir detrás de nadie, ya me entiende… Eso

demuestra demasiado interés por mi parte. No quiero parecer un necesitado.

«Ni que te faltaran opciones… Conozco a los tipos como tú».

—La señora Lagarde es una mujer madura e inteligente —aclaré, a favor de mi jefa—. Presiento que tiene las cosas claras.

—¿Puede hacerme el favor o no?

—Sí, supongo… aunque ella tiene la última decisión.

—Genial —dijo, contento y se sorbió la nariz—. Siento curiosidad por su reacción… Me pregunto qué dirá al respecto…

—Tómese su tiempo.

Diego Mendoza parecía satisfecho con la transacción. La mujer regresó con dos cócteles en copas triangulares y le ofreció uno. Él me dio una palmada en el brazo y, sonriente, se meció la melena hacia atrás.

—Caballero, ¿verdad? ¿Quiere un trago?

—No, gracias… —contesté, sorprendido de que fuera capaz de recordar mi nombre y mi cara—. Hoy es mi día de abstención.

—Si hay algo que pueda hacer por usted, no tiene más que decírmelo… —añadió con una falsa cortesía, antes de darme la espalda, regresar a la partida y perderme de mi vista.

El millonario puede que recordara mi nombre, pero no tenía idea de con quién trataba. Antes de que me dejara por su acompañante, lo agarré por el antebrazo para impedir que se fuera. El gesto lo intimidó.

—La verdad es que sí que hay algo que puede hacer por mí…

—Por supuesto —dijo, sonriendo y manifestando la molestia en su cara, mientras se separaba de mí, moviendo las manos—. Dígaselo a mi secretaria o deje el mensaje en cualquier recepción. Si no le importa…

—Sí, lo necesito en este momento.

—¿Cómo? —preguntó, desconcertado.

Ahora era mi rostro el que dibujaba una sonrisa y el suyo el que se estiraba con extrañeza.

—Siento ser tan inoportuno… pero necesito que me cuente una historia sobre su pasado.

29

Nos apartamos de la mesa en la que jugaban al póker y su rostro empezó a arrugarse, a medida que le explicaba qué era lo que me interesaba saber de su pasado. Primero, le hablé de las asperezas que Alcázar tenía con el capitán y cómo este me había hablado del trágico y misterioso percance que había ocurrido veinte años atrás. Decidí guardarme su episodio traumático de comodín.

—¿Qué quiere que le cuente? Eso pasó hace mucho, ni siquiera lo recuerdo con claridad —explicó, dando sorbos nerviosos a la copa de cristal—. Fue un duro golpe para la tripulación y en especial, para mi padre… Una persona se quitó la vida y eso nos afectó a todos.

—¿En el barco? —pregunté sorprendido. La historia se repetía.

—¿Qué? ¡No! Ni hablar… Eso habría sido peor —expresó y se mostró dolido—. Lo peor de todo es que mi padre no me creyó.

—Lo siento, pero me he perdido…

Los ojos vengativos de Mendoza me observaron con desafío. Aún quedaba rechazo acumulado en el interior de ese hombre. No había sido capaz de perdonar.

—Esa mujer se quitó la vida por mi culpa… —confesó, dejando la copa sobre una mesa de roble y soportando el dolor que manifestaban sus arrugas. Quería pensar que estaba siendo real—. Yo era un adolescente, un poco revoltoso, algo canalla, como todos a esa edad… Reconozco que fastidiaba más de lo razonable, pero era el hijo del dueño… Eso sacaba de quicio a Alcázar, que iba subiendo posiciones como un cohete…

—Su enfrentamiento arrastra muchos años…

—Yo hice algo que no debía, pero él no tenía el derecho de castigarme de esa manera…

—¿Qué hizo?

—Era una noche como la de hoy. Alcázar iba a dar su primer

discurso como nuevo director y no quería que nada lo estropeara.

—Ni siquiera usted.

—Fue un plan preventivo… ¿Alguna vez lo han encerrado en el cuarto de las basuras?

Mi vida no era como la suya, aunque descubrí que las dos tenían algo en común. Sin embargo, ahora que se sinceraba conmigo, no iba a robarle protagonismo a su historia.

—Suena muy duro.

—Lo fue. A veces, parece que aún siento el olor a pescado podrido de la comida… —explicó y se frotó el mentón para darle más emoción a las palabras—. Podría haber vivido con eso, pese a todo.

—Pero…

—¿No se lo contó el capitán?

—Ese hombre no es muy locuaz, que digamos.

—Alcázar despidió a la empleada que me liberó del cuarto. Al oír los gritos, no dudó en sacarme de allí —explicó con melancolía —. Margarita era una de las pinches de cocina… y la despidió simplemente por sacarme de aquel maloliente zulo.

—¿Su padre no puso tierra de por medio?

Mendoza levantó las cejas, aún sorprendido por lo ocurrido.

—Margarita era una buena cocinera, pero no quería problemas… —respondió, lamentando el episodio—. Alcázar la chantajeó para que se fuera o, de lo contrario, despediría también a Manuel, su marido, que trabajaba como empleado en la sala de máquinas. El cabronazo la amenazó con hundirle la carrera laboral si abría la boca. La pobre mujer tuvo que tomar una decisión: salvar un puesto de trabajo o arriesgar dos.

—Menudo aprieto…

—El muy desgraciado se salió con la suya…

—¿Nadie se pronunció al respecto?

—No tuvieron tiempo… Poco más tarde, renovó la plantilla para que corriera el aire y prejubiló al marido. Lo peor de todo fue que, cuando eso ocurrió, Margarita había aprovechado el último servicio del esposo para quitarse la vida.

Las palabras me dejaron helado. Me fijé en la copa que el hombre aún sostenía en la mano y ansié pegar un buen trago. La crueldad y la falta de escrúpulos de algunas personas desconocen

los límites de lo humano.

—Lo siento, no conocía la tragedia.

—Supongo que es lo que quería escuchar, ¿verdad? Nunca me perdonaré que esa señora lo pagara con su vida.

—Ahora comprendo que quiera deshacerse de Alcázar.

—Se equivoca —dijo y me señaló con el índice—. Son negocios, no es personal. No busco venganza, solo hacer las cosas bien para no repetir los errores del pasado. Quiero lo mejor para la empresa y a las mejores personas. Ese cretino no lo es.

—¿Cree que Alcázar podría ser el responsable de la muerte de Sancho Rodríguez?

Mendoza me miró con aversión. Estaba cansado de la conversación.

—No, no lo creo… Es un acomplejado con el ego herido, pero incapaz de llegar tan lejos. Consígame lo que le he pedido, ¿de acuerdo? Yo he cumplido con mi parte.

La mujer se acercó a él, insistente. El tiempo de ausencia se había terminado. Lo agarró por la cintura y lo arrastró hacia la mesa.

Levanté las manos a modo de agradecimiento y desvié los ojos ante la mirada inquisitiva de aquel hombre. La escena era un tanto surrealista, con aquella rubia más alta que él arrastrándolo hasta la mesa de cartas para aprovecharse de su compañía.

—Así será, señor Mendoza… —dije al vacío, murmurando mientras veía cómo se alejaba—. Después de todo, usted es el que manda aquí… o pronto lo será.

30

Reconozco que el relato de Mendoza me consternó. Una experiencia como esa no se borraba con facilidad de la memoria. Debió de ser duro de afrontar para el niño, pero más para la mujer y el marido que perdió a su esposa. En ocasiones, la justicia no es más que una palabra vacía de contenido.

Abandoné el casino antes de que las luces de colores y el sonido de las máquinas de juego me sedujeran y me dirigí a la planta del personal, allí donde suponía Mendoza que encontraría al director. Algo en mi interior me indicaba que aquel hombre estaba equivocado. A diferencia de él, yo sí veía a Alcázar capaz de asesinar a una persona. Las pasiones personales nos llevan a extremos que creemos imposibles. Había logrado salir airoso una vez, por lo que tenía la confianza suficiente como para repetir un acto parecido o aún más macabro. Al fin y al cabo, ahora tenía más poder a su cargo y más hilos que mover cuando las cosas salieran mal. Me dije que debía andar con cuidado en cuanto llegara a las instalaciones. Si daba con él, estaba seguro de que no se alegraría de verme, después del trato recibido con anterioridad. Comprobé de nuevo el teléfono e intenté encenderlo, confiando en que la batería se hubiese recargado por arte de magia, pero no ocurrió nada. Desistí, pues no tenía tiempo que perder. En unas horas daría lugar la celebración del baile. Debía encontrar antes a Alcázar, o mis posibilidades de obtener su confesión serían nulas.

Llegué a la planta más baja y encontré una barrera de seguridad que me bloqueaba el acceso. En cierto modo, agradecí que esos hombres estuvieran ahí, ya que serían testigos en caso de que la suerte no me amparara. Tras la primera negativa para autorizarme el paso, les indiqué que iba de parte del señor Mendoza y que tenía un encuentro de suma importancia con el director. Bastaron unos segundos para que mis palabras surtieran efecto y uno de los

guardias me entregó una tarjeta de invitado.

—Lo encontrará en la parte final del pasillo.

Esta vez no sería tan fácil echarme de allí, pensé, sonriente y con cara de granuja.

Por los pasillos rezumaba poca actividad, aunque aquel era un factor que ponía la partida de mi lado. Me planteé dónde se habrían metido los empleados que se movían como hormigas por aquellas galeras modernas. Supuse que estarían preparando la cubierta del barco para que no fallara nada durante el baile. Esa noche, todo el crucero disfrutaría del gran evento del viaje y nada podía fallar, ni los espectáculos de animación, ni los fuegos artificiales, ni la banda musical que acompañaría la velada. Para muchos, no existía mejor modo de alcanzar la segunda parada en Cerdeña. Después de lo sucedido en Menorca, estaba seguro de que la tripulación trabajaría a destajo para agasajar y compensar a los clientes por los inconvenientes. Por otro lado, recordé que Lagarde me había hablado de la cena que celebrarían en lo alto del crucero. Una reunión a la que, por supuesto, no estaba invitado, y que haría olvidar el mal recuerdo de la primera velada. Fallo mío, lamenté, al no pedirle a Mendoza que me consiguiera un asiento en esa mesa. Si no lograba desenmascarar a Alcázar antes de la cena, era probable que no pudiera hacerlo más tarde. Estaba olvidando la operación que Rojo y Silvestri tenían entre manos. Un escándalo como aquel sería el broche final para que el barco quedara encallado en el puerto italiano, al menos, hasta que las Fuerzas de Seguridad aportaran algo de luz. El problema tomaría importancia europea, los pasajeros abandonarían el crucero y el fatídico final para Lagarde y para mí llegaría. Podía verle las orejas al lobo y no estaba preparado para cargar con más peso en la mochila emocional.

El movimiento de las agujas del reloj de Bravo retumbaba en mi cabeza.

A medida que cruzaba el largo pasillo del buque, el escaso personal desaparecía. Poniendo atención, podía oír el sonido de mis pisadas sobre la madera. El ruido de las máquinas era molesto. El corazón de aquel barco funcionaba a toda prisa, mientras que los clientes ignoraban lo que sucedía allí dentro. Un error y todo se iría al carajo, pensé, dando un vistazo al entorno. Las dudas empezaron a atacarme cuando me alejaba de la zona de actividad y llegaba a

un pasillo más extenso por el que corría una brisa helada. De pronto, me vi rodeado de cámaras de acero que parecían frigoríficos de gran tamaño. ¿Dónde diablos se escondía Alcázar? Deduje que era probable que me hubiese equivocado. Entonces oí unos pasos procedentes de una de las cámaras. El alboroto de las lavanderías y de los cuartos de máquinas hacían inapreciables otros sonidos. Curioso, me acerqué a una puerta de acero, que estaba abierta, con el fin de averiguar qué sucedía allí dentro.

—¿Quién hay ahí? —pregunté alzando la voz, con la esperanza de que me respondieran, pero no hubo éxito. Me adelanté unos pasos hasta el umbral y, tal y como había supuesto, la enorme cámara almacenaba kilos y kilos de carne que colgaban del techo o estaban colocados en estantes de aluminio. El aire helado me abrazó, provocándome un temblor en el cuerpo. Estaba seguro de que allí dentro se alcanzarían los diez o quince grados bajo cero. Los conductos de refrigeración expulsaban un aire que se pegaba a la piel como cuchillas afiladas. Sin alejarme demasiado de la entrada, aprecié entre las reses que colgaban, la silueta de un traje que se movía por allí.

—¿Alcázar, es usted?

El hombre desapareció por un tabique que me impedía ver más. A pesar de los pocos minutos que llevaba ahí dentro, el frío empezaba a ser incómodo.

Llené los pulmones y exhalé en silencio, observando cómo el suspiro se convertía en un vaho espeso.

Era mi oportunidad para tener un acercamiento con el director y obtener su confesión. Pero también lo era para terminar colgado de uno de aquellos garfios que salían del techo, como una pieza de carne en exposición.

La falta de calor me impidió guiarme por la razón y la intuición estaba adormecida en ese momento.

«No seas bobo», pensé.

Lo cierto es que la realidad siempre supera la ficción, pero estaba exagerando la situación. Siendo honesto, allí dentro no podía ocurrir nada malo.

Con los pies helados, caminé hacia el interior, intrigado por lo que encontraría al otro lado del tabique.

31

Para mi sorpresa, no había nadie tras la pared.

¿Dónde se había metido ese hombre?

De repente, me sentí observado como un ratón disfrutando de su queso, milésimas de segundo antes de que el cepo caiga sobre la cola.

—¡Oiga, usted no puede estar ahí! —gritó una voz a lo lejos, que retumbó por las paredes y pareció chocar contra la carne de la cámara.

El olor a fiambre congelado me repugnó, llevándome a un recuerdo lejano. Era como si estuviera de nuevo, muchos años atrás y más joven, sobre una trituradora de carne de tamaño industrial.

—¡Eh, usted! —insistió la voz.

Por suerte, el trance fue momentáneo. Las imágenes de antaño se desvanecieron y no dispuse de mucho tiempo para rememorar aquello.

Al girarme, vi unas botas de goma por debajo de la cabeza de un ternero. Oí otro ruido, un impacto de algo que se clavaba a escasos centímetros de mi cabeza. Me asusté y me eché hacia atrás, chocando con una plancha animal que no había visto. La sorpresa me hizo resbalar, mis pies patinaron y me deslicé unos centímetros, los suficientes para salvarme. Cuando moví los ojos para ver qué había sido, encontré un enorme cuchillo clavado en la carne.

Lo siguiente fue una sacudida que no vi llegar.

Antes de que reaccionara, la puntera de la bota me golpeó en la cara, haciéndome volar unos centímetros del suelo y arrojándome al interior de la cámara. Jadeé y di de bruces, pero el suelo helado me mantuvo consciente. Por detrás, advertí cómo las pisadas se alejaban.

Delante de mí, vi unas gotas de sangre. Me toqué la cara y comprobé que era mía. Tenía los dedos manchados. Ese desgraciado

me había provocado un coágulo en la nariz, pero no sangraba demasiado y sabía que sobreviviría. Saqué un pañuelo del bolsillo del pantalón y me taponé el orificio.

—¡Eh! —exclamé, sintiendo mi voz en las paredes de la cámara.

¿Qué había sido eso?, me pregunté cuando oí el estrépito de una compuerta al cerrarse.

Un fuerte sentimiento de ansiedad me atrapó.

No era así como lo había imaginado, pero mis peores pronósticos se habían cumplido.

—¡Ayuda! —exclamé desesperado.

No tenía tiempo para detenerme a pensar quién me había encerrado allí dentro, pero las botas de goma me habían desconcertado. Estaba seguro de que Alcázar jamás usaría esa clase de calzado.

Grité con todas mis fuerzas y comprobé que el sonido no salía de aquellas paredes. Los pulmones se me cerraron. Corrí hacia la puerta cerrada y golpeé con fuerza para llamar la atención. De nada sirvió. El mecanismo era electrónico por lo que no podría salir de allí sin una tarjeta de acceso. Eché un vistazo a mi alrededor y no vi nada más que piezas de carne. Si no me daba prisa, acabaría convirtiéndome en el plato estrella del crucero.

Solomillo *caballeresco* o algo peor: sustento para los tiburones.

«Piensa, Gabri, piensa, demonios».

Refunfuñé. Me dejé la voz en un último intento y de nada sirvió. Recorrí la sala en busca de un termostato con el que regular el frío, creyendo que eso me ayudaría a ganar tiempo. Por desgracia, el sistema de refrigeración estaba conectado a un ordenador central que estudiaba y manejaba los cambios de temperatura de la cámara. Busqué un mechero entre mis pertenencias, pero hacía años que ya no fumaba. Maldita tecnología y maldita la hora en la que dejé el tabaco para siempre. La existencia estaba llena de contradicciones. De haber seguido matándome con el humo y la nicotina del tabaco, aquel cigarrillo me podría haber salvado la vida, disparando el extractor de humos.

«Mantén la calma y no pierdas la sensatez».

Pero mis silenciosos pensamientos no me ayudaban a calmarme.

Desconocía qué hora sería, ni cuánto tiempo quedaba para la cena. Intenté calcular el periodo que había trascurrido entre mi

encuentro con Mendoza y la llegada a esa cámara. El frío me agarraba los huesos como unas tenazas y los apretaba hasta hacerlos crujir. Sin agua y sin más abrigo que la camisa de algodón fino y los vaqueros que vestía, no aguantaría mucho tiempo encerrado. Lo peor era que, si los menús de la noche ya estaban en las cocinas, nadie entraría allí hasta el día siguiente.

—Dios Santo… —murmuré en voz alta.

El barco era demasiado grande como para que Rojo me encontrara sin previo aviso. Tenía que seguir intentándolo.

Estudié las únicas salidas que había para abandonar la enorme cámara. Las hélices de los conductos de ventilación se movían lentamente en lo alto de una esquina. Debido a la construcción del crucero y a la poca altura de los techos, los ventiladores de refrigeración estaban en una disposición más baja de la habitual. No sabía nada sobre el funcionamiento de las instalaciones, aunque supuse que aquel agujero estaría conectado con otras salas. Lo cierto era que, en ese momento, lo último que me importaba era a dónde me llevaría, siempre y cuando evitara morir congelado. Me acerqué para comprobar la altura y estiré el brazo. Las yemas de los dedos me alcanzaban al conducto de aluminio, pero no lograba tocarlo con la mano entera. Necesitaba un soporte para ganar unos centímetros de altura.

Por desgracia, estaba rodeado únicamente de carne.

Entonces se me ocurrió una idea.

¿Era capaz de mover una vaca?

Solo había una manera de averiguarlo.

Un rato después, con esfuerzo, frío y agotamiento en el cuerpo, logré sacar el gancho del que colgaba una pesada res. El impacto contra el suelo generó un estruendo, pero había logrado solucionar el primero de mis problemas. Repetí la hazaña con el segundo pedazo de carne y me llevó menos tiempo que con el anterior. Era rápido aprendiendo con los errores de la primera vez, aunque en ciertos ámbitos de la vida siguiera tropezando con la misma piedra.

Empujé la carne hacia el rincón, sintiéndome mal por lo que estaba a punto de hacer. De algún modo, iba a pisotear a esos pobres animales, aunque no sufrirían por ello, ya que hacía tiempo que habían dejado de sentir. Desviviéndome por colocar uno encima del otro, logré subir sin resbalarme y accedí a las rejillas por

las que salía el aire gélido.

Las manos se me arreciaron al colocarlas delante de las cuadrículas de metal, pero apreté la mandíbula y empleé la poca energía que me quedaba para arrancarlas. Acompañé la acción con un grito gutural y saqué de cuajo la reja que protegía las hélices del exterior. Por fortuna, el movimiento de las aspas era lento y estas eran de plástico y no de acero. Entre medias, había espacio para un cuerpo delgado como el mío, siempre y cuando me arrastrara hasta llegar al fondo. Lo único que precisaba era un poco de impulso y que el conducto no se viniera abajo a causa de la fuerza empleada.

Medité la decisión durante unos segundos. El espacio del tubo de ventilación era claustrofóbico y no generaba sensación alguna de seguridad. Había visto aquella escena tantas veces en las películas de acción, que siempre había pensado que sería más sencillo. Pero no era así. Meterse allí dentro parecía de lo más peligroso. Sin embargo, estaba desesperado y no existe sentimiento más poderoso que el miedo a la muerte para que luchemos por nuestra vida hasta el último aliento.

Miré hacia atrás por última vez, observé la puerta al otro lado de la cámara, noté el silencio del exterior y el efluvio a carne cruda y conservada. Si me quedaba allí, nadie vendría a por mí. Era probable que no me encontraran hasta días después: tarde, mal y muerto.

Tragué saliva, tomé impulso y me elevé con vigor hasta que logré introducir medio cuerpo en el interior del conducto. Esa era mi única vía para llegar a alguna parte.

Allí dentro estaba oscuro y apenas podía ver el final. El frío me aplastaba el cuerpo como si fuera una loncha de fiambre entre dos rebanadas de acero. Me deslicé lentamente, asegurándome de que no caería al vacío y comprobé que el conducto lograba aguantar mi peso.

En ese momento me pregunté por cuánto tiempo lo haría.

Seguí avanzando centímetros, desplazándome con dificultad, soportando el lacerante dolor del aire glacial sobre mi rostro y el resto del cuerpo y alejándome del resplandor de la cámara frigorífica.

Oré para que la primera salida estuviera próxima y entonces oí una algazara, a lo lejos, de personas que hablaban algo que me

resultaba ininteligible.

A pesar de lo poco que había avanzado, me sentí agotado, sin fuerzas, pero no iba a tirar la toalla tan rápido.

Lo haría por mí, por Lagarde y porque alguien intentaba borrarme del mapa encerrándome allí. Probablemente, pensé, sería la misma persona que había terminado con la vida del cocinero.

Pagaría su penoso intento por callarme con venganza y nada me detendría hasta desvelar su identidad.

Aquellas botas de goma no estaban hechas para caminar.

Había llegado el momento de salir de allí.

32

Avancé guiándome por el guirigay de la conversación, como un roedor hechizado por el fuerte olor a queso. Cuando llegué a una bifurcación, tuve que elegir: había dos caminos y uno de ellos expulsaba el aire gélido que me daba en toda la cara. Me sentía desorientado y no lograba ubicarme mentalmente. Giré a la izquierda, con la esperanza de que me llevara a la sala de la lavandería. La potencia del aire comenzó a menguar, aunque el estrecho conducto siguiera congelado como un témpano. Poco a poco, sentí un ligero olor a comida que llegaba de alguna parte. Aquel aroma me guiaría hasta una de las muchas cocinas del buque. ¿Era allí donde preparaban las provisiones de los trabajadores? Hacer una aparición estelar, no sería del agrado de los vigilantes.

A medida que me acercaba al jaleo, este se volvía más agresivo. Las voces retumbaban en mi cabeza, entrando y saliendo del túnel de metal. ¿Me estaba quedando idiota?, me pregunté, sabiendo que, tal vez, era ya tarde para encontrar una solución. Moví las rodillas, levantando los pies del suelo. De repente, algo se cruzó en el paso. La maldita esquina me impedía doblar la punta del zapato. El conducto tembló y comenzó a perder estabilidad.

—Oh, no… —murmuré, temiendo el peor de los finales.

Me agarré como pude y noté que algo se desprendía del techo. Después percibí a alguien desde el exterior, advirtiendo de mi presencia. El problema no era caer al vacío, sino hacerlo encima de una olla de caldo hirviendo. Sin darme cuenta, agitado por los nervios y el desconcierto, la temperatura de mi cuerpo pasó de frío a calor en cuestión de segundos. Ahora sudaba, el corazón me latía con la misma fuerza que el motor del crucero y pronostiqué que mi vida pendía de un hilo.

En realidad, era más poético: pendía de un tubo de ventilación.

Entonces oí un crujido. El peso de mi cuerpo separó el último

clavo del techo y el conducto se descolgó en diagonal. El estruendo me agitó, los tornillos del tubo de aluminio se separaron y la superficie se despegó, provocando que el túnel se partiera en dos. En ese instante, sentí que me deslizaba abajo como un niño en un tobogán. Todo pasó tan lento que tuve tiempo para rezar una última oración.

La suerte aún no me había dado la espalda.

La fuerza gravitatoria me dejó caer en medio de un enorme comedor, tal y como casi había imaginado, a diferencia de que los fogones habían sido reemplazados por amplias mesas en las que comía el servicio de empleados del barco. El impacto contra el tablero fue doloroso, pero me alegré de recuperar la sensibilidad de mis extremidades. Con el impacto de la caída volaron varias bandejas de comida. Algunos platos se rompieron en el suelo, formando una desagradable sinfonía de golpes secos y afilados.

El aterrizaje fue duro. Mi cuerpo rebotó en la mesa y rodé hasta el suelo, provocando un instante de anarquía en el interior de aquel enorme comedor. No me había dado tiempo a recomponerme y ya sentía las pisadas de un grupo de hombres acercándose a mí. El sonido apresurado de sus pasos me advirtió de los problemas. Una mano me agarró del pescuezo, poniéndome en pie y sentí un enorme brazo que me cruzó desde el cuello hasta el interior de un codo para neutralizar mis movimientos.

De pronto, el silencio reinó en la sala. Todos dejaron lo que hacían para dirigirse a mí. Sentí el aliento de la incertidumbre. Las miradas de los trabajadores me observaban con atención. No hacía falta ser un genio para comprender que había desatado la furia de aquellos tipos.

—Espero haber llegado a tiempo para los postres.

El guardia me impedía cualquier tipo de movimiento y oprimía su bloqueo con saña para hacerme más daño.

—¡Eh! ¡Cuidado! —exclamé, arrastrado por la fortaleza del enorme centinela—. ¿Qué diablos es esto?

Con paso firme y furioso, los varones se apartaron, como si de un general se tratara, y formaron un pasillo para que el mandamás del barco se apostara delante de mí.

Allí estaba él, con el gesto estirado y el ceño fruncido. Alcázar me contemplaba con repulsión. Eso era lo que le producía mi figura.

Asco e impotencia, más que otra cosa, y comprendí que no era él el hombre que había intentado matarme, cuando me fijé en su calzado y comprobé que no llevaba botas de goma, sino unos zapatos negros bien lustrosos.

—Es él, señor —comentó uno de los vigilantes de seguridad—. Intentaba escapar por el conducto de ventilación…

—Tú… —comentó, entre dientes, haciendo alarde de su profesionalidad para no romperme la crisma—. Se acabó… Arrestadlo.

—¡Eh, eh! ¿No vais a dejar que me explique? —pregunté, zarandeándome, buscando deshacerme de las manos que me apretaban con firmeza—. ¡Han intentado asesinarme!

Ellos me miraban como a un pobre estúpido.

—Ya me habéis oído —respondió el gerente e hizo un gesto con la mano—. Lleváoslo. No puedo con él.

—Dejadle que hable… —intervino una voz rasgada por los cigarrillos, sorprendiendo a todos los que estábamos presentes. Suspiré aliviado. Pensé que mi ángel guardián había acudido a mi rescate. Los vigilantes hicieron un hueco y entonces reconocí la silueta del capitán del barco—. ¿Y, bien? ¿Cómo espera justificar todos los daños que ha causado, señor Caballero?

Pero me equivoqué, cuando vi que el capitán solo estaba allí para dar el estoque final. El bigote tenso, los brazos cruzados y una mirada fría y sin compasión, me advirtieron de que ninguno de esos sujetos estaba dispuesto a creerme.

—Ya se lo he dicho… —respondí, a pesar de que mis probabilidades por salir airoso fueran nulas—, sé que resulta inverosímil… pero alguien me ha encerrado en la cámara frigorífica… La única manera de evitar la hipotermia ha sido escapando por el conducto del aire…

—De ser eso cierto… —comentó el capitán, poniéndome en evidencia ante su gente—. ¿Por qué no ha solicitado ayuda?

—Se equivoca de pregunta, capitán —intervino Alcázar—. Lo que todos queremos saber es qué diantres hacía ahí dentro… O, mejor dicho, ¿cómo diablos ha burlado la seguridad de la planta por segunda vez? No me obliguen a buscar culpables…

—Iba detrás de usted —respondí, llamando la atención del director—. Diego Mendoza me aseguró que lo encontraría aquí.

—Yo no tengo nada que hablar con usted. De hecho, esta será nuestra última conversación.

—¿Con qué motivo, Caballero? —quiso averiguar el marino, con interés.

—¿Le va a seguir el juego a este patán?

—Le he preguntado a él, no a usted, Alcázar —respondió, firme, provocando una ligera risa entre sus hombres—. Si lo van a arrestar, debemos estar seguros de ello. Este es mi barco y soy el responsable de la última decisión, no lo olvide.

—Esto es alucinante… —respondió Alcázar, mordiéndose el labio y apretando el puño bajo la manga del traje para esconder la rabia—. Esta noche se celebra el evento más importante del crucero y estamos perdiendo el tiempo con un demente que no ha hecho más que causarnos problemas y generar malestar entre todos los que estamos a bordo… No pasaría nada si tan solo lo encarceláramos hasta llegar a puerto…

—¿Esa es su solución para todo, encerrar a la gente? —pregunté desafiante, provocando en él un cambio de actitud. El puño izquierdo se abrió y cerró el derecho. Sentí que estaba cerca de cruzar sus líneas rojas—. No soy un bebé, conozco mis derechos…

La situación estaba empeorando y la tensión en el ambiente podía volar por los aires aquella conversación. Una presencia nos interrumpió. Dos oficiales irrumpieron en el comedor y todas las miradas se desviaron hacia el sonido de las pisadas. Uno de ellos se detuvo ante mí y el otro le susurró algo al capitán.

—¿Es usted el huésped de la habitación 307?

Miré de reojo y quise saber si me estaban tendiendo una trampa.

—Ahora, ¿qué? —preguntó el gerente con expectación. Algo me indicaba que el desenlace acabaría a su favor.

Asentí con la cabeza, incapaz de mentar palabra y la mano fornida del oficial me agarró del bíceps, liberándome del guardia que me sujetaba por detrás.

Los dos oficiales miraron al superior y este juntó el entrecejo con enfado y decepción.

—El director tiene razón. No podemos poner en juego la seguridad del barco.

—Entonces protéjanos de este hombre —contesté, señalando a Alcázar.

—Está arrestado, señor Caballero —respondió el oficial que acompañaba al capitán—. Tendrá que aclararle muchas cosas a la Policía cuando lleguemos a puerto.

—¿Qué infamia es esta?

—Hemos encontrado en su habitación un pedazo de tela que pertenecía al traje de Sancho Rodríguez —agregó el segundo—. Tras revisar y comprobar las cámaras de vigilancia, hemos descubierto que usted forcejó con Rodríguez la noche de su muerte. Deberá explicar muchas cosas…

—¡Lo sabía! —exclamó Alcázar, negando con la cabeza y señalándome con el índice—. Maldito bastardo…

—Pe… pero, eso no es cierto… —balbuceé, nervioso, acechado por las miradas incrédulas de los hombres que tenían delante. Me sentí juzgado y a punto de ser atacado por una bandada de cuervos —. Es decir, sí, estuve con él…

—Suficiente —dijo el capitán—. Ya saben dónde meterlo…

—¡Capitán! —bramé desesperado en una última llamada de auxilio—. Debe creerme…

El hombre acercó su bigote a mi rostro y me clavó la mirada azul marina, dejándome oler el tufo a nicotina que desprendía su ropa.

—No vuelva a dirigirse a mí… jamás.

El marino y sus hombres abandonaron el comedor los primeros y los guardias me agarraron por la espalda. De repente, todo parecía volver a la normalidad, a pesar del destrozo que había allí dentro.

—Que alguien limpie todo esto… y que llamen a los técnicos para que reparen el conducto… ¡Y rápido! —indicaba Alcázar, metido en su papel. Después, aprovechó que seguía inmovilizado para dedicarme unas últimas palabras—. La has pifiado, pero bien… y me alegra que te hayan cazado… Te has buscado la ruina, miserable… y ni ese amigo tuyo, el policía, va a salvarte de esta…

—¿No lo entiende? Alguien intenta terminar con su vida, no con la mía.

Por un instante, Alcázar se quedó pensativo y vaciló antes de responder, pero el efecto de mis palabras duró bien poco. Con descaro y soberbia, me dio una palmada en el rostro.

Odiaba eso como pocas cosas en el mundo.

—Anda, será mejor que te preocupes por cómo acabará la tuya.

33

El maltrato que recibí fue lo más parecido a salir de una discoteca por la fuerza. Los vigilantes me lanzaron al interior de la habitación como a una bolsa de basura. Después la puerta se cerró, dejándome abandonado allí dentro. Mi aspecto no era el mejor, sino al contrario, con la camisa arrugada y manchada. Un fuerte sentimiento de impotencia me atravesó el cuerpo. Estaba aturdido, sofocado por lo todo lo que había sucedido y desalentado de seguir a contracorriente. Me dolían las articulaciones y sentía cómo los músculos se me habían entumecido tras la exposición al frío. Suspiré profundamente y sonreí apenado. Después de todo, aquel no era un calabozo como el de las comisarías. Los barcos como ese no tenían semejante cosa. Todo lo que podían hacer era encerrarme en una habitación parecida a las que había disponibles para los empleados y esperar a que llegáramos a tierra firme. Allí, entre cuatro paredes, Alcázar se aseguraba de que no le generara más apuros.

Sin embargo, ahora, el problema lo tenía yo.

Había perdido la fe en el capitán, como también en las posibilidades de encontrar al asesino.

Pero… ¿quién podría ser?, me pregunté, derrotado.

Tardé un rato en apreciar el interior del camarote. Era estrecho y tenía una cama pegada a la pared, en la que también había un pequeño ojo de buey que funcionaba como ventana. El agujero estaba a la altura del mar y se podía apreciar la línea divisoria, en constante movimiento, que separaba el exterior del mundo submarino. Al otro lado de la habitación había un pequeño cuarto de baño, mucho menos acogedor que el que había tenido en mi estancia: un inodoro, un lavabo incrustado a la pared y un plato de ducha cuadrado. Minimalista, pobre y suficiente. Me apoyé en el somier y me tumbé a lo largo para reflexionar, consciente de que

pasaría unas cuantas horas allí. Era probable que Alcázar no abriera la puerta hasta la mañana siguiente. Para entonces, también era posible que el director no estuviera vivo para contarlo.

«Pobre muchacho», pensé, recordando el relato de Mendoza. En general, los recuerdos de ese tipo eran imborrables de la memoria, como muchas de las experiencias que sufrimos por desavenencias de la vida y que guardamos en un arca del subconsciente, deseando no abrirla jamás. Un cajón que ocupa espacio y que nos recuerda que sigue ahí.

En el fondo, Alcázar no merecía otro final.

No me apetecía insistir, ni dar más explicaciones al servicio del buque, por lo que ignoré algunas de las voces que se escuchaban, lejanas, al otro lado de la puerta acorazada. Pese a la indiferencia impostada, algo en mi interior me forzaba a evitar la muerte del gerente, por muy cretino que fuera. Tenía el presentimiento de que el asesino atentaría contra Alcázar esa noche, por última vez y por todo lo alto, después de haberlo intentado en dos ocasiones. Y ni yo, ni nadie, estaría presente para evitarlo.

Sentí una corazonada, acompañada de un latigazo de responsabilidad por no haberme dado cuenta del error antes. ¿Cómo lo había ignorado?, pensé, tocándome la nuca, donde se había formado una costra de sangre reseca. Recordé las puntas de goma de las botas de esa silueta. Con tanta gente a bordo, dar con ese par de botas era como encontrar una aguja en un pajar. Seguí buscando una respuesta, a pesar de la jaqueca. Rebobiné la cinta mental de los recuerdos, una película vaga mezclada por el alcohol, la resaca, los golpes físicos y la falta de sueño. Desde el principio había sospechado que Alcázar se había despojado del cocinero, hasta que me di cuenta de que ese imbécil ladraba, pero no mordía. Después supuse que había sido el propio marqués de Rocanegra, guiado por un ataque de celos, quien había ahorcado con sus manos al chef. Sin embargo, cada hipótesis se caía con facilidad. Alcázar era un cretino, el marqués un paranoico, pero ninguno era capaz de mancharse las manos.

Desde el principio, no había podido estar más equivocado.

El marqués de Rocanegra me había confesado sus miedos en el interior de la habitación, refiriéndose al ataque por intoxicación que el chef había cometido contra él. Por un breve espacio de tiempo y

antes de que mi cuerpo se arrastrara por un conducto de ventilación, toda mi atención se había concentrado en esa experiencia. Era evidente: el intento de envenenarlo con una sopa había tenido sus consecuencias. Por desgracia, las distracciones me habían desviado de lo elemental, tomando por hipótesis principal la aventura entre el cocinero y la amante del Líbano.

Todos los puntos conectaban con ella y sin embargo, Nadine parecía huir del acecho de una tercera persona.

¿Quién era y qué hacía ella realmente allí? La pregunta se respondió a causa de la inercia del proceso deductivo. No es más ciego el ciego, que el que no quiere ver, y esa mujer se había figurado mis intenciones en todo momento. Distrayéndome y colocándome en el centro de atención, su plan continuaría entre bambalinas.

Rojo y Silvestri debían estar al corriente de mis avances. Era ella a quien buscaban y el marqués no era más que un títere de esa mujer.

Los hilos que unía en mi cabeza comenzaban a tener sentido. Dejé a un lado a Nadine y me prometí ajustar cuentas con ella cuando la encontrara. Después decidí concentrar todos mis esfuerzos en el asesino que seguía en el barco. Descarté el romance entre el chef y esa mujer, y planteé la posibilidad de que el cocinero también hubiese muerto por accidente: daños colaterales a causa de un mal cálculo, o puede que de varios. El asesino conocía bien el funcionamiento del crucero y se movía por él como pez en el agua. Sin embargo, solo el personal autorizado era capaz de hacerlo. Mendoza me había guiado hasta la cámara de congelado porque sabía dónde encontrar a Alcázar. No obstante, no era el único que iba tras él. Nadie esperaba que me plantara allí y eso cambió la secuencia prevista de los hechos. Mi intervención truncó los planes del presunto homicida y fui yo quien pagó las consecuencias. De no haber aparecido a tiempo, ahora el director estaría contando sus últimas horas a bajas temperaturas.

—Maldita sea… —murmuré cuando escuché unos pasos que se dirigían hacia la habitación. Las voces lejanas habían desaparecido. Di un vistazo en derredor y no encontré nada con lo que defenderme.

Tragué saliva, el corazón me latía como un ariete pesado.

Entonces los pasos se detuvieron ante la puerta.

Guardé silencio. El habitáculo carecía de mirilla, por lo que, comprobar quién había al otro lado, me resultaba imposible.

Cuando las pisadas ya no se oían, una llave entró en la cerradura, se giró y empujó el pestillo atrás. Mis ojos seguían cada movimiento, como los de una presa que siente los pasos del depredador.

Cuando la puerta se abrió, no entendí nada.

34

El inspector Rojo llegaba acompañado de la agente italiana y del capitán del barco. Los tres me acechaban como quien contempla perplejo una fiera cautiva por primera vez. Me resultó complicado averiguar quién había convencido a quién para visitarme, pero lo cierto era que no estaban allí por azar. El capitán sujetaba el juego de llaves que abría la puerta, por lo que supuse que tenía el control de mi libertad. Rojo y su compañera guardaban silencio, a la espera de que comenzara a hablar. A pesar de ser un bocazas y de no callarme ni debajo del agua —y allí se podía decir que estábamos casi sumergidos—, no supe cómo responder ante la visita.

—¿Qué hace aquí?

Fue todo lo que pregunté.

El capitán suspiró y después llenó los pulmones. Por la tirantez de las puntas de su bigote, aprecié la preocupación que lo marcaba.

—El inspector insiste en que usted es incapaz de matar una mosca.

Me rasqué el cuello, sintiendo entre vergüenza y alivio.

—La Policía sabe de lo que habla.

—Será mejor que te guardes las ocurrencias —añadió Rojo, observándome serio—. La noche que Sancho Rodríguez visitó tu habitación… ¿Por qué nos lo ocultaste?

Me fijé en Rojo y en su mirada, que albergaba la certeza de encontrar una explicación. Por el contrario, la italiana me vigilaba con ojo avizor, como quien contempla el final de una película llena de sorpresas. Por último, avisté de reojo al capitán y noté un brillo especial en sus ojos. Había algo diferente en él a lo que había transmitido en los comedores de los trabajadores.

—No fui el único que trató con él. El marqués también estaba allí.

—Pero solo forcejeó contigo. ¿Por qué lo seguiste?

Tragué saliva.

Confesé que fue un error.

—Cuando vi al marqués, enorme y decidido a machacarlo, no tuve otra opción que advertirle.

—¿Qué pasó después? —preguntó el capitán.

El marino no buscaba una explicación que me exculpara del asesinato, pues su semblante parecía indicar que tenía sus propias quinielas.

—Los perdí. Así de simple… pero nadie quiere escucharme… Ni siquiera sabía en qué habitación dormía.

—Supongamos que sí lo hacemos —corrigió, ahora interesado en mi testimonio—. Después de la muerte de Rodríguez, ha estado metiendo las narices en los asuntos de Alcázar. ¿Por qué razón?

—Sospechaba que él lo hubiera hecho.

—¿Y ya no?

—Además de hablar con usted, reuní diferentes razonamientos que me encaminaron a él —expliqué, bajo la supervisión de los policías—. De primeras, pensé que el carácter lo había llevado a perder el control, pero me equivoqué…

Las últimas palabras provocaron un acto inconsciente en el capitán, que se tocó las puntas del bigote.

—¿En qué se basa para decir eso?

—Usted me lo dijo y el señor González me lo confirmó. Alcázar es un cretino… incapaz de matar a nadie. Sin embargo, la persona que buscamos no tiene ninguna clase de reparo por intentarlo una vez más…

—¿Qué quiere decir?

—El señor González me guio a la planta de abajo, donde me dijo que encontraría a Alcázar. Supuestamente, él estaba allí, pero llegué antes de lo esperado y sorprendí al verdugo…

El capitán abrió los ojos como platos.

—¿Podría reconocerlo? ¿Le vio el rostro?

Negué con la cabeza.

—Llevaba unas botas con las puntas de goma, un calzado inusual para el director de un barco como este… así que sospecho que formaría parte del personal…

—Técnico —matizó, terminando la frase—. Esa clase de botas las llevan por si hubiera una fuga de agua… La goma es un mal

conductor eléctrico.

De repente, sentí un caluroso golpe en el cuerpo que me obligó a apoyarme en la pared. Las imágenes se repitieron en mi cabeza, ahora de manera nítida.

—¿Estás bien, juntaletras? —preguntó Rojo al socorrerme y se dirigió al capitán—. ¿Tiene una pastilla para los vértigos?

El sofoco no lo había producido la marea, sino la resolución del caso.

—¿Me puede mostrar esa fotografía otra vez?

Extrañado, el capitán sacó la cartera y me entregó el pequeño recuerdo.

Ansioso, busqué entre los rostros de la primera fila y no lo encontré. Después, pasé con la mirada a la segunda y, junto a una mujer con el cabello ensortijado, recordé una frente y unas arrugas que había visto antes.

—Ellos —señalé—. ¿Quiénes son?

El capitán tragó saliva con dureza y frunció el ceño, desconfiado.

—Margarita y su marido. ¿Es otro de sus trucos para seguir removiendo la mierda?

—¡No, espere! —dije y le toqué el antebrazo. Su reacción fue positiva y no me contestó de manera hostil. En ese momento lo vi todo con claridad: el dolor que guardaba por lo sucedido, el arca escondida en el fondo del mar de su corazón—. Siento tener que hablar de ello, pero es importante… Diego Mendoza me contó el suceso y lo que ocurrió con esa mujer… Sé que no quiere volver a nombrarlo… Es la misma razón que lo ha traído hasta aquí…

El capitán apartó el brazo, suspirando, y esperó a escuchar lo que iba a explicarle, antes de propinarme un puñetazo. Rojo arqueó una ceja y leí sus pensamientos: «Más vale que sepas lo que haces, listillo».

—Es él —indiqué, señalando su rostro en la fotografía—. Lo he visto antes, aquí, en el barco… Es él quien está detrás de todo lo que sucede…

El rostro del capitán se arrugó. Había azuzado su enfado.

La mano me agarró con firmeza del cuello de la camisa.

—¿Cómo se atreve, desgraciado?

—No he terminado…

—Más vale que te des prisa, Caballero —añadió Rojo,

carraspeando con apuro.

—Me he cruzado con este hombre en varias ocasiones —proseguí, a pesar de las reticencias del capitán y de sus ademanes, para golpearme y largarse. Un presentimiento lo mantenía allí escuchándome—. Nuestro sospechoso conoce las entrañas del barco como si fuera su propia casa… Tiene acceso a las cocinas, sabe cómo trabaja cada departamento y se mueve por aquí como pez en el agua… Pero lo más sorprendente es que nadie cuestiona su presencia. Muy pocas personas tienen ese poder… y usted es una de ellas.

Mi explicación no fue lo exacta que hubiese deseado.

Sus ojos se entornaron. El capitán había malentendido mis palabras.

—¿Me está acusando, bastardo?

—No, capitán…

—¿Entonces, a dónde quiere llegar? Es improbable lo que dice…

—Deje de engañarse y de protegerlo… Hemos estado todo este tiempo detrás de la persona equivocada… —continué, llenándome de valor para decir aquello—. Ese hombre no quería quitarle la vida a Rodríguez y de hecho, dudo que lo hiciera él… Su intención era la de envenenar a Alcázar para que pagara por haberle destrozado la vida… Más tarde intentó encerrarlo, como hizo el director con Mendoza, poco después de esa foto, a diferencia de que Alcázar iba a morir congelado… Supongo que al director le acompaña la suerte, porque tampoco lo consiguió.

—¿Y cómo explica el retal que encontraron en su habitación?

Sonreí. También había sido él.

—Durante el forcejeo, le descosí el logotipo al cocinero, lo agarré con la mano sin querer… —confesé—. Más tarde lo tiré a la papelera de la habitación y no le di más importancia hasta que, a la mañana siguiente supe de la tragedia… Sabía lo que venía después e imaginé que las pruebas me culparían a mí… así que decidí actuar con rapidez.

Rojo carraspeó otra vez. Su mirada de rechazo lo decía todo.

«Eres una sabandija, Caballero».

—Cuando quise recuperarlo, el servicio de habitaciones había limpiado mi estancia. Desesperado, me colé en las lavanderías, aunque no llegué a tiempo…

—Espero que su abogado lo defienda mejor…

—Le estoy contando lo que sucedió. Puede creerme o esperar a que la responsabilidad caiga sobre usted… Se lo repito, ese hombre sabía lo que sucedía… juraría que también fue testigo de todo y por eso quiso apartarme de sus planes para que no fuera un incordio…

El capitán me miraba decepcionado.

—Tiene demasiada imaginación para una película tan mala. ¿Y dice que se dedica a la ficción?

—Escúcheme… El asesino no está delante de usted, sino en el interior de este crucero… —respondí, calmándolo con la voz, dándole esperanzas de terminar con la pesadilla y sembrándome la posibilidad de quedar en libertad—. Debemos encontrarlo antes de que lleguemos a puerto. De lo contrario, desembarcará en Cerdeña y lo perderá para siempre…

—Y dígame, señor escritor… ¿Qué pasará con Alcázar?

—Nuestro hombre no bajará del barco hasta que lo vea agonizar…

Por fin, el marino reaccionó y se dirigió al inspector.

—¿Confía en este mentiroso, inspector? —preguntó, nervioso.

—Habla demasiado, pero suele decir la verdad.

El hombre sopesó la decisión. No parecía convencido del apoyo del policía.

—Si es cierta su teoría… no nos queda mucho tiempo hasta llegar a puerto… Hay miles de personas subidas a este barco. No puedo permitir que haya otro cadáver en mi casa.

—*Non si preoccupi, capitano* —dijo la mujer y se dirigió al compañero—. Rojo, *andiamo*.

—¡Esperen!

Los agentes se detuvieron. El hombre me señaló con el índice para amenazarme.

—Pero si es todo un enredo para ganar tiempo… Créame, señor escritor, que salir de este cuarto será el menor de sus problemas.

Sus ojos incendiados hablaron por encima de las palabras. Asentí sin responder en alto. Tenía mala experiencia con las contestaciones.

¿Cuántas personas me iban a amenazar en esa travesía?

El capitán abrió la puerta y los tres se dispusieron a salir del camarote. Cuando me uní a la marcha, Rojo reculó y me

interrumpió el paso.

—Lo siento, Gabriel, pero te quedarás aquí hasta que esto se resuelva.

—No seas terco, Rojo. Necesitáis mi ayuda para encontrar a…

—*Collons*! ¿Estás sordo? No saldrás de aquí, después de lo que has hecho.

—Escúchame, por favor… Necesito explicarte algo sobre el marqués y su operación… Nada saldrá como confiáis. Estáis equivocados…

—Basta ya, Caballero —respondió, me dio la espalda y cerró de un golpe—. No tenemos tiempo que perder. Debemos vigilar a ese marqués hasta que se reúna con el Rossi… Es nuestra oportunidad para cazarlos. Lo mejor será que te relajes hasta que lleguemos.

—¡No! ¡Tenéis que escucharme!

Las pisadas se alejaron y sentí que las esperanzas se desvanecían.

—El marqués es una víctima más… —dije, arrodillándome en el suelo. Las pisadas se convirtieron en silencio—. Nadine es quien se reunirá con Rossi y no sabréis cómo sorprenderla… El baile de esta noche… lo arruinará todo.

A escasos centímetros de la cama, di un puñetazo contra el colchón, descargando la rabia acumulada y llené los pulmones, absorbiendo el sabor de la derrota.

Sin teléfono móvil, sin reloj y sin vistas al sol, me resultaba difícil averiguar qué hora era. Al mirar por la ventana de mi camarote y comprobando la oscuridad del mar podía hacerme una idea de la posición del sol, debido a cómo se reflejaba este sobre el agua.

Los minutos pasaron a cámara lenta, aunque quizá fueran horas y no me di cuenta de ello. Me sentí en un limbo, perdido, desesperado y con la moral hundida. El animal interno que me dominaba no podía permitir que aquel tipo se saliera con la suya. Lamentablemente, no iba a hacer nada por detenerlo.

Maldije a Rojo, a esa agente y al capitán.

—Si me hubiera escuchado un minuto… —lamenté en voz alta, cuando oí unos pasos que se dirigían hacia el camarote. Esta vez eran los de una persona que no traía a nadie detrás.

Me puse en alerta y, por primera vez calculé la posibilidad de

que ese verdugo hubiese decidido enfrentarse a mí. No le faltaban razones y no tendría otra oportunidad como esa para deshacerse de mí. Poseer demasiada información es un peligro del que rara vez se es consciente. El corazón retomó el pulso acelerado y empecé a acalorarme. Expectante, vi cómo la llave entró en la cerradura. Pensé rápido y me eché hacia atrás para tomar impulso cuando abriera la puerta. Si era lo suficientemente rápido, la patada lo desarmaría.

Estaba nervioso, era el siguiente en su lista.

El cerrojo giró y la puerta se movió hacia dentro.

35

Aguardé nervioso ante la apertura de la puerta. Pensé que había llegado nuestro final, que aquel hombre vindicativo habría acudido a mí para quitarse su último lastre de encima. Cuando la puerta se abrió más, primero sentí una agradable fragancia masculina. La había olido antes en alguna parte. Después reconocí la punta de goma del bastón y aquellos zapatos resplandecientes de color blanco y negro, que tanta tirria me daban. Finalmente, oteé la abultada tripa que ocultaba bajo la chaqueta y elevé la vista hasta su cara.

Debía de ser una alucinación, pero lo cierto era que me sentía muy cuerdo.

Delfín Bravo entró en el camarote, guardó la llave y me miró sonriente, protegiendo su cuerpo sobre la barra de madera. Iba vestido de manera sencilla, pero elegante, para el baile que se celebraba esa noche. Por su aspecto, no aparentaba que hubiese presenciado una desgracia, aunque nunca podía estar seguro cuando trataba con tipos como él.

—¿Usted?

Con una mirada infantil que supongo que sacaba cuando nadie lo veía, me mostró el llavero y lo agitó en el aire.

—Sí, soy yo, señor Caballero.

Retrocedí un paso y tropecé contra la cama.

—¿Ha venido a eliminarme?

El hombre se adelantó unos centímetros hacia mí. Levantó el bastón a la altura de mi pecho y me dio un ligero golpe en el estómago. Después lo retiró.

—¿Es usted idiota?

—No, aunque tengo mis dudas.

—He venido a liberarlo —respondió, reprochándome que todavía no le hubiera dado las gracias por la ayuda—. Aquí dentro,

no encontrará a nuestro homicida…

Arqueé una ceja y lo observé de reojo.

—¿Cómo sé que no estoy hablando con él?

Bravo suspiró.

—Realmente, usted es un completo idiota.

—Explique cómo ha conseguido la llave…

El hombre plegó el entrecejo.

—A estas alturas, ¿todavía cree que hay algo que no pueda conseguir?

—Matarme.

Él se rio.

—No sea ingenuo. Todo el mundo tiene un precio, hasta usted.

Me acerqué a él, pero me detuvo con el bastón.

—El capitán me ha hecho un favor… Lamento decirle que nadie lo considera una amenaza en este barco…

—¿Me ha estado espiando?

—Ya veo… El golpe ha debido de afectarle gravemente. ¿A qué espera para salir de aquí y encontrar a ese hombre?

—¿Por qué me ayuda? Se supone que…

—¡Ni hablar! —exclamó y alzó el bastón para dar un topetazo en el suelo y añadir énfasis a sus palabras. Empezaba a familiarizarme con ese truco—. Si se queda aquí, jugará con desventaja y perderá nuestra apuesta. No puedo permitir eso. La función debe continuar…

—Muy agudo… ¿Qué hora es?

—¡La hora de mover el trasero!

Aquel tipo era un auténtico incordio.

—¿Han cenado ya?

—Pronto empezará el baile… ¿Qué intenta averiguar ahora? Me confunde con sus insulsas preguntas, Caballero…

De pronto, ninguna de mis teorías tenía sentido. Si el baile iba a comenzar, significaba que los comensales ya habían cenado y, por ende, Alcázar habría degustado la comida de la cocina. De ser así, tendría que haber muerto hace minutos a causa del letal veneno, que ya habría surtido efecto en su organismo. Sin embargo, se me escapaba un detalle. ¿Qué esperaba aquel hombre y por qué lo había retrasado hasta el baile? Sentí un ligero ardor en la cabeza, a causa de la rapidez con la que mi mente procesaba la información.

Buscaba un dato, una imagen, una conversación en la que apareciera la solución final al problema.

La presencia del señor Bravo me desconcentró. Parecía impaciente por mi reacción. Sujetó el bastón, alzó la muñeca izquierda y me mostró la esfera del Rolex.

Si repetía las malditas palabras, tendríamos un problema.

—*Tic, tac*, Caba…

Antes de que terminara la frase, lo agarré por la solapa de la americana y lo arrastré hacia mí. Su rostro frente al mío. La intensidad de la fragancia aumentó, pero a él no parecía asustarle mi respuesta.

—No lo haga… ni una sola vez más.

Lo solté y suspiré. Estaba perdiendo los nervios. Y no es que hubiera olvidado con quién trataba, sino que el mundo entero me importaba un carajo.

—No se lo tendré en cuenta… Lleva muchas horas sin comer —dijo, distante, ajustándose la chaqueta—. Debería tomar algo de glucosa… Dicen que el azúcar es bueno para el cerebro.

Otro destello iluminó mi cabeza.

—¡La famosa tarta!

—No soy muy amante del merengue, pero puede ser una buena opción…

—¡Es la tarta! —exclamé y lo agarré por los hombros. Atosigado, no entendía mi reacción. Después del escándalo que había montado el marqués y de mi detención, sospeché que el asesino habría cambiado de planes. La tarta. El maldito pastel del que tanto se había hablado. Nuestro hombre no iba a cometer el error de que el plato no llegara a la mesa del director. Por el contrario, ¿quién iba a sospechar de un postre del que todos probarían? La guinda a una velada que nadie olvidaría, ni siquiera los medios. Alcázar era el encargado de cortar el pastel que inauguraba oficialmente las noches del crucero, una tarta enorme que se repartiría entre los asistentes a la gala—. ¡Santo Cielo!

—¿Qué ha averiguado? —preguntó, intrigado como si observara una bola de cristal—. ¡Compártalo conmigo!

—Debo detener a Alcázar antes de que termine el baile —expresé, acalorado—. De lo contrario, a Cerdeña llegará un crucero lleno de cadáveres.

—¡Explíquese mejor! ¡No le entiendo!

—Présteme su chaqueta.

—¿Es necesario?

—*Tic, tac*, señor Bravo… Si no nos damos prisa, sucederá algo terrible.

36

Al salir del camarote, la noche caía sobre el Mediterráneo y las luces del crucero brillaban con fuerte intensidad. Con la colorida americana del empresario, recorrí el pasillo hasta que alcancé la salida de la planta. La música de la banda que amenizaba el baile comenzaba a sonar desde lejos. Subir hasta la cubierta no sería una tarea sencilla, pensé cuando vi a los empleados del barco que se movían como hormigas por el pasadizo central. Sabía dónde me encontraba. De hecho, no me había movido de allí en lo que llevaba de día. El primer piso bullía de intensidad, como si se prepararan para la caída de un meteorito. Mis ojos se fijaron en las posibles escapatorias, todas vigiladas por los miembros de seguridad.

—Vamos, Caballero, no se eche atrás… —me susurró Bravo.

—Son ellos los que me preocupan… Me reconocerán al instante.

El hombre me puso una mano sobre el hombro, como gesto de camaradería.

—Yo me encargaré —dijo y adelantó el bastón.

Con paso lento, pero decidido, se acercó a los dos centinelas que controlaban el tránsito de la zona en la que nos encontrábamos. Alcé el mentón, miré hacia delante y me dirigí a la salida, ignorando su presencia. Por el rabillo del ojo podía ver a Bravo contándoles una de las retahílas que soltaba a menudo, aburriendo y obstaculizando a la vez, con una destreza y de forma tan sofisticada, que poca gente era capaz de igualarlo.

No mires, me dije, calmando los nervios, sacando pecho, fijando la mirada en la luz del final del túnel. Poco a poco, me aproximaba a la salida. Unos metros más, Gabri, pensé, distraído por la presencia de aquellos hombres. Me esforcé por controlar el ojo, que tomaba vida propia y giraba hacia el lado. Finalmente, la vista se me fue y encontré la mirada de alerta del empresario y también la de sorpresa de uno de los vigilantes.

Demonios, no pude tener peor suerte.

De repente, el reloj se paró, la música se desvaneció y la imagen se quedó estática, en pausa. Quise mover los pies, que ahora pesaban como si fueran cemento. Me sentí como la presa, horas antes de morir en un documental de leones.

El pulso se me disparó, encogí los hombros y negué con la cabeza. No iba a dejar que ese desgraciado me pusiera las manos encima.

—¡Se escapa! —gritó, moviendo sus musculosos brazos hacia arriba—. ¡Detenedlo!

Un pie después de otro, me dije, agarré impulso y eché a correr como si representara al país en unos juegos olímpicos.

Salí embalado hacia la puerta cual proyectil, sin importarme los obstáculos que encontrara por el trayecto. Un segundo hombre se unió al vigilante, haciendo la cacería más emocionante para los espectadores. Los latidos me retumbaban en la sien y un fuerte pinchazo a causa del flato se pronunciaba a la altura del costado. No tenía tiempo para elucubrar. Todos mis esfuerzos estaban concentrados en llegar a salvo a la pista de baile. No obstante, tenía claro que era mi última oportunidad para detener el desastre, salvar la vida de todos los asistentes al espectáculo y limpiar mi nombre de culpa. De lo contrario, si fracasaba no habría milagro que me redimiera de un trágico final.

Abandoné la planta, procurando que mis zapatos no resbalaran sobre el suelo de madera y di un vistazo rápido en derredor, buscando la salida más directa. Primero descarté los ascensores. Eran lentos y podían ponerme en un aprieto. Después divisé las escaleras. De tomarlas, corría el riesgo de que algún guardia me esperara arriba. Seguí hacia la salida, guiándome por la música jazz que llegaba desde lo alto del barco. De esa manera ganaría tiempo rodeando la planta por uno de los pasillos exteriores.

La fiesta seguía sin mí y pronto se convertiría en una secuencia de película de terror. Al llegar fuera, sentí una sacudida de la brisa fría del mar. Tanto movimiento, empezaba a marearme. Respiré hondo, me apoyé en la barandilla y entonces vi a uno de esos grandullones corriendo hacia mí.

Maldita sea, Gabriel, ya no estás en forma, me reproché con apuro, al ver a mi contrincante aproximándose a toda velocidad.

¿Acaso sus órganos estaban hechos de otra materia? Esos tipos se movían como gacelas.

Vadeé el pasillo, que me separaba del interior por una larga cristalera y lo lamenté al comprobar que el recorrido tenía fin.

—Demonios… —murmuré en voz alta.

A lo lejos, los vi salir de la planta, aproximándose cada vez más.

Contemplé la zona de abajo y encontré las terrazas privadas de las habitaciones de la planta inferior, separadas entre sí por una superficie de acero. Por un momento, el vértigo se apoderó de mi cuerpo y el temor me paralizó. Saltar a esa superficie era una auténtica locura. Ni en mis mejores épocas, cuando la suerte me acompaña, hubiese resistido el golpe. Si lo hacía, lo más probable y en el mejor de los casos, era que mis rodillas terminaran fracturadas en pedazos. Entonces sentí las pisadas de aquellos dos hombres, que habían aminorado el paso, confiados porque estaba en un callejón sin salida. Cuando miré al que tenía más próximo, encontré un semblante que no me entusiasmó. La había visto antes y no era la clase de expresión de alguien dispuesto a escucharme. Para dar más énfasis al enfado, cerró el puño e hizo crujir los dedos con la otra mano. Saltara o no, no me libraría de una buena sacudida.

«La vida está marcada por momentos como este».

Sin más dilación, me sujeté con fuerza a la barandilla del corredor y tomé impulso para darle la vuelta. A pesar de los temblores, del cansancio que me castigaba, del miedo a hacerme daño y de la presencia de aquellos esbirros, no pensé más en las consecuencias de lo que iba a hacer. Esa siempre ha sido mi mayor virtud y también mi peor defecto. Mi respuesta los sorprendió tanto y de tal manera, que los dos bajaron la guardia e intentaron socorrerme.

—¡Va a saltar al vacío! —le gritó uno al otro y después se dirigió a mí—. ¡No lo haga!

¿Qué carajo?, me pregunté, negando con la cabeza.

Podía ser un idiota, pero jamás tiraría la toalla de una manera tan burda. Si debía morir por una derrota, al menos tendría que hacerlo con clase.

Agaché la mirada y comprobé la separación que había entre la plataforma de madera de la planta de abajo, a lo lejos, la barandilla del balcón de la habitación y el suelo de la terraza de esta. Mi

cálculo no era preciso y las condiciones no estaban a mi favor. Tenía la certeza de que dolería, pero era poco probable que saliera mal.

Cerré los ojos por un segundo y suspiré.

Después dejé la mente en blanco, seducida por las notas de jazz que sonaban desde lo alto y me solté.

A pesar de los pocos metros que había entre las dos plantas, la caída fue seca y muy dura. Cuando caí sobre la superficie, noté que algo se clavaba en mis piernas, atravesándome hasta la cintura. El dolor no me iba a detener, no a esas alturas. Guiado por la adrenalina del momento, tardé en darme cuenta de lo que sucedía al otro lado de la ventana. Por la cristalera contemplé el interior de una habitación más amplia que la mía, aunque decorada de un modo similar. En ella, un tipo grandullón gateaba semidesnudo sobre la cama, con una mordaza de cuero y una pelota que mordía con fuerza. Estaba de espaldas, mirando hacia la puerta de la habitación y no lograba verle el rostro. A su costado, una dama más joven que él, vestida con látex, antifaz y armada con un látigo en la mano, le propinaba sacudidas y azotes en el trasero. Lamenté interrumpir la función, pero debía salir de allí. Pese al sufrimiento, el esclavo parecía disfrutar con el ejercicio.

Me acerqué al ventanal y lo abrí desde fuera. La brisa marina se coló en la estancia, levantando las cortinas. Mi presencia no pasó inadvertida y el ruido de mis movimientos llamó la atención de la mujer que, sin dejar el rol en el que estaba metida, se volteó hacia mí y me apuntó con el látigo. Negué con la cabeza, sonriente, y le indiqué silencio, poniéndome el índice en los labios. A ella no pareció concernirle lo que propusiese y reaccionó con un estridente grito que sacó del trance al hombre que había sobre la cama. Entonces lo vi y lo reconocí. Cuando él hizo lo mismo, dio un salto de la cama.

—¡Usted! —exclamó, ya en pie, acusándome con el dedo—. ¿Qué… qué hace aquí?

La dominatriz arrugó el ceño. Le estaba destrozando la función.

—No se preocupe, marqués… —contesté, haciendo un tremendo esfuerzo para no partirme de risa delante de los dos. Cada persona tenía sus fetiches, pero la situación era propia de una función barata de teatro—. Usted, a lo suyo. Yo, ya me iba…

—Tú no vas a ninguna parte —me amenazó la mujer y pegó un trallazo al suelo, a modo de aviso—. Aún me quedan cuarenta y cinco minutos…

—No pienso meterme en esa cama.

—Harás lo que te diga —respondió el marqués.

—Escuche, esto no es lo mío, yo soy más tradicional… Caricias, besos y abrazos bajo las sábanas…

El segundo correazo en el suelo me indicó que no bromeaba.

Debía salir de allí antes de que me convirtiera en el súbdito de esa mujer y en el acompañante de cama del marqués.

Como el protagonista de una película de acción, salté sobre el catre, evitando el tercer latigazo y rodé hasta el otro lado de la habitación sin demasiada pericia. La pared frenó mi espantada y me choqué de lleno contra el tabique que había junto a la puerta. De pronto, tocaron desde fuera. Esta vez, el marqués parecía más apurado que cuando me había visto llegar. Sus ojos se dirigieron a la mujer y después a mí.

—¿Espera a alguien? —preguntó a la dominatriz.

—No, ¿y usted?

El rostro del aristócrata tomó un color lechoso.

—Nadie sabe que estamos aquí —explicó, inquieto—. Debe de ser una confusión.

—¿Y Nadine? —pregunté.

Recibí una mirada fulminante.

—¡Métase en sus asuntos! ¿Qué busca, dinero?

—Salir de este cuchitril. Eso es todo, marqués.

—Entonces, ¿qué diablos hace aquí?

—Es una larga historia… como la suya.

Los golpes sonaron por segunda vez. El clima se había roto por completo y advertí que era mi oportunidad para desaparecer, antes de acabar con una pelota de goma entre los dientes.

Arrodillado, me acerqué a la puerta y abrí hacia dentro. A causa de la delicada situación del marqués, me había olvidado de esos tipos por unos momentos, pero ellos de mí, no. Uno de los vigilantes apareció por la entrada, haciendo una demostración de sus fuertes brazos y no quedó sorprendido al ver el cuadro daliniano que tenía delante.

Sin pestañear, la dominatriz le atizó con el látigo, primero en la

cara y después y en el costado. Las sacudidas sonaban como suelas de zapatos contra el pavimento. El guardia, desprevenido, intentó protegerse de la quemazón, pero la mujer había perdido el control de la situación. Estaba enfadada y dispuesta a poner orden allí dentro.

—¡He dicho que aún me quedan cuarenta minutos de trabajo!

Gateé hasta el pasillo, dejando atrás el cuero y las sacudidas, los berridos de horror y los cuerpos lastimados de aquellos hombres. El infierno estaba próximo a esa habitación. Me puse en pie y di un vistazo completo, asegurándome que nadie más me seguía. Mi oído captó el final de una canción. Me apresuré, al sospechar que la función pronto acabaría y me dirigí directo a los ascensores.

37

Las puertas del ascensor se abrieron, permitiendo que la música de la banda llegara con claridad. Por última vez, me miré al espejo comprobando que todo estuviera en orden. En él encontré el rostro de un tipo cansado, herido, desaliñado y temeroso por la responsabilidad con la que cargaba, pero por encima de todo aquello, también contemplé a alguien que aún radiaba vida en su mirada y la intención de exprimir cada momento. Por unos segundos, me costó reconocerme frente a ese espejo. Los años habían pasado y yo había cambiado con ellos.

El clima de la parte superior del barco era muy diferente a la calma que se respiraba en el resto de las plantas. La elegancia estaba por todas partes: desde los músicos de la banda a los pasajeros que se habían reunido para bailar en la pista o beber y comer en las bonitas mesas redondas que había alrededor del escenario. Lo primero que vi fue una superficie de baile infinita. Los intérpretes ponían fin al repertorio de *bebop* para tocar algo más pausado y animaron al público a que se agrupara por parejas. Reconocí las primeras notas de *Indian Summer* y distinguí en una esquina el rostro de una mujer solitaria que no parecía encontrar pareja. No lo podía creer. Las personas tienden a decepcionar cuando más se espera de ellas. Diego Mendoza era un patán y había dejado plantada a Sofía Lagarde.

Como si pasara por allí, me arrimé a ella y la miré bajo el brillo de los focos y de una luna llena que se reflectaba en el mar. El contexto no podía ser más apropiado para un beso fortuito y apasionado: la cubierta de un barco, una noche a la intemperie y llena de burbujas, el Mediterráneo de fondo, una bonita canción de jazz y dos personas con el corazón partido. Idílico, sin duda, si no fuera porque faltaban las burbujas del espumoso y sobraba la

presencia de un asesino que estaba a punto de actuar.

—¿Me permite un baile? —pregunté, sorprendiéndola al ofrecerle la mano. La mujer se mostró tímida. ¿Dónde quedaba la actitud férrea que solía transmitir? El dolor nos desnuda, nos rompe y nos muestra sin protección. Todos usamos diferentes rostros a lo largo del día, hasta que nos vamos a dormir y descansamos de todo aquello que fingimos. Tiendo a pensar que las personas no decepcionan, sino las expectativas que nos creamos sobre la imagen que nos formamos de ellas.

Con la mano tendida, ella la aceptó con una sonrisa. Además del resplandor de mi figura y de las luces que iluminaban desde atrás, encontré en los ojos de esa mujer a una joven tímida e insegura, atrapada en una época en la que el éxito con los hombres era inexistente. Por suerte, el pasado no nos define y ese encuentro era una prueba de ello.

La llevé hasta el inicio de la pista de baile, la agarré por la cintura y ella me echó las manos por el cuello. Lagarde olía bien, como todas las mujeres que había conocido en las distancias cortas, y conservaba ese halo de misterio capaz de llevar a un hombre a donde se propusiera. Sin embargo, el talento no es suficiente para tomar buenas decisiones y no lo decía por ella, sino por mí.

—No se le ocurra bajar las manos un centímetro más —me susurró, sonriente, con la mirada achispada. Sospeché que había estado bebiendo sin mi compañía.

—¿Qué tal la cena?

—¿Por qué no ha aparecido?

Mi naturaleza periodística seguía detestando que me respondieran a una pregunta con otra pregunta.

—No recuerdo haber recibido la invitación…

—Vaya… —comentó, sin más—. Entre usted y yo, ha sido un completo bodrio.

—¿Se encuentra bien?

Ella me miró a los ojos.

—¿Tan borracha le parece que estoy?

—No, no es eso —dije y reí.

—Si lo pregunta, es porque usted no está ebrio.

—No, no lo estoy… Me refería a la cena.

—Ah… ¡Qué vergüenza!

—Descuide… ¿Y su cita, no se ha presentado?

Esquiva, comenzó a moverse y a guiar los pasos del baile.

—¿De dónde ha sacado esta chaqueta? —preguntó, tocando el tejido del brazo—. No va con su porte…

—Es una larga historia.

—Es tan horrorosa que me resulta familiar.

Sonreí en silencio.

—¿Se divierte, Gabriel?

—Hago lo que puedo. Está siendo un viaje complicado.

—Yo diría que aburrido…

—A veces, es mejor así.

Por su forma de hablar, intuí que no tenía noticias de Bravo, ni del porvenir de su carrera si yo permanecía entre sus brazos, bailando con ella. Lo cierto era que me hubiese quedado para siempre bajo el lazo de esa mujer, si no fuera porque avisté al vigilante grandullón que no había acudido a la habitación de los juegos dolorosos, merodeando por la cubierta del barco.

—Maldita sea… —murmuré, olvidando que iba acompañado—. ¿Tan bien les pagan?

—¿Qué sucede?

—Ni bailar con una preciosa dama puede uno…

Ella se ruborizó, pero lo cierto era que intentaba buscar una alternativa. Estábamos demasiado expuestos a la vista de los que no participaban en el baile.

—Pensé que no tenía ningún interés en mí… —confesó, abriendo su coraza y dejándose llevar por los efluvios del alcohol—, así que me ha sorprendido que me sacara a bailar…

Para entonces, ya no escuchaba lo que ella me decía. Se apoyó en mi hombro y me quedé vigilando al guardia de seguridad, que preguntaba a los camareros del servicio.

—¿Por qué no nos acercamos a la banda? —sugerí, con el fin de llevarla a la muchedumbre hasta que formáramos parte de la masa. Desde dentro, ese desgraciado no podría perseguirme—. Me encanta esta canción.

—Oh, no… quedémonos aquí, bajo el manto de las estrellas y la música de fondo…

Por si no tuviera suficiente, la silueta de un hombre se acercó a nosotros. Cuando observé su cara, le reproché el desplante con los

ojos. Diego Mendoza llegaba tarde, pero iba impoluto, vestido de traje, con la melena peinada hacia atrás y la camisa abierta hasta el pecho. Había llegado el momento de dejar a Lagarde en buenas manos, por mucho que me arrepintiera de ello después. Mendoza era un buen reemplazo, a pesar de que no estuviera a mi altura, pero debía seguir avanzando hasta llegar al escenario que había junto a la banda, donde Alcázar daría la nota con la enorme tarta.

—¿Me permite un baile, señora? —preguntó en voz alta y detuve los pasos. Ella seguía apoyada sobre mi hombro, hasta que lo vio y se recompuso. Entonces sentí que era el momento oportuno de marcharme.

Le dirigí una última mirada y la dejé libre.

—Trátela bien esta noche —le señalé al potentado y me alejé medio metro de la pareja—. Es una mujer brillante y vale más que usted.

—No seré yo quien lo ponga en duda.

—El problema es que sus ojos jamás podrán apreciarla.

Antes de irme, ella me agarró del brazo.

—Gabriel…

Encogí y el rostro y la observé. Luego le regalé una mueca y le dije que disfrutara la noche. Lagarde lo merecía. No necesité una explicación para entender lo que me quería transmitir. Le hubiese gustado decirme al oído que no me había utilizado y que se sentiría mal si me iba con una impresión equivocada, pues el momento compartido había sido real y no un desliz de una persona ebria y despechada.

Pero no era necesario.

Con tan solo observar cómo me había mirado durante el baile, supe que ese corazón era tan puro como el amor que yo sentía por el mar sobre el que navegábamos.

Me escabullí entre la gente por la pista de baile, ocultando mi sombra y despistando al vigilante que rastreaba mis pasos con desacierto. Cada vez estaba más cerca del escenario y entonces vi unas pequeñas escaleras de acceso que se encontraban en la parte trasera de la plataforma. Deduje que por ellas llegaría al otro extremo de la plataforma, donde el servicio de *catering* del barco preparaba la enorme tarta de varios pisos con forma de crucero. Miré de reojo, fijándome en los semblantes de los hombres que

trabajaban para que todo saliera bien, pero ninguno de ellos me recordaba a ese hombre. ¿Dónde estaría?, me cuestioné, planteándome si preferiría ser testigo de la desgracia o decidiría desaparecer antes de que esta ocurriera. En cualquiera de los dos casos, debía evitar que la tarta llegara a los comensales. Seguí rastreando con la mirada desde mi posición y topé con una mesa redonda, ahora ya casi vacía, en la que Delfín Bravo charlaba con la esposa de Alcázar en privado. La frialdad de ese tipo no tenía nombre, a pesar de que me hubiese liberado.

Hice de tripas corazón, cuando noté la ausencia de la libanesa. El marqués se había equivocado con ella que, a diferencia de él, tenía bien poco de sumisa. Me guardé los buenos recuerdos antes de figurarme su paradero.

«Si tan solo Rojo me hubiese escuchado…», lamenté para mis adentros. Ese era otro asunto por resolver, pero no era omnipresente y no podría hacerme cargo de la mujer. Las punzadas en el corazón me alertaban de que Nadine podía estar en peligro, pero Rojo y Silvestri tendrían que apañárselas sin mí.

Con la vista puesta en la tarima que había junto al escenario, tropecé por accidente y sentí el tacón de un zapato en mi pie izquierdo, clavándose con saña.

—¡Ah! —exclamé, reaccionando hacia atrás.

Primero me fijé en su espalda desnuda. Tenía una piel tan morena y apetecible que me hubiese quedado a dormir en ella, y unos mechones rubios que brillaban bajo la luz de los focos.

Pero, al parecer, aquel crucero era lo más parecido a un purgatorio en medio del Mediterráneo: yo ya estaba muerto y ahora pagaba por todos los pecados que había cometido en el pasado.

—Perdón… —dijo, girándose hacia mí, hasta que nos encontramos de frente—. ¿Gabriel?

—¿Lucía?

—¡Gabriel!

Por encima de su hombro, vislumbré al guardia, adentrándose en la multitud tras seguir las indicaciones de uno de los empleados del barco que creía haberme visto.

—¿Un baile? —pregunté y antes de que respondiera, la agarré de la mano y por la cintura—. Sabía que eras tú… No he vuelto a ver una espalda tan bella como la tuya…

—¡Gabriel, por Dios! —exclamó irritada—. ¡Suéltame! ¿Nunca te cansas de hacer el ridículo?

—Tú lo llamas ridículo, yo lo llamo punto de vista —respondí y nos movimos al ritmo de la banda, que ahora tocaba *Caravan* a toda velocidad—. Que sepas que todavía no te he perdonado…

La cara de Lucía era un poema, pero de los malos, de los que cualquiera que tuviera un poco de gracia para rimar, publicaba en las páginas de Internet. Puede que, esa noche, no fuera el único que iba a pagar por sus errores. Supuse que el americano no tardaría en aparecer para arruinarme la coartada. En un primer momento, Lucía se había mostrado reacia a mi presencia, aunque ahora no oponía resistencia para quedarse. Sus manos me apretaban con firmeza y sus pies bailaban junto a los míos. ¿Qué me había perdido?, o mejor dicho: ¿qué me había pasado?, me pregunté, sin llegar a pronunciar las palabras en alto. No necesitaba que ella me respondiera, pues la contestación estaba dentro de mí.

Me hubiese gustado compartir más tiempo con ella, pero el vigilante me acechaba sin descanso, abriéndose paso entre las parejas que encontraba por el camino. Lucía me miró y en sus ojos encontré un halo de nostalgia por lo que pudo ser y no fue, así como los restos de una pena por no haber perseverado con ella lo suficiente. Me sentí afortunado, no porque me hubiese abandonado, sino porque rara vez tras una ruptura, uno encuentra las respuestas que unen los pedazos de corazón que quedan esparcidos por el suelo. Aquella fortuita coincidencia me entregó lo que me faltaba para sentirme completo y ahora había llegado el momento de que nuestros caminos, de una vez por todas, se separaran.

La actuación terminó y los músicos dieron paso a un medio tiempo para presentar el momento más importante de la noche.

Quise alejarme, pero el guardia me alcanzó por el hombro y me agitó para arrastrarme hacia él. Cuando intenté escapar de su garra, mi expresión puso en guardia a Lucía, que respondió rápida, propinándole un codazo al gorila en el estómago. La mano me liberó y quedó un espacio entre los dos.

—Corre, Gabri… —me susurró, antes de que fuera tarde.

Vi al centinela, con los ojos apretados y retorcido por el porrazo en la boca del estómago.

Asentí, sonreí y salí disparado hacia la tarima.

38

Las agujas del reloj de Delfín Bravo sonaban en mi cabeza. Tomé las escaleras que me llevaron a la superficie. La música se detuvo y los encargados del *catering* empujaban un enorme pastel de varios pisos cubierto de merengue y con un crucero de plástico clavado en lo más alto.

—Permiso, permiso… —decía, a medida que me acercaba a la mesa redonda donde los invitados más ilustres estaban reunidos. A ella, habían regresado la señora Lagarde, que ahora se sentaba junto al heredero del barco y también el marqués, que traía un aire relajado en su expresión. Estaban todos menos Nadine. No había rastro de ella, ni en la mesa, ni en el baile. Mi corazón deseaba que apareciera en cualquier momento, solo para saber que estaría a salvo. De alguna manera, quería creer que ella no estaba relacionada con la operación que Rojo llevaba entre manos. Cuando logré alcanzar la mesa, Delfín Bravo, que se había puesto una americana de terciopelo verde, me lanzó una mirada de complicidad.

—¡Usted! —exclamó el marqués al verme y se levantó de la silla como si el trasero le ardiera—. ¿Qué diablos hace este energúmeno aquí?

El aristócrata estaba enfadado y no lo ocultaba. Habría sido un momento muy divertido para abrir un frente conversacional, si no fuera porque tenía que ocuparme de Alcázar.

Por desgracia, el alarido del marqués me colocó en el punto de mira de los vigilantes, que ahora se movían ágiles hacia mí y sin obstáculos.

Di un vistazo a mi alrededor. Estaba acorralado. Alcázar entraba en escena con un micrófono en la mano y cruzaba unas palabras en privado con el líder de la banda.

Me alejé de la mesa. No tenía tiempo para explicarles lo que

sucedía. Miré otra vez los rostros de los empleados, en busca de una cara familiar, pero el asesino no estaba entre ellos. Llegué al escenario y mi presencia sorprendió al director, que me observó compungido.

Nada más verme, encendió el micrófono y gritó:

—¡Seguridad!

Los guardas se acercaban. Mi final estaba cerca.

Le arrebaté el micrófono y se oyó un murmullo colectivo de sorpresa. La audiencia disfrutaba con el espectáculo. Alcázar me propinó un puñetazo inesperado que me tiró al suelo. El micrófono cayó en manos del director y los dos vigilantes, más enfadados que antes, me cogieron con violencia para sacarme de allí.

—Se arrepentirá de esto toda su vida, botarate…

—¡Lo lamentará si come de esa tarta! ¡Está envenenada!

—¡Cierre la maldita boca!

Los hombres me sacaban del escenario.

—¡No lo haga, morirá en el acto!

—¡Un momento! —exclamó y ordenó a los guardias que detuvieran el paso. El director, confundido, se acercó a mí y contempló mi rostro. Comenzaba a creer lo que tenía que decir—. ¡Estoy harto, salgamos de dudas! Será usted el primero que la pruebe…

Por el rabillo del ojo vi que el público atendía en silencio, expectante y concentrado en la conversación. Por un instante, creían que aquel teatro formaba parte del espectáculo, aunque Alcázar hablaba en serio. En un despiste, me di cuenta de que el interruptor del micrófono estaba encendido.

Ahora o nunca, Gabri, me confesé.

—La muerte del chef Sancho Rodríguez fue un accidente… —expliqué, jadeando y recuperando el aliento—. Esa noche era usted quien debía morir.

Se oyó un gran bullicio de sorpresa.

—¡Será desgraciado!

—¡Déjelo hablar! —exclamó la voz castigada del capitán, que se acercaba al escenario—. Hable, señor Caballero… Es su última oportunidad.

Tragué saliva. Respiré hondo y solté todo lo que llevaba dentro.

—Me temo que no es una buena idea comer de ese pastel.

—¿Ha perdido la cabeza? Este idiota está arruinando la velada…

—Alguien intentó envenenarlo la otra noche, durante la cena del restaurante… —le dije al director—. Tuvo suerte, esa es la única explicación… Sancho Rodríguez decidió cambiar el entrante del menú a última hora, ofreciéndole la sopa de tomate. Usted lo tomó como tal ofensa, que no llegó a probarla…

—Eso es descabellado…

—El señor Rodríguez no debía morir, pero debido a su fama y a la que usted tiene dentro de este barco, todo el mundo sospecharía de lo improbable que sería que se quitara la vida, ¿verdad? —pregunté y miré a la audiencia, como si estuviera en el tablao de un teatro—. No me gusta criticar a los muertos, pero todo el mundo sabe que el chef tenía un ego desorbitado…

—¡Basta! —gritó el director, harto de oírme—. Esto es infame. ¡No dice más que sandeces!

—Debería estar más agradecido, pues ahora estaría congelado en una cámara frigorífica, si no hubiese sorprendido a ese hombre, antes de que usted llegara…

—¿Qué más se va a inventar, Poirot?

—Nuestro hombre lo ha intentado todo —respondí y señalé al enorme pastel—. Reconózcalo, director… este es su momento de gloria, siempre lo ha sido… El único instante en todo el viaje en el que pasajeros e invitados le prestan atención… Una muerte en el Mediterráneo, bajo el manto de estrellas… Cuando menos, poética.

—¡Llévense a este idiota o tírenlo al mar!

—¿Y quién es ese hombre del que habla? —quiso averiguar el capitán.

—Usted lo sabe, como muchos de los que trabajan aquí… —comenté y noté los ojos de Diego Mendoza clavados en mí—. La persona que ha intentado atentar contra el director trabajaba para la compañía, hace veinte años… Es el marido de la empleada que Alcázar despidió por una cuestión personal… Esa mujer se ahogó en una pena hasta que se quitó la vida y destrozó la de sus seres más queridos, pero la culpa no fue de ella, sino de usted, Alcázar… Tenía miedo de que tal noche como hoy, veinte años atrás, el pequeño Diego Mendoza le arruinara el momento más importante de su carrera como director… en su presentación oficial como director del crucero.

El rostro, pálido y fofo del director, no se movía. Las palabras lo habían atravesado como puñales, a pesar de que se esforzaba por mantener la compostura y controlar las emociones que lo corroían por dentro. Mendoza tenía razón, Alcázar era incapaz de matar a una mosca. Por desgracia, hay personas tan obsesionadas con su propio brillo que son incapaces de ver el daño que producen a otras. El director era de la clase de tipos que creen que el respeto se gana a base de gritos, maltrato y órdenes. Una estrategia que, de algún modo, justificaba la posición que ocupaba ahora, pero que también había dejado unos cuantos damnificados por el camino. El daño es un arma peligrosa. Cuando dispares a alguien, asegúrate de que ese alguien esté bien muerto.

—Estas acusaciones no tienen ninguna clase de fundamento —respondió, presionado por las miradas de una multitud de pasajeros que contemplaba la escena con expectación—. Este tipejo no ha hecho más que ocasionar problemas desde que ha aparecido. Sus palabras no tienen ninguna clase de justificación. ¿Dónde están las pruebas, acaso es policía? No, le diré lo que es… ¡Un hazmerreír y un fracasado!

—Si lo que dice tiene algo de razón… —intervino el capitán, abriéndose paso entre los guardias para detenerse delante de mí—, ese hombre debería estar aquí.

Desde el escenario se podían contemplar las luces de la isla de Cerdeña, que parecían farolillos en el horizonte.

El asombro de los espectadores se manifestó por toda la cubierta del barco. De pronto, el capitán había agitado la marea humana. Entendí que su intención era la de generar tal confusión que las arterias del barco quedaran obstruidas.

Diego Mendoza abandonó la mesa y se acercó a nosotros.

—Así que esa es la razón por la que me ha preguntado antes eso… —respondió y miró al director—. Es un miserable, Alcázar.

—¿Y usted, contratando a esta sanguijuela? No puede culparme por las malas decisiones de otra persona —respondió, nervioso ante la presencia de Mendoza—. Mírese, ¡no tengo ninguna culpa de que su padre lo criara tan mal!

Sin avisar, Diego Mendoza cerró el puño, tomó impulso y le cruzó un derechazo que lo mandó al suelo. El espectáculo continuaba.

—Espero que todo esto no sea una invención suya… Ese golpe me costará un juicio.

—No —dijo el capitán—. Dice la verdad.

Asombrado, fruncí el ceño y giré la cabeza hacia el marino.

—¿Cómo?

De pronto, la figura férrea del capitán se resquebrajó. No podía ocultar el secreto por más tiempo.

—Lo siento… El día que embarcaron… reconocí a Manuel entre los pasajeros —confesó, avergonzado—, pero me engañé para creer que era alguien que se le parecía… Estaba equivocado. Debí comunicárselo directamente a usted, señor Mendoza. Podríamos haber evitado todo esto.

Diego Mendoza pidió a los hombres de seguridad que me soltaran y luego me sujetó por los hombros.

—¿Dónde está, Caballero?

—No lo sé —respondí, lamentando no ser de más ayuda.

—Piense, use su instinto…

El capitán se dirigió a sus hombres:

—Controlen todos los accesos a los botes salvavidas y no permitan que nadie se acerque a ellos.

Di un último vistazo, recorriendo la cubierta del barco sin éxito.

—No… No estará allí.

—¿Entonces?

«Mi esposa pasó una mala noche y no pude dormir. A veces, las vacaciones no salen como uno espera».

—Creo que sé dónde podríamos encontrarlo.

39

Mi intuición me llevó al principio del viaje, al pasillo en el que habían comenzado todos mis problemas. Acompañado de Mendoza, del capitán y de sus hombres, nos detuvimos frente a la puerta de la habitación que había junto a mi estancia, con el corazón en puño por miedo a lo que pudiéramos encontrar dentro. Confié en que ese hombre no se hubiera quitado la vida, aunque no era la persona más apropiada en la que depositar ninguna fe. El capitán ordenó a sus hombres que tumbaran la puerta, pero Mendoza los detuvo, pensando en una alternativa.

—Probemos la vía diplomática —indicó y tocó a la puerta—. ¡Manuel, abra! Soy Diego… Sé que está ahí dentro.

Tras las palabras, nos miró, como si el hechizo no surtiera efecto.

—Señor, la vía rápida es…

—Más rápida, nada más —apostilló—. Déjeme hacerlo así. Manuel no merece un trato violento.

—Como desee.

Su manera de comportarse con el asesino me hizo comprender la fuerza que existe en el recuerdo de la infancia y en el niño que llevamos dentro. A pesar de la posición que Mendoza ocupaba allí dentro, para él, el hombre que había al otro lado seguía siendo alguien a quien respetaba.

Sin señales de respuesta, el capitán empezó a impacientarse.

—¿Señor?

La puerta se abrió casi sin fuerza. Uno de los vigilantes intentó acceder, pero el hijo del propietario lo detuvo con la mano. Él quería encargarse de todo. Empujó la puerta y todos miramos por el umbral hasta que este nos reveló el interior. A los pies de la cama encontramos sentado a un hombre canoso, arrugado y con mirada melancólica. Iba vestido con una camisa blanca de manga corta,

unos pantalones de pinzas y unos náuticos marrones. A su lado, una maleta pequeña de color gris. Nuestra presencia no le sorprendió, ni tampoco opuso resistencia para evitar que lo detuvieran.

Cuando nos vio delante de él, alzó la mirada y sonrió con tristeza.

—Manuel… —dijo Diego Mendoza y se acercó para tocarle el brazo—. ¿Por qué no me lo contaste? Podríamos haberlo solucionado de otra manera…

—Lo siento, don Diego… Tuve que hacerlo por ella, por mí… —explicó, mirándolo con intensidad—. Antes de que se marchara, le juré a Marina que haríamos un viaje en crucero, los dos juntos, esa vez como pasajeros, pero no pudo ser… al menos, como imaginé cuando se lo prometí.

—Sin embargo…

Me abrí paso y me planté delante de aquel hombre. Su aspecto frágil no me ablandecía. Había intentado asesinarme.

—Lo siento, muchacho —dijo al verme—. Siempre he sido un hombre terco y de ideas cerradas… Te metiste donde no debías y me obligaste a hacer algo que no quería… pero no iba a permitir que nadie se interpusiera en mi camino.

—¿Como hizo con Sancho Rodríguez? —pregunté. El hombre me miró extrañado y entendí que no sabía de lo que hablaba—. Admita que lo mató.

El hombre negó con la cabeza.

—Yo solo me encargué de ponerte bajo sospecha… Observé lo que ocurrió esa noche y pensé que si te utilizaba, desviaría la atención y me dejarías el camino libre, pero jamás tuve que ver con su muerte…

—¿Entonces?

—Habría que revisar las cámaras de vigilancia —dijo el capitán.

—No es necesario, capitán —comentó el detenido—. Pueden creerme o no… pero fue Alcázar quien lo hizo. A estas alturas, ya no me sorprende… Ese chef, además de ser un ególatra, se metió con quien no debía…

Las personas nunca dejan de sorprender, incluso las más viles. Los vigilantes se hicieron cargo de Manuel y el capitán, Mendoza y yo corrimos en grupo hacia la planta inferior del barco, donde se encontraban los botes de emergencia. Con un notable apuro,

Alcázar se servía de la ayuda de uno de los empleados del buque para que el motor moviera los cables y el bote llegara al mar. Próximos a la isla, el director pretendía huir del crucero, dejando a su esposa en el barco y a sabiendas de que no llegaría muy lejos. Lo había arriesgado todo y no estaba dispuesto a rendirse de un modo tan fácil.

Para su infortunio, el director no se percató de nuestra presencia hasta que el capitán se detuvo frente al panel de máquinas y paró el botón que movía los cables.

—¿Va a alguna parte? —preguntó en voz alta el marino—. ¡No hay salida, Alcázar!

El regente miró de soslayo y se giró con rapidez.

Mendoza y yo llegábamos por detrás del marino. No logré ver lo que ocurría, aunque presentí que algo no iba bien.

—¿Cómo que no? Yo creo que sí que la hay… —dijo el director, apuntando al capitán con un arma—. Retroceda, capitán. No voy a dejar que me alcancen. Antes, tendrán que sacarme de aquí con los pies por delante.

—¡No sea imbécil y baje el arma, Alcázar! —exclamó Mendoza, buscando la manera de distraerlo—. Todos sabemos que no es la clase de persona que empuña un arma. No tiene donde ir, los *carabinieri* le encontrarán y la isla es un agujero sin salida.

Era difícil desarmarlo. Alcázar estaba demasiado lejos como para abalanzarse sobre él y el pasillo era demasiado estrecho como para acercarse. La única manera de pararlo era accediendo por el otro lado, pero ahora era tarde.

—¡Tú, desgraciado! —espetó cuando me reconoció y dirigió el cañón hacia mi cuerpo. Retrocedí unos pasos y tragué saliva. El corazón retumbaba en mi interior. La distancia no era suficiente como para esquivar las balas—. ¡Vas a pagar por esto, tú has arruinado mi carrera, mi vida!

Levanté las cejas y las manos, siendo el único que mostraba sumisión.

No era la primera vez que me apuntaban con una pistola, pero uno nunca se acostumbra a ver la muerte de cerca.

—Nada de esto habría ocurrido si no hubiese matado a ese cocinero…

—¡Ni lo menciones! —exclamó, irritado y estiró el brazo,

apuntando con firmeza a mi pecho—. Ese cabrón me la tenía jurada…

—Esto no tiene por qué terminar así, Alcázar…

—No, claro que no —dijo y negó con la cabeza—. Subiré a ese barco y me largaré tranquilo. Así es cómo terminará. ¡Y también terminaré con usted!

—¿Conmigo?

El corazón me palpitaba con más y más fuerza. Por un lado, sentía la necesidad de salvarme, largándome de allí. Miré a ambos lados y no encontré modo de hacerlo. Por otro, pensé que si moría de un disparo, al menos habría salvado la carrera de Sofía Lagarde.

—Desde que lo vi en este barco, supe sería como un grano en el culo… y no me equivoqué. No ha hecho más que joderme la vida…

Me encogí de hombros, miré al capitán, a Mendoza y regresé la vista al director. El hombre estaba desquiciado, le temblaba la mano y aquel síntoma empeoraba la confrontación. Había visto esa mirada antes, igual que la forma de actuar que mostraba. Los ataques de nervios volvían a las personas impredecibles. Solo Dios sabía lo que pasaba por esa cabeza.

—¡Caballero! —exclamó una voz femenina, procedente de atrás.

Era Lagarde y ninguno de los presentes sabíamos qué demonios hacía allí.

De pronto, por el otro extremo del corredor, avisté la figura de una segunda mujer que se acercaba a Alcázar por la espalda.

—¡Ricardo! —exclamó la esposa, corriendo desesperada hacia él —. ¡No lo hagas!

Con el arma en la mano, el director dio la vuelta hacia la mujer.

Como la mayoría de decisiones que tomo en la vida, actué sin pensar.

Algo en mi interior me obligó a actuar.

—¡Cuidado! —grité, corriendo hacia él para desarmarlo.

Pero mis cálculos fallaron.

El director no terminó de girarse. En un acto reflejo, me apuntó y me disparó a quemarropa.

Me tiré al suelo hacia un lado y el estrépito me dejó sordo por un oído.

—¡Gabriel! —gritó Lagarde, horrorizada.

A lo lejos, oí un forcejeo entre Alcázar y alguien más. También

percibí las lágrimas de su esposa. Acto seguido, sentí un fuerte escozor en el brazo y una fuerza invisible que me arrastraba hacia la oscuridad. ¿Estaba muriéndome? ¿Había llegado mi hora?, me pregunté mirando hacia arriba, viendo cómo todo se desvanecía como un cuadro al óleo fresco, tras arrojar un cubo de agua ardiente sobre él.

Reconocí el rostro borroso de la señora Lagarde gracias al color de sus ojos.

—Aguanta, Gabriel…

—Es una lástima, Sofía…

—No digas tonterías y sigue hablándome.

—En otra vida… en otro lugar… volveremos a vernos…

Ella me hablaba y me sujetaba la cara, pero mis palabras eran incapaces de abandonar mi garganta. La bala me había alcanzado. Me sentí cansado, aunque satisfecho por haber cumplido mi promesa. Sonreí como un borrachín feliz a punto de dormirse y cerré los ojos, apagándome por completo.

40

Un bofetón me devolvió la consciencia. Abrí los ojos y todo estaba turbio, pero reconocí los rostros de varias personas a mi alrededor. ¿Cuánto tiempo había pasado durmiendo?, me pregunté, confundido. Poco a poco, la visión se hizo más nítida hasta que una luz me cegó los ojos.

—Se recuperará pronto —dijo un hombre, comprobando el estado de mis pupilas con un lápiz con linterna—. ¿Entiende lo que digo, señor Caballero?

—¿Dónde estoy?

—Aún te queda para ir al infierno, escritor… —contestó Rojo, que se encontraba a mi lado.

—Demonios, pensé que…

No pude terminar la frase, pero me había dado por muerto. Poco a poco, recordé lo que había ocurrido, aunque no era consciente de cuándo. Por suerte, cuando moví la cabeza vi una pequeña gasa pegada al brazo con una venda que la sujetaba. A diferencia de lo que creía, la bala me había rozado, sin llegar a provocarme una herida profunda. Un sudor frío me recorrió la espalda y la vergüenza se apoderó de mí por unos instantes. Me había desmayado por un rasguño, pero seguía vivo y eso me llenó de satisfacción.

Con la ayuda del médico y del inspector, me puse en pie y noté que la cabeza me daba vueltas. Aunque seguía lento de reflejos, fui capaz de reconocer algunos de los rostros que tenía alrededor: la señora Lagarde hablaba con Diego Mendoza, con el semblante preocupado. Al otro extremo, el capitán del barco daba explicaciones a sus hombres, que custodiaban a Alcázar, quien había sido detenido y maniatado con una brida. Allí tampoco faltaba el marqués, que hablaba por teléfono móvil con un gran enfado.

—Un final literario para resolver el misterio, ¿no cree, señor Caballero? —preguntó una voz que apareció por mi lado. No necesité darme la vuelta para verle el rostro, pues la reconocí al instante. Después la goma del bastón apareció en mi campo visual —. ¡Buen trabajo, Gabriel! Sabía que lo conseguiría.

Delfín Bravo se mostraba complacido por el final redondo de aquella historia.

—Apostar con usted, casi me cuesta la vida…

—No diga bobadas… Conoce de sobra la razón por la que ha hecho esto.

—¿Bromea? Me amenazó con despedir a Lagarde.

Delfín Bravo arqueó una ceja, me miró y se acercó unos centímetros.

—No se mienta, ambos sabemos lo mucho que le divierten estas cosas… Las necesita en su vida, es un periodista de raza, un investigador nato… Necesita una excusa para abrir la puerta de la jaula donde esconde ese espíritu animal.

—Alguien debería recomendarle un buen psiquiatra.

—Hágase un favor y trabaje en lo que le haga feliz.

Sus palabras me alcanzaron con más precisión que la bala que me había rozado el brazo.

—¿Es la razón por la que usa su poder para manipular a los demás?

Delfín Bravo suspiró y asintió con la cabeza. No iba a insistir en hacerme cambiar de parecer. Desoí sus palabras, pues regresar al pasado era también recordar a Eme y a un sinfín de episodios que había enterrado para siempre en el cementerio de la memoria.

—Cuídese, Caballero —me aconsejó, después avanzó el bastón y se apoyó en él para echar a caminar—. Me encargaré personalmente de que reciba un cheque por las horas extras.

—Envíeme flores. Me encantan los tulipanes.

—No pierda el sentido del humor. Algo me dice que lo necesitará en el futuro…

En silencio, observé a Delfín Bravo alejarse, ignorado por el resto de los presentes.

—¿Haciendo amigos?

—Contigo tengo suficiente —respondí y vi a Silvestri junto a una pareja de policías italianos que se llevaban a Nadine esposada hacia

la salida del barco—. ¡Espere!

Los ojos de la mujer se abrieron al oír mi voz y nuestras miradas se encontraron. Los *carabinieri* se detuvieron por un segundo, sorprendidos por el grito.

—Gabriel… —dijo, pronunciando mi nombre con su particular acento—. Lo siento…

Negué con la cabeza hasta tres veces. Algo en mi interior quería encontrar sinceridad en sus palabras.

—¿Por qué, Nadine? Me utilizaste…

—*It's complicated, Gabriel*… —respondió en inglés—, *but it was real*…

—Que fue real… ¿el qué?

Ella me sonrió y siguió caminando con la elegancia innata que poseía, como el ángel de Victoria Secret que vi desde la barra de la coctelería.

Los pasos de Rojo se aproximaron por mi espalda.

—Te engañó a ti y también al marqués… Esa mujer era la cita de Rossi.

—¿Cómo lo supiste? Ni siquiera tuve tiempo para advertirte sobre ella…

—El teléfono móvil del cocinero.

—¿Qué?

—El día que revisamos el camarote de la víctima, me encargué de revisar el terminal, antes de que la Científica lo requisara todo.

—Pero…

—Sancho Rodríguez descubrió lo que hacía aquí y la chantajeó con desenmascararla.

—No lo entiendo… Fue Alcázar quien lo mató.

—Así es… y eso no cambia el resultado final —explicó Rojo—. Parece ser que, tras el chantaje, Nadine sorprendió al cocinero con la esposa del director y los fotografió… El marqués estaba al corriente de la infidelidad y se lo había contado todo, de ahí que…

—Huyera de ambos a toda costa.

—Puede ser… El cocinero le había enviado varios mensajes de texto sin obtener respuesta. Tenía miedo de las consecuencias de su aventura… Supongo que quería encontrarse con ella para llegar a un acuerdo.

—Y destruir las pruebas… ¿Y Rossi?

—Nunca lo sabremos —dijo y buscó el paquete de cigarrillos en sus bolsillos—. Maldita sea, he perdido el tabaco…

—Te vendrá bien. Si sigues fumando, el tabaco te matará algún día.

Rojo me miró de lado y sonrió.

—¿Y qué no lo hará? La muerte siempre acecha… pero nunca avisa.

41

Tras lo ocurrido en Cerdeña, regresé dos días más tarde en un vuelo que la compañía puso a disposición de los clientes arrepentidos. Hacía tiempo que volar a Alicante no sentaba tan bien. Cuando llegué a casa, tenía la sensación de que había pasado una eternidad en aquel barco, cuando lo cierto era que habían transcurrido unos días.

En el Levante, el verano nunca daba noticias de importancia, más allá de los cambios de temperatura, la subida de los contratos laborales a causa de la hostelería, los ahogados en las playas y el turismo arrollador de los extranjeros. Así que la exclusiva sobre la detención de Nadine y la muerte de Sancho Rodríguez llenó los tabloides de la provincia durante varias semanas. Tener un aristócrata a bordo también tenía sus inconvenientes. Los círculos más sensibles y conservadores de la alta sociedad española se sorprendieron al conocer la noticia sobre la exótica amante que el marqués había escondido hasta la fecha. Se le conocía como un hombre de muchas relaciones, aunque no había sospecha de que entre ellas hubiera una peligrosa narcotraficante. Por desgracia, alguien con más hambre y menos vergüenza que yo aprovechó el interés popular y la oferta de las cadenas sensacionalistas y aireó las intimidades sexuales del marqués, para hacer el agosto.

Delfín Bravo nunca me envió el ramo de tulipanes que le había pedido. Sin embargo, sí fue generoso en la cuantía de mis honorarios, que me ayudaron con la solvencia económica que echaba en falta en mi vida. Después de aquel encargo, nunca volví a saber de Sofía Lagarde ni de su prestigiosa revista. De alguna manera, el fastuoso viaje cortó la posible relación laboral que había entre su redacción y mi pluma. Preferí pensar que esa era la razón y no el rechazo a una noche de pasión.

El escándalo del Bahía Sol aceleró los trámites de la renovación

completa de la firma. Diego Mendoza asumió la dirección del crucero, antes de heredar el patrimonio familiar y convertirse en el mayor accionista de la empresa. Jamás tuve noticias suyas, ni yo intenté ponerme en contacto con él. Los tipos como Mendoza tenían una agenda tan ocupada que, en la mayor parte de su tiempo se olvidaban del resto del mundo. En su vida, yo no era más que una mota de polvo que había pasado por delante de sus ojos, sin dejar ningún tipo de huella. Lo asumí con dignidad, puesto que no me debía nada. Pero no está bien prejuzgar a las personas sin conocerlas con detalle. Para mi sorpresa, una mañana, hojeando las revistas del corazón en un quiosco del paseo de la Explanada, vi algo que me hizo sentir bien. A raíz de lo sucedido y de la transición de la empresa, los *paparazzi* habían fotografiado a Mendoza en Ibiza, en la cubierta de un enorme yate y acompañado de una bella dama que nada se parecía a la acompañante del casino. Entre las manos del magnate reconocí la cubierta de una de mis novelas y sonreí. Quise pensar que no había sido una casualidad.

Por último, el suceso dio mucho trabajo a los tertulianos televisivos de los programas de la mañana. Sin ninguna clase de investigación o preparación, se encargaron de endemoniar la figura de Alcázar y toda su trayectoria, pintándolo ante la audiencia como un auténtico psicópata. Si bien era cierto que el exdirector del crucero no era un buen ejemplo para nadie, nunca he estado a favor del ensañamiento gratuito hacia otras personas. Fomentar el odio nunca siembra nada bueno. Respecto al crimen, Alcázar tendría suficiente tiempo para arrepentirse por lo que había hecho y reflexionar sobre ello, además de digerir un divorcio. La detención y condena de Manuel Linares por su intento de asesinato quedaron en un segundo plano para los periódicos. El juicio se demoraría hasta que terminara el verano y para entonces, ya habría otro escándalo del que hablar.

En cuanto a mí, las semanas restantes de agosto fueron necesarias para reflexionar. Sin darme cuenta, me había dejado arrastrar por todo aquello que critiqué en su momento: las fiestas, el lujo, la comodidad y los rostros cargados de implantes de silicona. Me había olvidado de la razón que me había llevado tan lejos y ahora sentía un vacío enorme en mi interior. Dicen que el confort destruye

el lado salvaje de las personas, haciéndolas presas de sus propias necesidades. Y a quien pensó aquello, debo decirle, allá donde esté, que no le faltaba razón.

La segunda mitad del verano comenzaba a perder gas. El furor de las calles se desvanecía, las temperaturas bajaban tras el atardecer y las noches se volvían más tranquilas. Paseando por la Rambla, a la luz de las farolas y bajo el resplandor de los carteles luminosos de las franquicias de comida rápida y barata, me vi por aquellos callejones que separaban El Barrio de una de las arterias de la ciudad, tras la pista de una noticia, de un hecho fiable, de un testimonio que justificara el malogrado salario que tenía por entonces. Nunca me ha gustado contradecir a los clásicos, y menos a los que escriben mejor que yo, pero no siempre es cierto que cualquier tiempo pasado fue mejor, pues la mente olvida rápido las caras B de la vida, a los actores secundarios que nos marcan con dolor y esos capítulos asfixiantes y abominables que no escuecen lo suficiente como para ser recordados. No obstante, debo reconocer que, a pesar de todas las desventajas de ser un pobre diablo a merced de la redacción de un diario provincial, me sentía tan vivo y hambriento como un depredador. ¿Había perdido el brillo?, me pregunté cuando vi mi reflejo en la cristalera de una cafetería que aún seguía abierta.

Anduve hasta el paseo de la Explanada y me mezclé entre la gente que lo recorría, las palmeras que lo decoraban y el suelo de azulejos coloridos que lo formaban. En lo alto de la montaña, el castillo de Santa Bárbara brillaba solemne, como un observador omnipresente. Los barcos del puerto descansaban en los muelles y el bulevar que llevaba al casino estaba libre de ludópatas y aventureros con ansias de ganar un poco de dinero.

Crucé de acera, continué hacia la playa del Postiguet y me quedé pasmado ante el movimiento del mar, que rompía en la orilla con violencia. El episodio del crucero me había dejado sin aliento durante días. No fue la situación más arriesgada que había vivido, pero resonó como un bofetón dado a tiempo. Un instinto apagado brotó como una rabiosa marejada. Mis pensamientos se vieron influidos por el sonido de las olas. Me quité los mocasines y me adentré en la arena que estaba fría y húmeda, para ver de cerca el agua. Siempre ha fascinado el carácter del Mediterráneo, calmado e

imprevisible, como también su hermosa naturalidad. El mar es otro reflejo más de los contrastes y de las lecciones que la vida nos da. Resulta aterrador pensar que no somos tan distintos, a pesar de las peculiaridades, cuando uno llega a comprender que somos parte de una enorme obra de arte.

No era tarde, aunque el agua estaba fría y el mar demasiado revuelto como para pegarse un baño. Observé las luces de los hoteles que había junto a las rocas y después me fijé en la tranquilidad que desprendía el cabo. Pensé que necesitaba un cambio, regresar a la raíz que me había hecho ser parte de aquel decorado.

Entre meditaciones, el teléfono vibró en el bolsillo del pantalón. Me pregunté quién demonios llamaría a esas horas y comprobé la pantalla.

Era Lucía.

Mi corazón no sintió nada al leer su nombre. Ni siquiera un escalofrío me perturbó.

Lo que quisiera de mí, lo que deseara entre líneas y lo que no fuese capaz de transmitirme, no lo sabría nunca. Ella había sido el último episodio de una etapa que llegaba a su fin. Un periodo mustio con una versión de mí mismo que no estaba a la altura de las anteriores. Había llegado la hora de reinventarse, me dije, y el primer paso se daba rompiendo con lo anterior.

El ayer nunca importa y el mañana siempre está por escribir.

Apreté el móvil con fuerza, eché el cuerpo hacia atrás para tomar impulso y lo lancé con toda la fuerza que tuve hacia el mar. Se escuchó un golpe a lo lejos y la pantalla dejó de parpadear bajo el agua. Dicen que el valor de un buen periodista reside en su listín telefónico de contactos, pero deshacerme del terminal, de la agenda y del mismo número que había utilizado durante años, fue sanador. Después suspiré, cogí mis zapatos, di media vuelta y regresé al paseo peatonal.

42

A la mañana siguiente me levanté pronto para disfrutar de la calma de las primeras horas y conduje hasta el mirador de las Brisas de la Albufereta, uno de mis rincones favoritos para esconderme y recrearme en mis propios pensamientos. A esas horas, no tenía más intención que la de desayunar, leer la prensa y agradecerle a la vida que seguía vivo.

Dejé el descapotable en el aparcamiento situado a escasos metros y caminé hasta el único bar que había en el lugar. A primera hora, la clientela rozaba la jubilación, pero no me importó, porque no iba en busca de una cita. Me senté a una mesa de la terraza. Desde allí se podía contemplar la playa vacía a esa hora y los veleros amarrados en el muelle de la escuela de deportes.

Para desayunar, pedí un café solo y bien cargado, un zumo de naranja natural y una rebanada de pan tostado con tomate fresco triturado, aceite y jamón serrano. Después abrí el ejemplar del periódico que había comprado y pasé las páginas de las secciones de noticias, hasta que di con un titular que llamó mi atención:

El magnate de los medios crea un nuevo periódico en tiempos de crisis

Delfín Bravo, uno de los hombres más ricos y con más poder informativo en el país, ha desvelado en público su nuevo proyecto: La Página, un nuevo portal independiente de noticias nacionales, con edición digital y de papel, que busca convertirse en el referente informativo de los ciudadanos españoles. Bravo, que afirmó sentirse orgulloso y apasionado con su nueva andadura, declaró que está dispuesto a tener a los

mejores redactores y columnistas de la Península entre sus filas, con el fin de ofrecer un producto periodístico de calidad, ajeno a los intereses de los grupos empresariales y con una visión ética de lo que realmente ocurre en las calles. En sus palabras, el empresario afirmó que había llegado la hora de que el cuarto poder recuperase su lugar, sin amedrentarse ante las amenazas de los poderes políticos y económicos.

Cuando llegué a la última línea de la noticia, sentí una agitación por todo el cuerpo. ¿De veras que iba a llamar a los mejores?, me pregunté, poniendo en duda si Bravo no se estaba tirando un farol ante los medios. Sin embargo, no me sorprendía que sus declaraciones fueran ciertas. Tenía dinero, tiempo libre y le gustaba sentirse dueño de la realidad. Algo me decía que mi nombre debía aparecer en el equipo de redactores del nuevo diario, pero el orgullo me impedía telefonear a ese cretino. No iba a arrastrarme para que me diera un empleo.

Entonces noté una silueta que me tapó el sol de la vista.

No me sorprendió que me encontrara allí. Rojo era así, a su manera. A esas alturas, ya no sabía cuándo me seguía y cuándo me encontraba por mera casualidad. Por otro lado, eran muchos años de amistad. Nos conocíamos de sobra y eso reducía las probabilidades. Los humanos somos más predecibles de lo que creemos, pero ante lo obvio, optamos por el rechazo y culpamos al destino.

—¿Buscando empleo? —preguntó el inspector, sentándose frente a mí. Pidió un carajillo y se acomodó en la silla—. No sabía que estuvieras tan mal…

Doblé el diario y lo dejé sobre la mesa.

Admito que no era mi mejor día para aguantar sus chistes.

—¿Encontrasteis a Rossi?

—Ni rastro. La Cosa Nostra ahora es cosa de los italianos… Hicimos lo que pudimos —contestó y se quedó observándome—. ¿A qué viene esa cara, escritor? ¿Sigues con el corazón «partío»?

—Muy gracioso. ¿Te has comido un payaso esta mañana?

—Anímate, hombre…

Rojo, que nunca tocaba a nadie, me dio una palmada sobre el brazo herido, que seguía vendado, aunque oculto por la manga de la camisa. El toque me provocó una dolorosa reacción.

—¡Cuidado!

—Carajo…

—Te recuerdo que recibí un balazo.

—Te rozó una bala, mejor dicho —rectificó—. Como buen periodista, te gusta manipular las versiones. En cualquier caso, espero que hayas cambiado el vendaje, de lo contrario, eso debe de oler a muerto.

—¿Algo más? —pregunté, ignorando la insolencia del policía. Cuando hablaba de esa manera, en el fondo, quería contarme algo —. ¿O me vas a contar a qué has venido?

El camarero sirvió el carajillo. Rojo notó lo caliente que estaba y esperó unos segundos antes de dar el primer sorbo.

—Estoy pensando en retirarme.

Sus palabras me cayeron como un yunque sobre la cabeza.

—¿Qué? Buen intento, pero no te creo.

Mi primera respuesta fue la negación.

El inspector suspiró y me miró de reojo, buscando un poco de apoyo.

—Hablo en serio, Caballero —respondió y miró hacia el mar durante unos segundos. Después regresó a mí—. Estoy agotado… Me estoy haciendo viejo y ya no rindo como antes. Ha sido mucho ajetreo durante estos últimos años… Elsa, mi hijo, Gutiérrez… Sin enumerar los problemas en los que me has metido. Considero que he servido a este país lo suficiente y… ahora merezco unas vacaciones.

—Hablas como si te hubiera amargado la vida.

—No seas dramático. No he dicho tal cosa.

—En ese caso, pide una baja temporal, toma un respiro y regresa. Ya lo has hecho antes.

—No. Esta vez debe ser de manera indefinida.

Lo observé desconcertado. Quería suponer que me estaba tomando el pelo, que tramaba algo en esa cabeza cuadrada, aunque su mirada expresaba lo contrario. Me había acostumbrado tanto a su sombra, que era incapaz de aceptar un nuevo escenario.

—Así que vas en serio…

Mi amigo rara vez sonreía, pero tuvo el detalle de regalarme una mueca.

—La vida debe funcionar como un corazón, con su ritmo de subidas y bajadas. Si no se altera, se convierte en una línea plana, monótona, muerta… Estoy harto de vivir en una escalada. Es hora de cerrar un capítulo y abrir otro, de dejarme caer, de descansar, de relajar los músculos…

—No conocía al poeta que hay en ti.

—Vete al cuerno y pelea ese trabajo.

Entorné los ojos al escuchar sus palabras, pero el dedo índice de mi amigo señalaba el diario. Entonces negué con la cabeza.

—No, no pienso hacerlo.

—Pues llama a otro diario, pero no te quedes de brazos cruzados.

—Y yo pensaba que sería una mañana tranquila…

—Escucha, mendrugo. La vida es corta y el tiempo prende como la pólvora. Cada segundo que pierdes, comido por el orgullo, es un momento irrecuperable. Después de todos estos años, parece que te has olvidado de quién fuiste una vez…

—Lo dice el que cuelga las botas.

—Es diferente. Yo tengo la conciencia tranquila. Tú, no.

—No es tan sencillo…

—Sí, sí que lo es —sentenció—. Simplemente, haz lo que te gusta, déjate llevar por eso que te quema, intenta que no te pisoteen y trata de no machacar a los demás.

Asentí con la cabeza, incapaz de rebatir las instrucciones. Rojo tenía razón porque aquellas eran las reglas que habían reinado mi vida durante años, hasta que me dejé vencer por la comodidad del dinero, los agasajos de las fiestas y los restaurantes brillantes. Sentí pena por el ciclo que terminaba, pero nunca un final había sido feliz, al menos, no para mí.

—Supongo que no puedo hacerte cambiar de opinión, ¿verdad?

Él negó dos veces en silencio y dio un sorbo al carajillo. Después chasqueó la lengua.

—Hombre… Para eso, algo muy gordo tendría que pasar… y dudo que, a estas alturas, suceda… Los problemas surgen porque uno los busca.

43

En su segundo día en la prisión de Fontcalent, Manuel Linares supo que los próximos catorce años se le harían eternos. Era un hombre mayor, comedido en sus palabras y con ganas de pasar desapercibido, pero esas cualidades lo ponían en el ojo de los más alborotadores.

A la hora del recreo para salir al patio, buscó un rincón y se quedó allí plantado, con la mirada agachada, esperando que los minutos pasaran con rapidez para regresar a la celda.

Más vale que hagas algún amigo, no puedes pasarte catorce años así, pensó, atemorizado y sin despegar los ojos del suelo. Entonces vio una sombra que se acercaba y se hacía más y más larga. No era la silueta de un hombre, sino de varios.

El miedo a que le hicieran daño era incontrolable.

Los reos se detuvieron delante de él. Antes de que Manuel se atreviera a mirarles las caras, uno de ellos sacó una hoja plegada y se la puso delante de los ojos.

—¿Te suena la cara del tipo de la fotografía? —preguntó una voz afónica y desagradable.

Manuel asintió. Como para olvidarla, se dijo. Por culpa de ese desgraciado, ahora estaba en la cárcel.

El hombre retiró el recorte del periódico y con el dedo le levantó el mentón, para que lo mirara a la cara. Los ojos se le abrieron a causa del terror que le provocaba su aspecto, pero hizo un esfuerzo por contener el pánico que recorría su cuerpo. No quería ofender al hombre que tenía delante, ni tampoco a los esbirros que lo acompañaban.

—A partir de ahora, si haces lo que te pido, no tendrás por qué preocuparte aquí dentro, Manuel…

El hombre no respondió.

—¿No te parece bien? Un trato por otro…

—¿Quién es usted? —preguntó, tembloroso.

—Ahora mismo, eso es lo de menos, amigo… Lo importante es que yo sé quién eres y por qué estás aquí dentro… ¿Sabes? Los hombres con tu perfil, rara vez cumplen la condena entera, porque no aguantan lo suficiente.

—Eso no me pasará. Alguien me espera fuera.

—De eso me encargaré yo… de que no te pase nada… siempre y cuando me ofrezcas tu lealtad, como yo te estoy ofreciendo la mía…

—Está bien… Haré lo que diga, pero… ¿qué tiene que ver él en todo esto?

El hombre se sorprendió con la pregunta.

—¿Cree en la justicia?

Manuel no supo qué responder. Lo cierto era que había dejado de tener fe en nada. Para él, en un mundo justo, su mujer seguiría viva.

—Yo tampoco… —dijo el extraño—. Nos hacen pensar que los buenos están fuera, mientras que aquí estamos los malos, los que nos saltamos la ley, pero… ¿qué justicia existe cuando la balanza se desequilibra por completo? Ninguna…

—Eso es cierto.

—Este hombre se llama Gabriel Caballero —comentó y señaló la fotografía de la página— y pagará por todo el daño que nos ha hecho… Sin embargo, no lo hará en cárcel… porque no le daremos una segunda oportunidad.

La alarma sonó, el tiempo de recreo terminó y el extraño y su grupo se alejaron de Manuel en silencio. Paralizado, no pudo desprenderse de esa horrible mirada que lo había observado durante la conversación.

—¡Eh! Adentro… ¿O es que estás sordo? —preguntó un funcionario de la prisión.

El reo salió del trance, se incorporó a la fila de hombres y caminó hacia el interior, hasta que desapareció en la penumbra del túnel del edificio.



PABLO POVEDA (Cartagena, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de más de doce libros, incluyendo *La Isla del Silencio, El Profesor* o *Don*. Vive en Alicante donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

«Periodista licenciado que pisó un diario para preguntar dónde estaba el aseo, toqué en una banda de pop, grabé un siete pulgadas y un puñado de canciones. Salí en MTV, revistas y diarios, me hice fotos con famosos y dormí en habitaciones de hoteles con sábanas limpias. Recorrí parte de Europa, me congelé en el Mar Báltico y dejé la vida convencional para perseguir mi sueño de escritor».

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.